

La sonrisa de la Habana

BENJAMIN LOPEZ SANCHEZ

NEGLIGENCIA

Alicia no volvería a introducir las llaves en la puerta del ático. No volvería a escuchar su respiración. No volvería a disfrutar de su rostro cuando meditaba frente al sofisticado Mediterráneo.

Contemplaba un documental sobre un fotógrafo neoyorquino; ese hombre adherido a una cámara le hizo recordar que no había conseguido nada: pintar, escribir, tocar un instrumento... Lo había probado todo y en nada había cosechado el menor éxito.

Se incorporó para poner música; todas las canciones le recordarían a ella: Alicia con una toalla caminando por la casa, Alicia leyendo, Alicia haciendo el amor, Alicia riéndose... Abrió otra botella de vino, contempló la bahía; el cuarto creciente convertía las vistas en todo un espectáculo. ¿Para quién? Estaba solo, había fundido su buena suerte, pasaban los años y se agotaban los cartuchos en el cinturón.

Debería haber un medio de extirparse la memoria, pensó. Liquidarla para siempre. No tenía esos planes la realidad. Sonó el teléfono, era Alicia. Un haz de luz iluminó su rostro para luego hundirlo en la oscuridad total. El sábado próximo un camión de mudanzas aparcaría frente a su casa, se llevaría los muebles, los cuadros, las máscaras, los libros, la ropa... Todo el universo Alicia.

Llegó el camión de mudanzas. Al otro lado del teléfono alguien no contestaba. Dejó el móvil sobre la mesa para abrir la puerta a la cuadrilla de Mudanzas Valero: les sintió como una banda de ladrones a los que no podía oponerse. Sentado en el sofá, con una taza de café frío en la mano

derecha y una cadena inagotable de cigarros en la izquierda, contempló cómo le extirpaban su mundo. Cuatro desconocidos con petos marrones, botones dorados y logos verdes borraban su vida. Alicia lo había marcado todo con una A enorme antes de abandonarle. Una hemorragia de pasado inundó esa asfixiante mañana de sábado.

Todos sus sentidos tiraban hacia abajo pero había que mantener la calma y no dejarse llevar por impulsos que retrasarían la rehabilitación. Ya no eran tiempos de abandonar su higiene personal y tirarse en el sofá frente a la televisión, rodeado de trozos de pizza resacos, botellas de vino y comics... Todo había cambiado; había que descubrir las claves de lo ocurrido, debía modificar la causa y el efecto.

Desde la terraza contemplaba los veleros navegar con elegancia y desdén. Esa combinación le parecía una buena mezcla para sobreponerse a la situación pero, su deseo no encontraría la realidad apropiada para satisfacerse. Llegó al despacho con ganas de trabajar, mezclarse con el mundo, agendar reuniones, cerrar campañas... Pasadas dos horas en la agencia ya estaba asqueado, con la mente paralizada y la mirada perdida dentro de la pantalla del ordenador. La realidad era lo que parecía; una gran *nada* disfrazada de negocio por gestionar. Estaba ahí para darle la vuelta al vicio de la depresión automática y comenzar a alucinar con las mediocridades del minuto a minuto, de la reunión, de la estrategia para colocar la campaña y del homenaje a base de café italiano.

Ramiro había pasado el fin de semana observando como robaban los símbolos de su último amor, de su última guía espiritual, de su última maestra en la vía de ascenso desde la calle viscosa hasta el Oráculo de Delfos, de Alicia que, como Diotima hizo con Sócrates, se había despedido

de él para siempre.

Superado el sábado, Ramiro había invertido el luto dominical en una escrupulosa observación de los huecos que habían dejado los cuadros de Alicia, las máscaras, la risa, el odio y los disfraces divinos de Alicia. Huecos geométricos y pedazos del alma arrancados por desconocidos, sin dolor, bajo el efecto de una inconsolable negligencia. Pero ahora esos huecos le hacían sentir vivo, herido, con dolor. Tenía un motivo claro para superar ese apestoso lunes. La eutanasia del dolor se había convertido en la mejor excusa para seguir vivo. La herramienta sería la fusión de los contrarios, esa vieja enfermedad común a toda la especie, esa técnica con la que se mantiene la factoría del deseo a pleno rendimiento; la tensión ideal para que suene la cuerda, para que no decaigan las ganas de cambiar el menú diario -otra mente y otro cuerpo- El eterno retorno. La Escuela de Eranos. Buscar en lo opuesto todo aquello que nos falta. En esta ocasión, iba a tirar las páginas donde habitan los deseos de huir. No viviría más el desgarramiento amoroso como un artista vive la enfermedad. Lo mórbido no tenía nada que ver con la obra maestra. No invertiría en un futuro con los dedos amarillos por la nicotina. No invertiría en un hospital psiquiátrico donde la baba se convertiría en el estandarte de su imaginación.

El acantilado del deseo

Mientras apagaba su antigua sed con un vino joven y fresco, sintió un fuerte deseo de telefonar a Alicia pero consiguió controlarse. Sabía que estaba padeciendo la primera oleada del síndrome de abstinencia. Tras dos años de un consumo masivo de amor, cuando se interrumpen radicalmente las dosis, lo que se busca, por encima de todo, es una droga de sustitución y esto no puede ser otra cosa que un derivado del amor; es decir, una amiga con la que uno, a veces, pueda irse a la cama, y, hasta la mañana siguiente, hacerse la ilusión de volver a tener pareja. No son más que unas horas de alivio, pero, en las primeras fases del mono la mínima dosis de oxígeno merece la pena. El tiempo corre a tu favor, pero el síndrome de abstinencia te habla dentro de la cabeza, te dice que estás solo y siempre lo estarás, te dice que la culpa de todo la tienes tú por ser un pobre desgraciado, que todavía no aprendió a reflexionar antes de hablar, antes de actuar. Contar hasta diez, contar hasta diez..., se repetía Ramiro, pedía una segunda copa de vino y pagaba la cuenta para no tomar la tercera. Salió del bar y pensó en imágenes de carne. Su agotado instinto rastreaba en la memoria... Nadie ¿El cine? ¡Qué horror! Cada fotograma una imagen hiriente de su situación; solo en la sala como un rechazado común, un trastornado insoportable... lo que realmente era.

Había perdido el último tren. A partir de ahora, se tendría que acostumbrar al amor frío del sexo pagado, a volver a casa como un cauce seco y agrietado por el recuerdo aún próximo de la abundancia de agua, de la velocidad húmeda de los sentidos lubricados por el uso cotidiano. No cabía ninguna duda, el desastre era de proporciones aberrantes. Lo único que

podría calmarlo sería una sesión intensiva de noticias en la CNN; los dramas que visualizaría, a escala planetaria, le harían sentirse aliviado de su pequeño y corrosivo mal de amor. Pero el mal no era pequeño; se estaba asfixiando en el vacío que había generado la aspiración de Alicia.

Caminaba; se arrastraba con la cabeza vencida hacia la entrada de la urbanización, cuando chocó contra un cuerpo.

- ¡Qué coño haces!- le gritaba Maite, vecina a la que había tirado toda la compra por el suelo.

- ¡Joder! perdona, he tenido un día horrible.

- ¡Buaf! No te preocupes, bienvenido al club. Ayúdame a recoger todo esto- Ramiro se arrodilló y comenzó a meter frascos de verduras, manzanas y botellitas de agua mineral en el interior de bolsas blancas. Levantó la mirada y, mientras recogía unos tomates y unas mazorcas de maíz, se encontró con las piernas abiertas de Maite. Llevaba unas bragas transparentes que le hicieron pensar durante unos segundos en la salvación puntual de esa noche. Hasta que escuchó la voz de su novio que le preguntaba dónde se había metido. Maite miró a Ramiro y descubrió la dirección de su mirada. Lejos de cerrar las piernas las abrió del todo, se incorporó y se despidió con un susurro. Al menos tenía asegurada una buena secuencia para la masturbación nocturna que, teniendo en cuenta el patético arroyuelo en que se había convertido su imaginación, tampoco era nada despreciable.

Llegó a casa y se entretuvo encendiendo la chimenea. Lo hizo con meticulosidad, como le había enseñado su abuelo hacía treinta años. El fuego le indujo una confortable somnolencia que le transportó de un plano a otro de la conciencia como si de una hamaca chamánica se tratara. Iba y

venía sin poner trabas, dejándose llevar; hasta que el otro lado ganó y se despertó a las cuatro de la mañana, asustado y empapado en sudor. No recordaba el sueño pero era de los complicados, con mucha actividad psíquica: Alicia, compañeros de la agencia, familiares, antiguos amigos desaparecidos en combate, vecinas, perros, caballos por la sierra... y una comida en un salón espléndido, donde comían y bebían hasta caer reventados por el suelo. Unas camareras vestidas con uniformes rosas, les meaban... Se dio una ducha y se fue a la cama; al día siguiente seguiría con el síndrome de abstinencia.

En la terraza, con el primer café del día, un suave sol de invierno le inyectó unos gramos de optimismo.

Dos reuniones, una entrevista de radio para hablar de la nueva campaña y cena de trabajo con el grupo de Rafael Solbes, una asociación de consultores que más que caminar por el mundo, lo sobrevolaban a unos centímetros del suelo. Ofrecían consultoría personalizada sobre gestión humana de los recursos a todo tipo de colectivo, desde la plantilla de un banco internacional a la dueña de una pastelería. El equipo lo formaban tres hombres y dos mujeres: cinco halcones que, tras pasar una jornada de caza rasgando las alturas, se reunían para compartir destrezas y nuevas formas de ataque.

Ramiro corría por la orilla del mar; tres kilómetros más y conseguía las endorfinas suficientes para bajar las revoluciones del día. Llegó a casa y comenzó el ritual del relax con una ducha tonificante, acompañada de un delicioso hidromasaje en los riñones; cena vegetariana, postura terapéutica en el sofá, un libro y un documental de fondo; sus favoritos eran los que trataban de artistas que habían muerto en la miseria, arquitectos geniales

que habían muerto en el esplendor de su carrera, mujeres pioneras de la aviación que habían desaparecido con sus aviones al intentar llegar más allá... Todos aquellos personajes que, habiendo sido agasajados con las máximas virtudes por la madre naturaleza, el resultado en sus vidas había sido la tragedia, la indigencia, la falta de reconocimiento, el rechazo social y la negación más brutal de la felicidad.

Con estas historias de fondo, era feliz. Un buen libro entre las manos, una copa de vino y el crepitar del fuego en la chimenea. Alicia. La agencia... Nada, ni nadie, tenían amarre en ese puerto intimista y absoluto, en esa acogedora falta de deseo.

El móvil. Un mensaje. Alicia le pedía perdón por haber olvidado sus patines. Enfadado por haber sido expulsado del paraíso a costa de tal estupidez, le contestó el mensaje. Mañana te ingreso mil euros y te compras cien pares, no hubo respuesta. Eso fue lo peor. No pudo volver a concentrarse en el libro. El fuego se fue apagando y comenzó otro documental. Hablaban de una actriz inteligente y culta que había montado una Fundación para salvar del olvido a los surrealistas de principios del XX que, huyendo de la fácil provocación, habían generado las mejores obras del movimiento. Una triunfadora absoluta. Cogió el móvil y llamó a Alicia. No contestó. Le envió un mensaje. No hubo respuesta. Abrió una botella de vino y salió a su terapéutica terraza. Planeando sobre el valle, intentó respirar y lo consiguió. Le agradó que Alicia quisiera torturarlo. Eso la hacía mucho más vulnerable de lo que había imaginado. No quería reconocerlo, su religión no le permitía prohibir a una persona que ejerciera su derecho a la libertad de elegir vivir o dejar de hacerlo con cualquier otra. Pero lo sentía, lo sentía en lo más profundo de su ser, deseaba que Alicia sufriera, que sufriera hasta el punto

de suplicar que le permitieran deshacer el error. Escucharle por última vez. Sólo quería que le escuchara cinco minutos, pero no. Alicia cerró la puerta y no volvió. Luego la mudanza, el silencio... No había sido justa, sólo cinco minutos ¿Qué son cinco minutos en una vida? Más aún cuando te lo pide una persona con la que has vivido dos años. Lo que más erosionaba su tranquilidad era el hecho de tener razón. Si le hubiera escuchado, habría comprobado que su alegato de ruptura definitiva se apoyaba en una historia falsa. En un demoníaco mal entendido. Él no había estado donde parecía. Él no había llamado a su socia por lo que pensaba Alicia. No había quedado en el bar con quien parecía ni mucho menos aún, había pagado esa habitación de hotel en la fecha que marcaba la factura. Se lo explicó cien veces, pero Alicia ya había cerrado los oídos para siempre. Nada, todo era imposible. Ahora, esa rigidez, esa inflexibilidad tenía que pasarle factura. Tenía que pagar por haber sido tan cruel e incomprensiva... A las ocho de la mañana sonó el timbre, abrió la puerta y ahí estaba Alicia. Lo apartó con educación, fue al armario de la terraza, cogió sus patines y desapareció dejando la puerta abierta tras de sí.

El impuesto del miedo

Había trabajado durante horas en la campaña de un cliente importante y exigente. Salió a comer con la satisfacción de un perro que había conseguido no mearse en la alfombra del amo, por lo que decidió recompensarse con una copa de buen vino. Abría el periódico cuando un golpe brusco en el brazo le hizo derramar la copa sobre la mesa. Una voz familiar le pedía perdón y se sentaba frente a él.

- ¡Maite! ¡Que sorpresa! Nunca te había visto por aquí ¿Te apetece comer? - Maite le contó, muy acelerada y bebiendo vino con generosidad, una historia patética sobre los celos insoportables de su novio. Ella estaba enamorada de Antonio, pero sus celos se habían vuelto insufribles. Le habían cambiado el carácter, ya no quería que salieran juntos con nadie. Se sentía indefenso ante cualquier tipo con el que Maite diera muestras de pasarlo bien. La estaba enterrando en vida. Ramiro dio muestras de comprensión a pesar de no entender el motivo de esa repentina aparición en el restaurante, ni tampoco por qué tenía que tragarse esa historia casposa de psicodrama televisivo. Maite terminó de comer y salió del restaurante como había entrado, arrastrando el mantel al levantarse y estando a punto de tirar la botella de agua sobre los pantalones de Ramiro que, con los nervios de punta, la interceptó en pleno vuelo.

- ¡Disculpa! ¡Hasta luego! Tengo que volver a la oficina - Maite desapareció dejando una débil huella de olor a gel de ducha. Su cabello, aún húmedo, le había mojado la camisa, haciendo que se transparentara el tirante malva del sujetador, del mismo color que las bragas de la noche que chocaron con la compra.

Maite y Antonio habían llegado a la urbanización al mismo tiempo que Ramiro. Vivían bien, buenos coches, ropa cara, viajes regulares por Europa: parecían una pareja inquebrantable. Hacía unos meses, había ido con Alicia a una barbacoa en su casa. Fue normal, sin sobresaltos, nadie se puso torpe... Antonio era realizador de televisión y Maite diseñadora gráfica: jóvenes, guapos y con dinero. Pero la realidad es una peste endémica y sanguinaria que no tolera se la ignore por mucho tiempo, mostrando con impunidad sus polvorientas garras y descuartizando cristalinos, frágiles y fugaces remansos de plenitud. Antonio y Maite ya habían ingresado en la lista negra de los desgarrros amorosos que van curtiendo la piel hasta tener que imaginar la sensibilidad más que disfrutarla.

Ramiro había quedado a cenar con Alicia. Ella le comentó que lo había visto hacía un par de días por el centro con una mujer muy atractiva, que le saludó y él, muy mal educado, había vuelto la cabeza. Ramiro no había estado ese día por el centro. Tendré un doble, le dijo, para pasar del asunto y dedicarse por entero a satisfacer su obsesión, ella: cuando quedaba con Alicia no podía evitarlo. Volvía al tema una y otra vez. Lo que más deseaba era regresar a casa con todo solucionado. Subir las escaleras abrazados y bromeando, tumbarse en la cama y hacer el amor. Pero cuanto más lo intentaba, más lejos quedaba Alicia de su mundo y de su deseo.

Ante la fatalidad, Ramiro solía protegerse tras el concepto de negligencia. Era un ejemplo puro de mesianismo. Creía firmemente en el destino, la vida era una mera lectura de lo ya escrito ikismet!

-¿Tendré un doble en la ciudad?- recordaba Ramiro, mientras escuchaba como Alicia hundía el pie en el acelerador.

Echaba un leño al fuego e intentaba buscar una imagen en su mente que no

le provocara dolor. Un tipo idéntico a él caminando por la ciudad con una mujer muy atractiva. Alicia lo había dicho. Te vi en el centro con una chica muy atractiva, esa imagen no le hacía daño, ¿era él?

Quizá pudiera beneficiarme de ser dos, si consiguiera localizarlo y pactar una forma de ayudarnos. Vivir dos vidas... Ramiro hablaba solo en el servicio cuando se descubrió frente al espejo con la boca llena de pasta de dientes. ¡Espuma!, dijo pensando en su necesidad de acción, propia de un indigente de la felicidad. Ramiro, tienes el agua al cuello, se dijo, sonriendo frente al espejo del baño.

Ya había superado la dependencia física de Alicia. Pero no terminaba de ver la salida del túnel. Debía encontrar la manera de jugarse su mediocre felicidad y alcanzar el ideal de sí mismo. Ganar en lugar de felicitar al ganador. Tan cerca y tan lejos del éxito. Porque eso es lo que había pasado toda su vida. Ramiro conocía a muchas personas agasajadas por la fortuna, por el triunfo en estado puro: reconocimiento social, profesional, personal... Pero él siempre se había quedado a un paso, a punto de coger el tren que le escupía el humo de la victoria en la cara. Sentía que no tenía nada que perder. Sí, todo lo que tenía era igual a nada, ¿por qué no jugar?

¿Cómo localizo a ese tipo?, se preguntaba Ramiro contemplando el valle desde la terraza, con la taza de café humeante y el sol inclinándose ante ese profesional liberal. Ese perfecto corcho social que flotaba en alta mar, sin atraer ni ser atraído por nadie. Una isla de equilibrio estable en vías de extinción.

Sonó el móvil, le llamaban del despacho, cuentas, campañas, reuniones... cenizas sobre cenizas. Tomando un café, Sergio le comentó la presentación para un cliente, dando por hecho la conversación que habían tenido por la

mañana. Ramiro no lo recordaba. Sergio le refrescó la memoria. Le había recogido en casa a las ocho y habían ido a desayunar. Ramiro no se atrevió a decirle que llegó directo desde su casa a la agencia, que pasó por correos y que había desayunado solo.

¿Dónde está? Deseo quemar el último cartucho, derribar la estéril apatía y entrar en el club de las élites. La cumbre donde no llega el hedor pestilente del ganado doméstico, pensaba Ramiro ojeando el menú.

- ¡Joder! ¡Qué susto me has dado!- Maite le agarró desde atrás por el cuello.

- ¡Perdona, chato! Pero te vi tan concentrado que no lo pude evitar ¿No estás enfadado, no? Bueno, ¿qué cuentas?- Ramiro se limpiaba la manga de la camisa. De nuevo, Maite le había hecho derramar el vino sobre la mesa.

- No te preocupes, ¿Cómo van las cosas?

- Bien, muy bien, he cambiado de trabajo y estoy súper contenta...

Maite levantó la mano y pidió un café. Ramiro se disculpó por no poder quedarse más tiempo, tenía que volver al despacho. Maite dijo que lo acompañaba, iba en la misma dirección. Dejó el café intacto sobre la mesa y salieron del restaurante. Maite metió la mano en el bolso, acariciando despacio el antebrazo de Ramiro, mientras sacaba un paquete de tabaco. Me está empezando a dar asco, pensó Ramiro. ¿Cómo te va con Antonio?, le preguntó. Bien, muy bien, nos hemos dado otra oportunidad. Estuvimos charlando toda una noche y... Bueno, creo que la culpa la tenemos al cincuenta por ciento. No siempre el problema son los celos de Antonio. Yo también meto mucha mierda en la relación. Soy muy insegura. Le presiono constantemente, incluso hay veces que hago todo lo posible para que me

monte una escena de celos. Es un poco adolescente, pero es cierto. No sé, el amor es muy complicado. Bueno, el amor, la vida en pareja, aguantarse, divertirse, respetarse... Es un mundo. Pero claro, la soledad también es un rollo. Llega una edad en la que todo parece complicarse. Por un lado anhelas la libertad, la intriga cuando vas conociendo a la persona... todo eso, pero luego... ¿qué pasa con la compañía, la seguridad...?

Ramiro volvió a disculparse, tenía que subir al despacho. Estaban frente al portal de la agencia. Maite se disculpaba porque sentía que lo aburría con sus historias. Ramiro le dijo que ni mucho menos, que tenía que irse de verdad, lo esperaban para una reunión importante. Era mentira, le hubiera apetecido ir a un hotel y follarse a Maite, pero no podía soportar comerse los preámbulos, esa verborrea densa e insustancial. Seguro que haciendo el amor también era una histérica. Prefería una paja solitaria a tener que tragarse el antes y el después de ese polvo. Que además sería el primero de una serie de encuentros empapados de desasosiego. Demasiada energía para unos cuantos orgasmos sin futuro.

Ramiro contemplaba el atardecer reflexionando sobre el asunto del doble. El hecho de tener un doble lo diferenciaba del resto de colegas de la agencia. Del resto de hormigas nacidas para morir. Ahora era especial, tenía un doble. Debía ser el único entre toda esa gente que lo tenía. Incluso, resultaba algo demasiado especial para contarlo. Debía acostumbrarse a la soledad de los elegidos. Era muy especial, casi único. Puso un disco de *The Only Ones*; escuchaba los temas como si hubieran sido escritos para ese momento, para él. Mientras contemplaba las llamas de la leña en el fuego, se miró los ojos en el espejo de la chimenea, buscando ese brillo que portan los llamados a la gloria. Los mismos ojos que desde niño lo identificaron con

un personaje que debía protegerse de la realidad. Ahora poseían el poder de los que gobiernan sobre las masas. Se sirvió una copa. Salió a la terraza y contempló el valle empapado y blando bajo el peso lácteo de una luna histórica. El principio de una realidad que se abría, que se multiplicaba por el efecto fascinante de poder habitar dos cuerpos.

Liquidada media botella, dio por concluida su coronación, su renacimiento... Había coincidido con su doble. El doble que todo el mundo tiene y nadie excepto los elegidos encuentran.

Se acababa de desplomar sobre la cama, cuando sonó el timbre de la puerta. Maite entró con cara de asqueada.

- Se ha terminado. Lo hemos dejado. Antonio se acaba de largar y creo, bueno, estoy segura que será para siempre- apartó a Ramiro de la puerta como si de una prolongación de esta se tratara, entró y se tiró sobre el sofá.

- Dame una copa de vino, por favor, a mí se me ha terminado- Ramiro le sirvió la copa, se puso un pantalón y él tomó otra.

- Bueno, pues nada... ¡Un brindis por la depresión global!

- ¡De eso nada!- replicó Maite – estoy encantada. Tenía que haber pasado hace mucho tiempo. El equilibrio y la seguridad no pueden serlo todo en la vida, y con Antonio era todo lo que tenía.

- No es poco.

- Ya, pero no suficiente. Quiero cambiar de vida y voy a hacerlo.

Tomaron un par de copas y se acostaron. Follaron un buen rato y luego ella se fue a dormir a su casa. No quería comenzar su nueva vida despertando en la cama del vecino.

¿Será este el primer síntoma de mi nueva personalidad?, pensaba Ramiro,

con la mirada perdida en el techo de la habitación. Hace sólo un par de días, habría pasado de acostarse con Maite, tras una discusión con su novio, sabiendo que al día siguiente volverían a estar juntos. Pero esa noche ni se lo había pensado. No volvería a perder una sola dosis de placer, por ser fiel a unos valores en los que ya no creía. Es más, unos principios que lo habían sumido en la asfixiante encrucijada donde se hallaba.

Quizá no necesite conocer a mi doble. Bastaría con sincronizar nuestras mentes..., Ramiro suspiró satisfecho y se durmió.

Salió de la agencia a mitad de mañana. Se encaminó a una librería del barrio viejo y se hizo con un lote de libros donde se trataba la figura "*del doble*". Llegó a casa con unas ganas enormes de sumergirse en los textos, y comenzar la construcción de la maquinaria de guerra. El diseño de su nueva personalidad especializada en devorar placer sin miramientos, sin juicios morales, ni éticos...a tumba abierta. Tanto control y análisis lo habían convertido en un gris observador de la primavera. Ahora, él era pura creación.

Se había quedado sin tabaco; quería dejarlo pero no era el momento. La noche era cálida. Olía a resina fresca y a pan reciente. Las luces de la ciudad iban apareciendo, como un presagio de vida, tras los cinco kilómetros de mar y oscuridad que separaban la urbanización del centro urbano.

Frente a la tienda 24h, Ramiro se sintió alguien nuevo. Entró y compró cigarrillos. Como era especial no necesitaba demostrarlo, pero no pudo evitar mirar a la cajera con complicidad. No hacía falta que le dijera ni una palabra. Era el primer tipo especial que veía en su vida; era tan especial que era necesario que nadie conozca mi existencia, pensaba Ramiro.

Mientras, le guiñaba el ojo a la cajera y ésta le devolvía el cambio, con la misma ilusión que una prostituta se abre de piernas para el último borracho de la noche.

Subió al coche y condujo hasta el edificio donde se había instalado Alicia. Se oían los aspersores. La iluminación irisaba el agua de la piscina, el brezo brillante, las palmeras desplegadas en todo su esplendor. Pero Alicia no tenía un doble. Para qué iba a llamar a su portero automático. Eran las dos y media de la madrugada. Estaría dormida con bragas de noche solitaria, cómodas y con olor a suavizante de ositos, ¡qué putada! Mejor conducir hasta el edificio de su novia actual, al norte de la ciudad. Llegó con la botella de whisky tocada de muerte. No había aspersores. Un grupo de adolescentes fumaban porros, sentados en un banco, y se reían del mundo. Entre la casa de Amparo y el Palacio del Norte, había un pequeño parque urbano. Ramiro se sentía doble completamente, todo era doble. Sobre todo su inteligencia, su intuición, su belleza... Su vida era un éxito rotundo ante el que todo el mundo debería arrodillarse. La luz, en la casa de Amparo, estaba encendida. Llamó al portero automático. Amparo le contestó y le abrió la puerta. Se había desvelado y estaba viendo una película. Cuando Ramiro entró en la casa, tenía una novia inteligente y bella; cuando salió, volvía a estar solo. El whisky no le sentaba bien a sus relaciones amorosas. Sin saber por qué, se vio en mitad del salón de Amparo, insultándola por su falta de sensibilidad respecto a su personalidad refinada de gran artista, que aún esperaba el momento oportuno para darse a conocer al mundo. Y ella ahí, mirando la televisión sin mostrar la mínima emoción ante ese magnífico ser humano, que destilaba alcohol por todos los poros de su piel. Un hombre convertido en chatarra de desguace. Amparo le suplicó que se

largara y Ramiro lo hizo. Salió y se acercó al grupo de adolescentes para preguntarles si tendrían un gramo de cocaína. Le mandaron a la mierda. Hacía años que Ramiro no se metía una raya, pero ahora todo era diferente. Era un habitante de las calles, era su doble. Condujo hasta un club nocturno y se fue a la cama con una rumana joven y guapa. Llevaba fundas de oro en los dientes. Comenzó a hacerle una mamada, pero el litro de whisky había hecho estragos en su aparato genital. La retiró y comenzó a soltarle un monólogo delirante, al que la rumana asentía con una risa descolgada desde un gran andamio de tristeza e incompreensión. Cuando Ramiro experimentó cómo el último hielo de la última copa chocaba contra su labio superior, se abrió la puerta de la habitación con olor a desinfectante, y más dientes con fundas de oro le indicaron el camino de salida.

De camino al coche pensó en cómo resolver su eterno problema con el alcohol. Cuando empezaba a beber ya no podía parar hasta alcanzar el delirio. Desde el primer trago, deseaba llegar a ese punto en el que la frontera entre poder y querer, se anula. La conducta puentea las leyes de la física cuántica y comienza a guiarse por una cosmogonía personalizada. El espíritu se libera y da luz verde a la hemorragia verbal. Desaparecen los intermediarios entre el hombre y el mito. Se contempla con nitidez la verdad gravitando en la órbita del éter neuronal. Se viaja sin roce por los caminos más estrechos de los sentidos. Se habita todas las dimensiones. Se siente el fluido vital circulando por los doce pares...

Ramiro tenía clara la evolución de la especie. Sabía que el "*sin principio y sin fin*" de los textos sagrados, se refería a la circulación de la sangre por los hemisferios cerebrales. Un continuo fluir, un continuo retorno. Retroalimentación, estado pleno, Samadhi....

¿Quién recuerda su nacimiento y su muerte? Sin principio ni fin, concluyó Ramiro. Puso la radio y comenzó la vuelta a casa, sin duda, deprimente; un héroe despreciado y expulsado de una casa por el vulgo. Iba a ser un infierno de proporciones considerables. Quizá demasiado asfixiantes para que una mente en solitario se enfrentara con ese gran bloque de hielo, en el que se estaba convirtiendo su presente. Pero tenía un doble, intentaba aferrarse a esta idea, aunque se le escapaba. Quizá había quemado toda su esperanza en una sola noche ¿Qué estaría haciendo el otro Ramiro? ¿Jugando a la ruleta rusa?

Las luces de la urbanización le golpearon como el sol a un recién nacido. Habían vaciado la piscina para limpiar la pileta. Podía tirarse y romperse la cabeza. Pero el dolor, el dolor no le gustaba nada. Desaparecer de un plumazo, él y todos sus problemas ¿Problemas? Todo era un montaje de su imaginación enferma. No tenía problemas, estaba sano; tenía trabajo, casa, amigos... Todo era posible; era un ciudadano de pleno derecho. Incrustó el coche entre las dos columnas que llevaban su nombre y respiró. En casa, la terraza reclamaba su exclusividad terapéutica. Pero ya no necesitaba el valle húmedo y confortable. Era especial. El salón urbano y minimalista le daría la dosis de equilibrio que necesitaba. Se acabó el Ramiro tierno que masticaba su tragedia frente al abismo dulce de la ciudad dormida. Ahora todo tenía que arder. Recuperar el movimiento. Él iba a ser el maestro de ceremonias, el director de orquesta. La ópera de su vida, que no vería desde el anfiteatro. Ahora estaba sobre las tablas. Ramiro Monstanze, diseñado para desaparecer sin dejar rastro. Iba a ser recordado. En el espejo del dormitorio, se enfrentó con esos ojos que no envejecían. Que no sufrían los fracasos. Que no quemaban esperanza. Siempre había sido

contemplado por ese ser invisible, que lo miraba desde el otro lado del río. Ahora sabía quién era: era su doble, era dueño de la mirada del otro. Controlaba la mirada del *otro*, que lo invitaba a subir un escalón más de la existencia. Una nueva dosis de realidad que consumiría una nueva dosis de magia. Ramiro fue al servicio para darse una ducha y contempló la reforma de la bañera, el espejo a medida, la porcelana... Lo había reformado para Alicia, y ella había desaparecido. Había reformado el baño para habitar el reino de la soledad. Para sentir que su carne era asistida por un sistema, cuyo único objetivo era obligarlo a deambular solo, por las calles de la ciudad familiar y caníbal.

Ser uno más significaba caer en la dictadura del Azar ¿Cuánto tiempo tardaría Alicia en encontrar otro personaje? ¿Otro hombre más interesante que Ramiro? Si estuvieran juntos ahora, ya no tendría ese problema. Estaría relajado desde su atalaya de exclusividad. Porque ahora tenía un doble, que esa noche convertiría en ganado doméstico a todos los grises habitantes de la ciudad. La mierda del perro. La arquitectura aciaga del aterciopelado doméstico. Las luces de las farolas brillando en la superficie plástica de las bolsas de basura. La confortable existencia del ganado estabulado... Ramiro ahora entendía que, para ser un habitante de las calles, debía conocer el mapa de las cloacas. La calle no es abstracta. La calle no es lírica; es espartana. La calle no es una bacanal; es control, precisión. Ramiro sobrevolaba la manada. Sobrevolaba ese ganado enfermo. Sobrevolaba esas cabezas lobotomizadas por los compromisos diarios. Hora de entrada y hora de salida. Ramiro estaba lejos de esa rutina astringente: -no saben comer, no saben beber, no saben nada...- susurraba Ramiro en la ducha. Pero su doble, el fuera de la ley, entraba y salía del

sistema. Era flexible. Era envidiado por las cajeras de los supermercados, por los directores de banco... El doble poseía liquidez. No sacaba la basura. No dependía de un despertador. Pero a partir de ahora, la vida de Ramiro, al igual que la de su doble, pertenecía a la historia de la literatura universal, a las grandes biografías. No podía dejar un rastro de carne de oficina. Ahora era observado. Era un paradigma para las generaciones venideras, que devorarían con pasión su historia. Pero no de la misma manera en que él devoró la mediocre conversión de Kafka en cucaracha, en un ser inferior. No; se terminó el submundo. Él, de modo muy diferente a Kafka, sabía lo que el mundo espera de un líder, de un ser que existe para ser modelo de conducta. De un ser que vive para que la sociedad progrese y salga de su abotargamiento postraumático.

El quirófano de la razón

Ramiro era entrevistado en un programa de radio, junto a colegas de otras agencias. El periodista le preguntó sobre el grado de madurez de los mercados europeos respecto a los mensajes publicitarios. Mientras escuchaba y contestaba a las preguntas, de manera coherente con su profesión y puesto en la agencia, pensaba en cómo contestaría su doble. Estaba claro que no llevaría corbata, ni daría vueltas a la pluma entre los dedos; no hablaría de visibilidad de marca, ni de reputación corporativa; hablaría del negocio en estado puro: comprar por dos y vender por cuatro; contratar por cien y hacer producir por doscientos, estafar, falsificar documentos para cerrar transacciones, seducir, comprar favores... Esto era realmente el latido del mundo en las calles; éste era el auténtico olor del dinero, el olor del poder. -¿Qué papel tiene hoy en día el director creativo?- el periodista esperaba la respuesta de Ramiro. Bien, en la actualidad, comenzó aclarándose la voz. El director creativo o el director de arte se limitan al diseño industrial. Sustancialmente, no se diferencian de un diseñador de tornillos, Ramiro concluyó ante la mirada atónita de sus compañeros, dos de los cuales eran directores de arte. Uno de ellos respondió que no terminaba de entender cómo había gente tan obtusa como Ramiro en la profesión, sin duda, una de las causas de la crisis de la creatividad en la comunicación publicitaria. El otro compañero aludido argumentó que lo que acaba de oír era una necedad tan grande que no se tomaría la molestia de contestar. Ramiro se sintió humillado, sobre todo por no haber estado a la altura de su doble; había pretendido ser audaz y polémico y sólo había conseguido quedar como un anormal. Atrapado en

ese callejón sin salida, perdió el control y le tiró la Coca-Cola por la cabeza al que lo había calificado de necio. El moderador del programa le dijo que si se había vuelto loco. Le cortaron el micro y le invitaron a salir del estudio. Ramiro se resistió y comenzó a insultar al periodista. Entró seguridad y le acompañaron a la calle mientras gritaba e insultaba a todos aquellos que se iba cruzando en los pasillos.

Ramiro sentía vergüenza al pensar lo que diría su doble de esa humillante situación. Sentado en un bar, meditaba sobre el modo de recuperar su pisoteada autoestima. Se dirigió a una tienda de deportes y compró un bate de béisbol. Volvió a la emisora y arrasó con los ventanales, mesas y lámparas de recepción. Llamaron a la policía y a la agencia. En comisaría, una psicóloga le preguntaba por qué lo había hecho. Ramiro le soltó un rollo tan delirado que ésta recomendó a Sergio, colega de la agencia, que llamara a algún familiar, pues pensaba que Ramiro tenía que ser ingresado en Salud Mental hasta diagnosticar qué tipo de brote psicótico estaba sufriendo. Sergio no sabía a quién llamar. Pensó en Alicia. Alicia le contestó que lo sentía mucho, pero tenía una reunión crucial en cinco minutos: le llamaría cuando terminara. Dos horas más tarde, Alicia se presentó en la sala de espera de Salud Mental, donde ya estaba la madre de Ramiro. Le habían sedado y le tenían en observación para dar con la causa del delirio. La madre de Ramiro preguntó a Alicia por una tal Amparo; Ramiro no dejaba de repetir ese nombre. Alicia le dijo que era una chica con la que salía desde hacía poco tiempo, pero que no tenía idea de cómo localizarla. Sólo sabía que era periodista. Por suerte, Sergio sabía dónde trabajaba Amparo. La localizó y accedió a ir a ver a Ramiro. Tenía fresco el psicodrama que le montó cuando se presentó borracho en su casa hacía una

semana, pero Sergio insistió y ella cedió al enterarse de la obsesión que Ramiro había cogido con su nombre. Cuando Amparo llegó al hospital, Alicia se despidió de la madre de Ramiro, saludó brevemente a Amparo y se marchó.

Seguían sin tener claro qué le estaba pasando a Ramiro. Pero empezaban a temer un brote psicótico que, podía ser transitorio, al surgir de un momento de presión laboral o emocional, más el consumo abusivo de alcohol o, que podía ser un brote más severo, con el consiguiente *bajón* posterior y la necesidad de administrarle un tratamiento de larga duración, como mínimo de un año. Lo que más les preocupaba era el delirio sobre un doble del que hablaba constantemente, amenazando al servicio médico con su llegada inminente y su implacable solicitud de justificación del motivo, por el que lo tenían ahí encerrado. Aunque Ramiro lo tenía muy claro, era una constante en la historia de la humanidad. Los hombres especiales que sobresalían en inteligencia y capacidad para cambiar el mundo eran apartados por el sistema para que todo permanezca al gusto de los mediocres. Para que nada cambie y todo siga igual a como estaba unos minutos después de haber bajado el primer mono del árbol. Eso es lo que eran, unos simios obtusos comparados con la visión cósmica de Ramiro. Con el nuevo hombre fruto de la fusión de dos mentes. Dos vías diamantinas para percibir la creación en todo su esplendor. Cuando llegara su doble todo se aclararía. Él no se andaría con miramientos. Cogería a Ramiro y fuera... Esa panda de chimpancés con batas blancas no tenían categoría ni para mirarlo a los ojos. Ramiro oyó las palabras "brote esquizoide" en la conversación que mantenían un neurólogo y un psiquiatra en el pasillo; no hablaban de él. Pero su mente, que navegaba a una velocidad patológica, comenzó a

rastrear el nombre de genios a los que les habían querido tratar de esquizofrénicos para retirarlos de la sociedad y confinarlos en psiquiátricos el resto de sus vidas, a base de una dieta alquímica de psicofármacos, que les convertirían en vegetales plantados en el más allá. Pero su memoria, en lugar de caer en un archivo de nombres ilustres, fue a parar a la Nave de los Locos donde, en la Edad Media, se recluía a los enfermos mentales que, navegando de puerto en puerto, paseaban su demencia a una distancia prudente de tierra firme.

Pero él no estaba loco, no. Ramiro tenía un doble y esto implicaba abrazar la esfera de lo mítico. El hospital no era más que un símbolo del comportamiento reaccionario de la sociedad ante los cambios de paradigma y ante sus mensajeros. Ramiro ahora cabalgaba con Don Quijote, con Macbeth, con Antígona...

Amparo entró en la habitación de Ramiro y salió a los diez minutos con el gesto descompuesto. Se acercó a su madre y le comentó que pensaba en algo serio, pues no le había dejado de suplicar que se pusiera en contacto con su doble, que buscara a alguien idéntico a él por la ciudad. La madre le preguntó si iba a hacerlo. Amparo se quedó alucinada al pensar que la madre estaba tan loca como el hijo. Se disculpó como pudo y salió del hospital. La madre entró a la habitación y le preguntó dónde pensaba que podía estar su doble. Ramiro la abrazó y comenzó a vomitar una interminable lista de locales de juego, restaurantes, clubes deportivos, centros de reunión de francomasones, universidades, bancos, urbanizaciones, joyerías... La madre de Ramiro lo acarició con ternura y le prometió que haría todo lo posible por dar con su doble. Salió del hospital y cogió un taxi, triste y agotada. Nunca había visto tan mal a su hijo. Había

tenido una adolescencia y una juventud complicadas. Pero nunca le había visto tan lejos de la realidad, con la mente anclada en un mundo inhabitable. Al llegar a casa llamó al padre de Ramiro. Llevaban años separados, pero mantenían una relación cercana y cordial. Él vivía en una ciudad del Sur. No lo encontró. Le dejó un mensaje y se acostó.

¿Qué había hecho mal para que su hijo fuera ingresado por urgencias en salud mental?, pensaba Julia. Nada, la mente es el gran enigma... Quizá la única diferencia entre Ramiro y ella, radicaba en que Julia no representaba un peligro para la sociedad. Se le fueron cerrando los ojos y entró en un sueño profundo.

Vivía en un estudio pequeño, donde el espacio había sido aprovechado al máximo por Ramón, un viejo amigo diseñador de interiores.

Se despertó con el sonido del teléfono: era el padre de Ramiro. Cuando Julia le comentó el estado en que se hallaba su hijo, decidió que al día siguiente cogería un avión. Julia sintió un gran alivio al compartir el problema con Ramiro padre. Siempre había estado ahí cuando le había necesitado por asuntos de su hijo. Nunca había delegado la responsabilidad. Siempre les había pasado el dinero acordado, se había preocupado por su educación, por su estado emocional... Ramiro padre colgó el teléfono y su mente comenzó a gestar la maquinaria de la culpabilidad. ¿Qué tenía que ver la situación de su hijo con la vida que había llevado? La separación fue bastante traumática, con un período de fuertes discusiones que Ramiro presenció. Pero tampoco fue para tanto. Al menos, no para provocar una patología mental de esa envergadura. Se preparó un café, que había sustituido hacía años a la ginebra y, mirando por la ventana hacia el jardín, se tranquilizó pensando que esperaría a verlo. Desde la distancia se tendía

a magnificar las cosas. Quizá cuando llegara al hospital, ya habría comenzado a recuperarse y todo quedaría en una crisis accidental por la separación de Alicia o por la presión del trabajo... Se acostó e intentó dormir sin conseguirlo.

Llamó a Julia desde el aeropuerto con la esperanza de oír que todo había pasado, que Ramiro estaba listo para volver a casa. Pero no fue así, estaban tramitando los papeles para internarlo en una clínica psiquiátrica, donde tendría que pasar una temporada por determinar, hasta que pudieran bajarlo a la realidad, pensaban que era un brote puntual, pero seguía hablando de la venganza de su doble, lo que les hacía temer que organizara un conflicto como el de la emisora de radio o aún peor. Su padre subió al avión profundamente angustiado. Era real, su hijo estaba muy enfermo ¿Qué podría hacer? Lo invadía una profunda tristeza. A su mente volaban decenas de fotogramas de Ramiro en la playa, en el parque de atracciones, despertándole en la noche, acariciándole la cara para pedirle si podía dormir con él...

Julia vivía cerca del aeropuerto. Fue a recibir a Ramiro. En el taxi charlaron sobre la rehabilitación de su hijo. La clínica era muy cara. Es increíble que la psiquiatría no esté cubierta por la seguridad social, comentaba Julia. Pero así estaban las cosas. El precio mensual rondaba los dos mil quinientos euros. Aunque el prestigio de sus profesionales merecía el esfuerzo y las estadísticas de éxito eran las más altas de la ciudad.

Saludaron al director de la clínica y al equipo que se ocuparía de Ramiro. Les comentaron la medicación que le administrarían, sus hipótesis de mejora y rehabilitación. Así como de los posibles efectos secundarios que los psicofármacos podían provocar en su conducta y en su organismo.

Solucionado y firmado el contrato terapéutico, Julia y el padre pasaron a la habitación de Ramiro, que resultó ser muy bonita, soleada y provista de una terraza con vistas a un estanque con flores acuáticas y a un pequeño invernadero.

Ramiro estaba tranquilo, pero nada más ver a su madre se abstraigo de la presencia de su padre y comenzó a interrogarle con vehemencia sobre los resultados de la búsqueda de su doble. Ella le comentó que aún no había comenzado. Que había llamado a su padre para que la ayudara en la búsqueda. En ese momento Ramiro reparó en su padre. Se levantó de la cama, se acercó a él, lo abrazó con pasión y le susurró al oído que se dedicara a fondo. Todo dependía de dar con su doble. De lo contrario estaba perdido. Lo dejarían ahí para el resto de su vida. El padre miraba a Julia esperando una señal sobre cómo afrontar la petición de Ramiro. Julia asintió y el padre abrazó a Ramiro, prometiéndole que en pocos días tendría a su doble en la habitación y todo quedaría solucionado.

Ramiro volvió a la cama. Le trajeron la medicación, un combinado de sedantes, y en veinte minutos se durmió. Sus padres volvieron al despacho del psiquiatra encargado del tratamiento. Todavía no tenía claro la causa del delirio. Estaban descartando patologías tipo esquizofrenia, pensaban que era un brote psicótico provocado por las circunstancias personales de Ramiro más la ingesta abusiva de alcohol. De momento lo mantendrían tranquilo hasta dar con el diagnóstico.

Salieron en silencio. Su hijo estaba fatal, demacrado, había perdido muchísimo peso, se había quedado en los huesos, con los ojos inyectados de un brillo hipnótico. Su mirada hacía sentir una mezcla de miedo y pena. Era una situación realmente triste.

Ramiro padre preguntó a Julia por Alicia y cómo había sido la separación. Julia le comentó que no había visto en Ramiro ninguna actitud anormal. Más allá de la tristeza lógica al dejar una relación de tres años. Ya lo habían dejado varias veces, hasta que una de ellas fue la última.

Julia, sin poderlo evitar y sin saber muy bien porqué, le dijo al padre de Ramiro:

- Como nosotros, cuando una relación de pareja se termina es porque uno de los dos ya decidió terminarla hace tiempo; se genera una espiral de egoísmo y pánico que retrasa el final hasta que la convivencia es una tortura- Ramiro padre intentaba poner la mente en blanco y no provocar una discusión, estaba muy cansado.

- Los seres humanos- continuó Julia -Nos movemos por miedos: a estar solos, a perder el trabajo, a que nos roben, a que nos avergüencen, a no gustar....- Ramiro padre volvía a echar de menos la ginebra por quinta vez en el día. Pidió el décimo café.

- También las parejas se rompen por miedo- continuaba Julia -Miedo a no ser felices, miedo a enterrar sus vidas entre cuatro paredes que pasaron de ser el paraíso del amor a ser una cárcel insufrible. Miedo, todo es miedo. Nuestro hijo también ha enloquecido por miedo. Está aterrado ante la idea de ver cómo pasa el tiempo y no consigue nada de lo que imaginó. Los sueños se le han venido encima como todos los desastres, en silencio. Le han pillado fuera de onda y lo han machacado. Le han dejado sepultado bajo el frágil suelo que consideraba tan sólido como su falta de felicidad- Julia sonrió a Ramiro como si de nuevo estuvieran juntos y continuó. Se sentía especial, pensaba que tenía una misión... Y ahora, se acerca a los cuarenta sin haber creado absolutamente nada... Ser una cabeza de ganado

disuelta en el rebaño; él lo vive como una maldición. Como una injusticia imperdonable.

- ¿A quién culpa de ello? - preguntó Ramiro padre saliendo del mutismo. Julia giró sobre su asiento de barra y lo miró de frente.

- Al mundo, a la Humanidad, a la Sociedad. ¡Qué importa! Nuestro hijo necesita su doble para salir de la nada. Sabe que desaparece día a día. Y le entiendo. Hay días que a mí me pasa lo mismo; siento con nitidez que voy dejando de existir sin haberlo hecho realmente nunca.

Ramiro padre no soportaría otro café. Estaba pasando el peor mono desde que dejó de beber. No esperaba ese monólogo de Julia. El destino es así, las emociones que uno puede soportar, sólo se conocen cuando se siente que todo está ardiendo, pensaba Ramiro padre que, sin embargo, dijo:

- Estoy de acuerdo en lo del miedo. Pero es muy joven para escurrir el bulto, para no aguantar la presión de ponerse delante del espejo y comprobar que su cara, su cuerpo y su mente comienzan a degradarse sin haber rozado el imaginado esplendor. La vida te muestra con crudeza cómo hay cientos de personas con tus mismos sueños: quieren ser escritores, pintores... lo que sea. Con la diferencia de hacerlo mucho mejor que tú porque están mejor posicionados o simplemente porque son mejores. Quien no acepta este combate por la supervivencia de los sueños, de las ilusiones, no tiene la mínima esperanza de conseguirlos – Julia pidió una ginebra con tónica. Ella no sabía que Ramiro se había sometido a un tratamiento de desintoxicación. Cuando le sirvieron el gintónico, el deseo de beber en Ramiro se hizo insoportable y pidió uno. Todo parecía normal, pero él estaba viviendo la batalla más dura de los últimos tiempos.

- Ya es difícil sobrevivir sumergido en la ordinariez total como para pensar

que llegar a la cumbre de los elegidos iba a ser un camino de rosas- Ramiro continuaba con su alegato, algo inconexo, observando con atención los movimientos del camarero. Tenía tal ansiedad que el corazón se le salía por la boca. Al menos Julia no se estaba enterando de nada.

- Cuando uno pretende dar el salto...- el camarero le puso la copa en frente. Hizo un intento de aguantar el impulso y retardar el primer trago, después de cuatro años... Pero no lo pudo soportar y liquidó media copa en el primer asalto -Cuando uno pretende dar el salto, como te decía, y quiere convertirse en alguien extraordinario, la tolerancia a la frustración es la clave del éxito.

- No has cambiado nada, sigues creyendo que lo sabes todo. Incluso cuando reconoces tu desconocimiento sobre algo, en tu tono de voz se aprecia tu desinterés por el asunto. Desprecias lo que no entiendes- Julia no se percataba de la batalla de Ramiro con la ginebra. Él ya se había terminado la copa, mientras que Julia aún la tenía entera. Ramiro se debatía con el deseo de pedir la segunda. La recaída estaba cantada; con la justificación de un hijo en el psiquiátrico, quién no se toma unas copas.

- Eso lo hacemos todos, Julia. No vas a amargarte la vida dándote de latigazos por todo lo que no sabes o no has vivido- Ramiro ya no prestaba atención a lo que decía, sólo atendía a los movimientos del camarero para pedir la segunda copa -Prefiero acomodarme en lo poco que sé que machacarme pensando en mi enorme desconocimiento sobre todo...- la segunda copa estaba frente a él. Ya era tarde para reflexionar sobre el asunto. Su cerebro recibía los primeros bombeos de la ginebra y sintió un enorme placer que le borró de un plumazo la angustia vivida desde que Julia lo llamara con el drama de su hijo.

- Sí. Estaría completamente de acuerdo si nuestro hijo no estuviera ingresado en un psiquiátrico- continuó Julia, que daba vueltas al vaso sin beber.

- ¿Y cuál es la relación...?- Ramiro disfrutaba y se alejaba del escenario asfixiante donde estaban sumergidos.

- Todavía no lo sé. Pero te aseguro que voy a descubrirlo y a sacar de ahí a Ramiro completamente recuperado. Voy a sacarlo de ahí y si tengo que encontrar a su doble, lo encontraré...

- Pero Julia... ¡Estás perdiendo la cabeza! ¿Qué dices del doble? Tienes que ser fuerte, un loco no puede ayudar a otro loco. Tienes que aguantar por ti y por Ramiro.

- Estoy harta de aguantar. Llevo toda la vida aguantando. Estoy quemada. No sé, este palo me ha hecho reflexionar, creo que necesito cambiar mi forma de interpretar la vida. Me siento como si hubiera estado secuestrada por mí misma y acabara de cortar las cadenas con la Julia de confianza. Siento ganas de hacer continuamente lo que me dé la gana sin pensar si es o no políticamente correcto, me es indiferente. Sólo me importa lo que me parezca a mí.

- Me parece muy acertado, Julia- Ramiro estaba disfrutando de las mieles de la recaída, las dos copas habían entrado en acción -Llega un momento en la vida en que uno tiende a auditar el botín de guerra: ¿cuántas veces he conseguido lo que deseaba? Esto es lo que nos preguntamos realmente cuando hacemos cuentas. No sé... Julia, no deseo conocer el futuro, nunca lo deseé. Lo que más me gusta es la incertidumbre, no saber lo que va a pasar. Penetrar en lo invisible sin poder ver más que un amasijo de emociones descontroladas, navegando en estado puro. Sin una estructura

válida para ser interpretada desde el presente- Ramiro sentía a la ginebra como a una amante, sabía lo que necesitaba y se lo entregaba con precisión.

- Bueno, Ramiro, es igual. Yo no lo tengo tan claro como tú. Sigo intentado limpiar el desván de fobias y torpezas... Debería reírme más de mí misma- Julia miraba alrededor como si estuviera esperando a alguien que no iba a llegar, su mirada tenía una mezcla de ansiedad y resignación.

- No hay más que presente- dijo Ramiro consciente de estar con una mujer que desearía estar con cualquiera menos con él.

- El que lo tenga. Yo, la verdad, siento una profunda indiferencia por el mío... No sé, creo que estoy un poco deprimida. Me voy a casa ¿te quedas? Ramiro sabía que si se quedaba solo no pararía de beber. O no. Era una buena oportunidad para demostrarse que estaba rehabilitado.

- Sí. Me quedo, tomaré otra copa antes de volver al hotel – estaba solo ante la gran prueba –Si al tomarme la siguiente, pago y me largo tranquilamente, estoy salvado. Si llego al hotel arrastrándome, estoy jodido de por vida, me habré convertido en un enfermo crónico- Ramiro pidió la siguiente. Pagó y salió del bar con una íntima sensación de héroe –No se debe hacer confianza ciega a ningún terapeuta. Realmente no se puede seguir el consejo de nadie sin adaptarlo a nuestras necesidades- pensaba Ramiro, mientras abría los grifos del baño para darse una deliciosa ducha caliente.

Lejos de esta maldita ciudad

Ramiro vio entrar a su enfermera favorita y le guiñó el ojo para que se acercara. La interrogó por el sistema de seguridad de la clínica con el objetivo de escaparse esa misma noche. Ella cumplió con su rol y trató de convencerlo de que estaba ahí por su bien. No era un preso, sino un paciente que disfrutaba de una de las mejores clínicas del país. Lo cual le iba a facilitar estar de vuelta en casa muy pronto, disfrutando de sus seres queridos, de su familia, de su vida... Ramiro le contestó que no tenía seres queridos y que su único objetivo, después de haber sido descubierto y neutralizado por el sistema, era encontrar a su doble y comenzar otra vida lejos de esa maldita ciudad, donde ya no era libre. Allí todos le conocían y boicotearían su ascenso a la gloria. A una existencia de acuerdo con su nueva forma de ver y sentir el mundo. La ciudad se le había quedado pequeña. Necesitaba espacio para desarrollar su nueva personalidad... ¡Mi doble!, gritó de pronto Ramiro en la cara de la enfermera. Ella se asustó y se le cayó una bandeja con medicación; despidiéndose con amabilidad volvió a la seguridad de la habitación, donde sus compañeros de guardia tomaban café y charlaban de cualquier cosa para matar el tiempo. El mismo tiempo que a Ramiro se le escapaba entre los dedos.

Con la mirada clavada en la lámpara esférica de la habitación, soñaba con el lugar donde comenzaría su nueva historia. Una zona del país donde una personalidad como la suya pasara inadvertida. Un lugar donde las élites se retiran para triunfar sobre la mediocridad, sobre la ley escrita por y para ratas de laboratorio. Esos códigos y normas que se le dan a un perro para

permitirle vivir con el amo.

Ramiro tenía controlados todos los turnos de los psiquiatras, los psicólogos, los enfermeros.... Así que comenzó a dar forma a su plan de fuga. La noche del lunes estaba de guardia una enfermera mayor, con una sordera considerable. La guardia la hacía con una psiquiatra que dormía en el ático y sólo era molestada por una urgencia. Ramiro se vistió. Bajó los cuatro pisos. Se metió en el cuarto del guarda de seguridad. Cogió las llaves. Abrió la puerta, dejó las llaves puestas y comenzó a gatear junto al lago, en dirección al pequeño bosque lindante con el muro de salida. Se preparaba para iniciar el fácil ascenso, cuando una linterna vino a facilitarle dónde colocar manos y pies. Se trataba de Rosario, una señora de setenta años que llevaba internada allí una vida. Padecía insomnio y nunca se le había pasado por la cabeza fugarse de la clínica. Era pacífica y no daba ningún problema, por lo que le permitían que hiciera su vida con total libertad. Había enfermado siendo heredera de una considerable fortuna; era hija única, no se había casado y no había tenido descendencia. Por lo que la clínica era su casa y estaba encantada de estar allí, donde cada poco tiempo conocía a gente nueva que le contaban unas historias increíbles. Disfrutaba además, de la variedad con la que sus compañeros le contaban la historia de sus vidas. Su preferido era Lluís, que en dos meses le había contado una docena de versiones diferentes. Rosario le indicó a Ramiro con la linterna una puerta abierta. Ramiro bajó del muro y se dirigió a la puerta. Pasó al otro lado y se encontró con en una habitación palaciega, muebles coloniales, lámparas venecianas, sedas orientales, alfombras persas, bibliotecas repletas de incunables y una mesa enorme dispuesta para un gran banquete. Sentados a ella y en silencio, esperaban nueve comensales.

En uno de los extremos, los cubiertos de plata esperaban las manos del anfitrión. Un mayordomo vestido de torero le señaló ese lugar para que fuera ocupado por él. Ramiro se sentó, alzó la mirada y el asombro fue apocalíptico. Allí estaban todos sus dobles, nueve dobles. Eran su guardia personal, el ejército con el que conquistaría una nueva provincia del pensamiento. Rescribirían la historia de la humanidad. Uno de los dobles propuso un brindis por Ramiro...

Julia seguía las instrucciones de la psicóloga, intentando despertar a Ramiro con suavidad.

- Hola hijo, ¿cómo estás?

- ¡Son nueve Julia! ¡Nueve! Yo pensé que sólo tenía un doble. Pero no ¡Es increíble! ¡Alucinante! Están ahí, sólo tengo que encontrarme con Rosario y atravesar la puerta. Todos me esperan para comenzar las reuniones, hablamos de ciencia, de filosofía, de política, de arte...

Julia estaba tan alucinada con la reacción de su hijo que no advirtió los esfuerzos de Ramiro padre por contener el llanto. No se esperaba algo tan duro. Así, de pronto. En las últimas semanas, Ramiro había mantenido un discurso prácticamente normal. Cada vez aparecía menos la maldita figura del doble y, de pronto, ¡buaf! Ese torrente enloquecido, onírico y espeluznante brotando de su hijo, con los ojos encendidos... Un horror insoportable. Ramiro padre salió de la habitación. Le hubiera encantado romper a llorar, sin embargo se acomodó en la nada. Un cigarro y el vacío. Una ventana de hospital y la aspiración que deja tras de sí una vida. Julia le tocó en el hombro.

- Ramiro quiere hablar contigo

- ¡Vaya olvidé el LSD! De otra manera, no sé cómo voy a hablar con él.

- No seas corrosivo...

Pasada una semana les llamaron de la clínica. Ramiro estaba evolucionando positivamente. Querían que hablaran con él para analizar su reacción. El padre de Ramiro entró en la habitación.

- ¿Crees que es buena idea que estéis aquí todos los días, como si hubiéramos retrocedido veinte años en el tiempo?- le soltó Ramiro a su padre nada más entrar en la habitación.

- No sé Ramiro, tú mandas. Ya sabes, cuando un familiar enferma te gusta estar ahí. Como si pudieras ayudar. Empujar para que la historia se resuelva lo antes posible, y todo vuelva a esa normalidad de la que a veces aberramos, pero que, en cuanto salta por los aires, nos volvemos locos por recuperar.

- ¿Nos volvemos locos? Incómoda frase para ser utilizada en este lugar. Aquí el único loco, de momento, soy yo.

El padre de Ramiro sentía la necesidad de ser sincero y contundente. De pulverizar de un plumazo la arrogancia de su hijo. Pero sentía la presión de la ciencia médica, de la profilaxis terapéutica.

- ¿Qué piensas hacer Ramiro?

- ¿Con quién? ¿Con Rosario? ¿Con mi doble? ¿Con vosotros? ¿Con el ático?

- No. Con tu mente, con tu vida.

- De momento he pensado cambiar de trabajo. En cuanto salga de aquí, voy a negociar con la agencia la liquidación. Llevo con ellos seis años, podré negociar una buena indemnización. Unos... setenta mil euros. Eso, más el paro, me permitirá un tiempo de relax para analizar la jugada.

Julia no daba crédito; desde un sillón contemplaba el cambio radical que Ramiro había experimentado en unos días; de la escena grotesca de los

nueve dobles. De los nueve apóstoles que provocarían el nacimiento de un nuevo paradigma, a la normalidad total. Más aún, su actitud mostraba esa pincelada de humilde superioridad que tienen aquellos que acaban de volver de un gran viaje, de una gran aventura. El aplomo que imprime el haber atravesado selvas y desiertos, donde no hay ley escrita. Donde lo único que te mantiene vivo es la sensibilidad y la experiencia, el instinto y la capacidad de matar.

Entró una enfermera y les comentó que el doctor les esperaba en su despacho. El doctor Sevilla les recibió con una amplia sonrisa y buenas noticias. Pensaba que, en un par de semanas, Ramiro estaría listo para volver a casa. Si la evolución se mantenía estable, habían salvado la situación. Ahora bien, tendría que mantener un régimen riguroso, sobre todo en la ingesta del alcohol. Ramiro padre miró hacia el techo. Nadie sabía lo de su temporada en tratamiento.

El doctor Sevilla fue a ver a Ramiro para comentarle que le daría un somnífero algo más fuerte. El objetivo era que descansara mejor por la noche y no hubiera invasión del material onírico en la realidad. Si todo seguía así, en una semana le daría el alta. Ramiro sintió un alivio inmenso. No tenía muy claro lo que había pasado los dos últimos meses. Pero sentía que había estado muy cerca del final, de acabar babeando en la clínica para el resto de sus días. Sevilla le recordó la necesidad de moderar al máximo el consumo de estimulantes. A lo que Ramiro respondió que no se preocupara: con tal de no volver a pasar por ese calvario, haría lo que fuera. No quería volver a sentir nunca esa confusión sin precedentes ni un nivel de ansiedad como no imaginaba que pudiera existir.

Así fueron las cosas. En diez días Ramiro estaba introduciendo las llaves en

la puerta de su ático. Julia había llamado a Maty, la mujer que le hacía la limpieza, así que lo encontró todo reluciente y ordenado. Las plantas regadas y un perfume a hogar que le produjo un placer inmenso. Sintió el automatismo de ir a la bodega y celebrarlo con una copita de vino en la terraza, pero lo cambió por un té y tres o cuatro cigarros. De momento, con los ansiolíticos y los hipnóticos no iba a tener muchas tentaciones con el vino. Pero cuando le retiraran la medicación tendría que aprender a disfrutar de un montón de situaciones que siempre habían estado ligadas al sabor de un buen vino. Bueno, la verdad era que el doctor Sevilla le había dicho que tenía que controlar el consumo, no que tuviera que erradicarlo por completo. Fue a la bodega, abrió una de sus marcas favoritas y se sirvió una copa, dos. Guardó la botella y consiguió, sin mucho esfuerzo, romper el hábito de beberse, como mínimo, la mitad de ella. Se tumbó en la hamaca, los rayos de sol de la tarde y las leves pinceladas del vino sobre su ánimo le hicieron vivir uno de los momentos más agradables de los últimos tiempos. Al día siguiente comenzaría con los cambios; negociación con la agencia y profunda meditación sobre el rumbo que deseaba dar a su vida.

Sonó el teléfono; era su padre para interesarse por su vuelta al hogar. Él ya viajaba en tren, odiaba los aviones, hacia casa, quedaron en que Ramiro bajaría a verlo en cuanto resolviera la historia del trabajo.

Colgó el teléfono y marcó el número de Amparo; simplemente quería disculparse por la visita que le hizo a casa borracho perdido y agradecerle que se acercara a verlo cuando le ingresaron. Amparo atendió la llamada para sorpresa de Ramiro, que ya estaba preparado para hablarle al buzón de voz. Ella estuvo muy amable, había seguido la evolución de Ramiro por Julia.

Quedaron para tomar un café. Amparo entró en la cafetería con un traje de chaqueta blanco, una gorra de lana burdeos y unos botines a juego. Ramiro no recordaba haberla visto nunca tan conjuntada.

- Vaya, estás espléndida- le dijo Ramiro.

- Tú has adelgazado un montón, pero te sienta muy bien- Amparo ofrecía a Ramiro su mejor sonrisa y un par de besos junto a las comisuras de los labios. Durante el encuentro, Ramiro no pudo abrir la boca, Amparo llevaba todo el peso de la conversación con un enorme entusiasmo. Le habló de todo tipo de enfermedades mentales con devoción y profundo conocimiento. Ramiro le preguntó de dónde nacía ese interés tan desmesurado por los trastornos mentales. Ella guardó silencio unos segundos y, dando unos golpecitos con la cuchara sobre la taza de café, comenzó su explicación:

Cuando ella tenía trece años su hermano enfermó de esquizofrenia. Era seis años mayor que ella. Los sábados le sacaba a pasear por el parque ya que los primeros meses, la medicación lo dejaba con la mentalidad de un niño de seis años. Pues bien, una tarde su hermano le dijo que le masturbara. El primer día fue raro y un poco asqueroso, pero Amparo le fue cogiendo el gusto, hasta el punto de ser ella quien le animaba a masturbarlo en cuanto se presentaba la ocasión. Una cosa llevó a la otra y un día hicieron el amor, con la mala suerte que Amparo quedó embarazada. No abortó. Con el tiempo el hermano de Amparo se recuperó y el secreto quedó oculto entre la neblina de aquel extraño e inquietante invierno. La hija que tuvo Amparo, Elvira, fue declarada de padre desconocido. El hermano, hacía seis años que era profesor de economía en una universidad de Guadalajara en México. Coincidiendo con el brote de Ramiro, había llegado a la ciudad para asistir a un congreso y se instaló en casa de

Amparo. Nunca habían vuelto a hablar de aquel tema. Pero al ir a salud mental a ver a Ramiro y estar su hermano en la ciudad, a Amparo le vino todo a la cabeza. Le sacó a su hermano el tema cenando y terminaron haciendo de nuevo el amor.

Ramiro se debatía entre el morbo y la repulsión; sentía con la misma intensidad ambas sensaciones. Pidió la cuenta y sugirió a Amparo que salieran a dar un paseo. Ella miró el reloj y se disculpó, había quedado en llevar a su hermano al aeropuerto, porque volvía a México esa misma tarde. Pero le dijo a Ramiro que, si no hacía nada el fin de semana, podían quedar para cenar el viernes, alquilar unas pelis y pasar el fin de semana charlando relajadamente.

Caminó por la calle completamente aturdido por la historia que acababa de escuchar. Y no era por el tema de fondo, que sin duda era escabroso, sino por la forma en que se lo había contado. El relato le fue expuesto de la misma manera que uno cuenta el guion de su película favorita. Amparo le transmitió lo de su hermano con el placer de poder compartir con un loco una locura. Claro, cuando Ramiro era una persona normal, que no entraba en delirios con dobles ni todo ese cuelgue, Amparo se proyectaba como otra persona normal, otra profesional hecha a sí misma, independiente y equilibrada. Pero claro, ahora Ramiro era carne de psiquiátrico, podía compartir con él sus delirios, las partes más oscuras y enfermas de su vida. Quizá la historia con su hermano fuera el comienzo de una vida llena de aventuras aberrantes y surreales.

Volvió a casa y miró con ternura la botella de vino que había abierto el día anterior. La situación justificaba un trago; se sirvió una copa y fue como echar un cubo de agua en un volcán. A la tercera consiguió parar, pues al ir

al servicio sintió un extraño flash en la percepción, que le hizo revivir en décimas de segundos sus dos meses en la clínica. Se acercó a la biblioteca del despacho; lo primero con lo que se toparan sus ojos fue con M. Foucault y su "Historia de la Locura en la Época Clásica" Giró la cabeza: Strindberg, Gerard de Nerval, L. María Panero, Casariego, Artaud, Poe... Tuvo un ataque de pánico y corrió hasta el teléfono con la clara intención de llamar al número que le dio el doctor Sevilla. Estaba marcando, colgó, salió a la terraza e intentó tranquilizarse. Giró de nuevo la cabeza hacia la librería y todo parecía en orden. Los suicidas y delirantes se habían disuelto en un mar de títulos y autores. Respiró profundamente, se dio una ducha sedante y se acostó.

Frente al portero del edificio de la agencia, Ramiro se preguntaba si realmente le caería bien a esa persona con la que llevaba hablando setenta segundos al día, durante seis años. Apretó el botón número cuatro del ascensor, introdujo la llave en la cerradura de la puerta, no abría, llamó y abrió Carme; habían cambiado la cerradura. Te están esperando, le dijo acompañándolo a la sala de reuniones. Sergio se levantó y lo abrazó con afecto. Ramiro le agradeció su comportamiento el día de la emisora. Saludó a todo el mundo y comenzó la reunión. El presidente le preguntó por sus intenciones. Si lo deseaba, su puesto estaba ahí; algunas cuentas habían pasado a otros colegas, como era normal; pero en un par de meses, volvería a tener el mismo volumen de actividad que antes de... enfermar. Ramiro les comentó su idea de tomarse un año sabático; la crisis le había hecho reflexionar sobre los últimos años de su vida. Trabajar en la agencia le había reportado una experiencia y unos ingresos que siempre habían estado a la altura de sus expectativas, pero sentía que debía cambiar

alguna clave. No había terminado en una clínica psiquiátrica por un capricho del destino. No estaba gestionando bien su vida. Aún no sabía lo que fallaba, pero necesitaba descubrirlo y corregirlo. Pensaba que, para llevar a cabo esta labor, debía dejar el trabajo y dedicarse a retomar el rumbo de su historia. Sus compañeros pasaron de mover los bolígrafos y esperar a que Ramiro terminara de perderse en una visión interior de lo que no funcionaba en sus vidas, del tiempo que había pasado desde que no auditaban sus cuentas de satisfacción y felicidad. Sergio fue el primero que se lanzó al ruedo, argumentando que era cierto: hacía diez años que vivía de la misma manera, cuando era evidente que su modo de percibir la amistad, el amor y el trabajo habían cambiado por completo. Sin embargo, la maquinaria estaba engrasada y robotizada; cambios esenciales suponían un gasto de energía que chocaba de frente con el sagrado concepto de eficiencia: menos es más. El presidente cortó en seco el brote metafísico de Sergio y, enfocando sus gafas de pasta marrón hacia Ramiro, le preguntó que cuándo quería que empezaran con los trámites. En un "Ramiro" pronunciado al final de la pregunta con una pincelada paternalista, se encerraba toda la humanidad que Ramiro podía esperar de aquel hombre que hacía tiempo que nunca tenía tiempo. Acordaron verse, pasada una semana, para firmar la indemnización.

Ramiro condujo hasta casa sin sentir el alivio que esperaba. Tenía todo el tiempo disponible para husmear en su vida, meterse en los rincones, en los cuartos oscuros de la conducta donde nunca da tiempo a entrar. Pero no, había que hacer algo más. Al apretar el botón automático de la entrada de la urbanización, lo tuvo claro: tenía que vender el ático y mudarse a otra zona de la ciudad.

Llueve en el espejo

Subiendo la escalera se cruzó con una persona de su misma edad, con su mismo corte de pelo, el mismo estilo de ropa, las mismas deportivas; se saludaron sin más. Metió la llave en la cerradura y no consiguió abrir la puerta; se asomó por la ventana de la escalera y el tipo con el que se había cruzado estaba abriendo su coche; le gritó y éste no dio muestras de percibir ni la presencia ni las voces de Ramiro; se subió al coche, arrancó y salió de la urbanización. Ramiro bajó las escaleras alucinando, corrió hasta el aparcamiento y... ahí estaba el coche, en la posición exacta en que lo había dejado, pegado a la bicicleta del vecino. Se sentó en las escaleras que conducían a la piscina, se limpió el sudor y se encendió un cigarrillo. Ya se lo había advertido el doctor Sevilla, nada de sobre excitación. Estaba claro, la reunión de la mañana le había provocado una pequeña alucinación, no había que forzar la máquina. ¡Calma, Ramiro!, se susurró a sí mismo. Eso es lo que necesitaba, paz; dejar que su organismo se equilibrara antes de afrontar el gran cambio que iba a imprimirle a su existencia. ¿Y..., el campo?, se preguntaba Ramiro; una casa junto al mar a media hora de la ciudad, silencio, humanos los justos, levantarse al amanecer y acostarse poco después del anochecer; comulgar con el ritmo natural, con el movimiento de las mareas y la evolución lunar; impregnarse de esa alucinante sencillez que exhibe la creación. De pronto, recordó los huracanes, los maremotos, las erupciones volcánicas... la naturaleza también alucinaba, perdía los papeles y exterminaba en segundos lo que había creado durante siglos; no había modelo al que agarrarse para alcanzar la armonía.

Sonó el timbre de la puerta, era Maite, le había visto llegar y pasaba a saludarlo y ver cómo se encontraba; se lo había contado Alicia el día que pasó a recoger unas maletas del trastero. ¡Vaya palo!, concluía Maite mirando a Ramiro de arriba abajo, como si fuera a descubrir antenas o protuberancias extrañas en su cuerpo.

- Estoy muy bien Maite; todavía un poquito débil por la medicación y todo eso, pero en un par de meses estaré como nuevo.- le invitó a tomar un café; a los cinco minutos ella ya estaba con el coñazo de su relación con Antonio. Ante la posibilidad de que Maite se explayara y, como pasó con Amparo, comenzara a contarle todo tipo de aberraciones, la cortó en seco preguntándole por el trabajo. Maite se percató del giro radical en la conversación y comenzó a ponerse nerviosa; con la cucharilla del café arañaba los últimos restos de azúcar que habían quedado en el fondo de la taza.

- ¿Puedo tomar otro?- Ramiro le sirvió otra taza y ella, nada más dar el primer sorbo, dejó la taza sobre el plato, lo colocó sobre la mesa como si fuera nitroglicerina y comenzó:

- Ya sé que estoy obsesionada y que no hablo de otra cosa; todos los amigos me dicen lo mismo; los íntimos incluso me han aconsejado que tome una determinación o acabaré en un psiquiátrico. No lo puedo evitar; en el fondo, toda conversación que no grave sobre temas relacionados con los conflictos que se viven estando en pareja, no me interesa. Sé que estoy entrando en un callejón sin salida, con él no soy feliz, pero cuando no estoy con él, sólo puedo pensar en nuestros problemas, nuestras discusiones, nuestros psicoanálisis. En algunos momentos me preocupo en serio, llamo a Katia, y le digo que me prepare la habitación de invitados porque

definitivamente dejó a Antonio. Pero la última vez, alucina, me colgó el teléfono; me dijo que lo sentía mucho, que me quería muchísimo, pero que estaba hasta el coño de mi cuelgue con Antonio y que la disculpara pero que no había tenido un buen día, y esa noche no podía aguantar tanta gilipollez, que me buscara un psiquiatra y dejara de joder. Colgué con un ataque de nervios...

Ramiro se estaba poniendo muy tenso; no le interesaba nada de lo que salía por la boca de Maite; le apetecía echarla de casa y dar un portazo a la puerta tras ella. Pero así no se hacían las cosas. Estaba enferma, no cabía duda; él había estado enfermo, tampoco cabía duda; es más, aún no se había recuperado; qué podía hacer realmente por ella. No podía hacer nada; uno de los síntomas claros de estar perdiendo la cabeza es sentir que puedes ayudar a tus amigos con sus grandes problemas. Y Ramiro no quería perder la cabeza de nuevo. Se sentó junto a ella y le acarició la espalda, ella se recostó sobre Ramiro y la pasó la mano por la nuca, le acercó los labios y Ramiro le besó. ¿Qué coño hacía ahí besando a la novia del vecino?, se preguntó. En ese momento, le pareció ver pasar una silueta por la ventana de la terraza; remató el beso como pudo y salió a mirar; llegó a tiempo de ver un bulto, de forma más o menos humana, saltar a la terraza contigua, la de Maite y Antonio. Preguntó a Maite dónde estaba Antonio. Se encontraba en Bruselas, en un congreso sobre medios audiovisuales. Entonces, ¿quién andaba saltando por las terrazas como un gato callejero? Mientras tanto, Maite ya estaba comenzando con una nueva explicación sobre el posible origen de su obsesión con Antonio, proveniente de un novio que la ataba a la cama... Ramiro no pudo soportarlo más y, con amabilidad, le dijo que tenía una cita en media hora, que necesitaba

ducharse y cambiarse de ropa. Maite puso mala cara, pero le dio un beso y se despidió.

Ramiro sentía como se agrandaba su deseo de salir de esa urbanización. Si hacía memoria, desde que se mudó a ese fantástico ático no le habían ido muy bien las cosas; quizá ese era un lugar estilo purgatorio donde todos los que caían tenían cuentas pendientes con el destino; viejas traiciones que embargaban la buena fortuna de los residentes de la urbanización: elegante, diseñada para satisfacer el más trivial de los deseos de los residentes, pero tremendamente gris y melancólica; su atmósfera, incluso en los días de sol radiante, era como si hubieran trasplantado un pedazo del Norte de Inglaterra hasta el Mediterráneo; esa Inglaterra brumosa, romántica y suicida.

Vio pasar de nuevo un bulto por la puerta de la terraza, salió y no vio nada; le invadió una ola de miedo que le erizó la piel; cogió el abrigo y salió corriendo de casa; en el rellano de la escalera chocó con Antonio, venía del aeropuerto, del congreso de... Ramiro lo saludó como quien se despide de un fantasma que no pudiera seguirle fuera del castillo y bajó las escaleras de tres en tres; llegó al aparcamiento, el coche no estaba; se abrió la puerta de entrada, su coche entraba conducido por un tipo que parecía él, pero con un gesto en el rostro muy diferente. Sería un nuevo vecino con un coche igual. Pero entonces, ¿dónde estaba su coche? Oyó una voz que lo llamaba desde el ático; era Antonio: en el choque de la escalera, Ramiro había dejado caer las llaves del coche. Subió a buscarlas, se disculpó con Antonio por el saludo precipitado de antes y bajó de nuevo hacia el aparcamiento; cuando estaba llegando al portal se dijo a sí mismo: "Es otra alucinación, sube a casa y relájate, relájate" Se dio la vuelta, subió la

escalera e introdujo la llave en la puerta con miedo a que no abriera, pero la cerradura cedió y entró en casa. Dudaba si mirar o no desde la terraza, para comprobar si estaba el coche; si miraba y no veía el coche, llamaría directamente al doctor Sevilla; si veía el coche se daría una tregua, e intentaría hacer frente a las alucinaciones hasta que fueran desapareciendo. Antes de atreverse a mirar hacia el aparcamiento, se sentó, se sirvió una, dos copas de vino y, muy despacio, se fue acercando al ventanal; ahí estaba el coche, lo había conseguido, otra alucinación superada. Aliviado pero muy preocupado, dudó respecto a su capacidad para aguantar esa situación mucho tiempo. No se sentía con fuerza para estar alucinando cada dos horas; cómo iba a encauzar su vida si no era dueño ni de sus ojos. Comenzó a sentir su cerebro como a un dictador despiadado que se entretenía jugando con su séquito de órganos, sobre los que gobernaba despóticamente. Esta sensación le dio aún más miedo; fue a mirarse en el espejo para repetirse que era una unidad –cerebro (temporal) y cuerpo (atemporal)-, con un solo fin, la felicidad, la paz... Llamó a Sergio y quedaron para tomar un café.

El rostro de Sergio estaba como de costumbre, sonriente y amable; era una bella persona. Ramiro no podía ocultar su estado de nervios; de hecho, había quedado con Sergio para compartir lo que le estaba pasando. Había barajado incluso la posibilidad de internarse voluntariamente en la clínica; tenía mucho miedo, se sentía manipulado por alguien muy superior a él y completamente imprevisible. Al tiempo que Ramiro avanzaba con el relato de su estado, el rostro de Sergio iba perdiendo frescura, hasta el punto que Ramiro le preguntó si se encontraba bien. Sergio le dijo que no se preocupara, estaba bien; el tema era que nunca le había contado lo de su

hermano; se suicidó a los veinticinco años por un cuadro muy parecido al que Ramiro le estaba narrando. Le pidió disculpas porque se daba cuenta que quizá no era lo que Ramiro necesitaba escuchar, pero al mismo tiempo podía servirle de alerta, una manera de prevenir un desenlace que nadie deseaba. Sergio le recomendó que fuera a la clínica al día siguiente, y le contara todo el asunto al doctor Sevilla; que, si lo deseaba, durmiera en su casa esa noche; Ramiro aceptó; le aterraba volver a la urbanización.

-El suicidio de mi hermano fue por el anclaje de una neurosis. Eso me comentó el psiquiatra que lo trataba. Recuerdo su última frase, cuando ya nos despedíamos en la puerta de su despacho: "La sociedad está enfermándose y enferma a las personas; no busques otras causas". Era un tipo estupendo, hice amistad con él; en ocasiones llevaba a mi hermano a las citas y charlábamos de todo y de nada. Era un médico humanista, le encantaba la filosofía, la música, la literatura, la sociología... el desenlace fue una putada; pero bueno Ramiro, así es la vida- Sergio dio una palmada en la pierna a su invitado y le preguntó si quería acostarse ya.

Ramiro no tenía sueño. Pensaba en el ático; lo recorría mentalmente y sentía miedo; su mente entraba en el dormitorio, había alguien en la cama. No, es la ropa que había dejado para lavar. Salía a la terraza; entraba en el baño; en la biblioteca, alguien leía y fumaba en el sillón. Su mente no quería seguir, pero le obligó; dio la vuelta tras el escritorio. Era él hacía unos meses; estaba leyendo una novela de Lobo Antunes, "No entres tan deprisa en esa noche oscura" Abrió la puerta y se asomó al rellano de la escalera; abrió la ventana y miró hacia el aparcamiento. Su coche entraba a la urbanización conducido por Alicia, él iba al lado. De esa escena había pasado más de un año; lo sabía porque llevaba las gafas plateadas que ella

le había regalado por su cumpleaños; cogió tal borrachera que tuvo que conducir ella; odiaba conducir, por eso tenía cara de enfadada, pero en el fondo estaba contenta porque esa noche lo habían pasado francamente bien; se habían reído de todos y de todo, fundamentalmente, de ellos mismos. Cerró los ojos y volvió con su amigo Sergio, que le pedía disculpas por haberse servido un whisky, sabiendo que Ramiro estaba de mono. Para aliviarlo le ofreció una cerveza de baja graduación; Ramiro se la bebió de un par de tragos y fue a por otra; Sergio le dijo sonriendo que tuviera claro que era la última; no quería ver cómo se tiraba por la ventana de su casa; era un noveno y quedaría hecho mierda.

Gaviotas flotando al amanecer

Ramiro entró en la agencia para reunirse con el presidente; le entregó el cheque con la indemnización y se despidieron cordialmente. Bajó y saludó al portero por última vez en su vida; a ninguno de los dos les importaría en absoluto no volverse a ver. Pero, siempre es especial la última vez de algo que llevas haciendo mucho tiempo. A diferencia de la vez anterior, cuando salió de la agencia sintió un gran alivio; tenía plata en el bolsillo y no volvería a atravesar ese portal nunca. ¡Qué gusto! ¿Cómo he aguantado tanto ahí?, pensó. Era evidente, el Ramiro que había entrado por ese portal a las nueve menos cinco, durante seis años, ya no existía. Llamó a Ana, conocida de un par de fiestas y dueña de una agencia inmobiliaria; le encargó la búsqueda de un nuevo piso y la venta del ático. Se fue a pasear y ver tiendas por el centro. Sin darse cuenta, llevaba un rato siguiendo a un tipo que llevaba un traje idéntico al suyo, los mismos zapatos y el mismo corte de pelo. Se sentó en una terraza y Ramiro hizo lo mismo; dudaba entre acercarse o no; se decidió por lo primero. Se plantó frente a él y le preguntó si se conocían; a lo que el otro contestó que por supuesto, desde hacía muchos años. Se había dado cuenta que Ramiro lo estaba siguiendo y se sentó en la terraza para provocar el encuentro. Soy tu doble, le estrelló en la cara en cuanto Ramiro se sentó en la mesa; Ramiro se echó las manos a la cabeza y comenzó a repetirse: "estoy alucinando". Abrió los ojos y allí estaba su doble, mirándolo y sonriendo. Metió la mano en la chaqueta para coger el móvil y llamar a la clínica, pero el teléfono había desaparecido. Llamó a la camarera para comprobar si ella veía a su doble, llegó y les preguntó a ambos qué iban a tomar. El doble pidió una copa, Ramiro un

café. Al terminar de disolver el azúcar, levantó la vista hacia el doble y le comentó que al principio había visto en él –su doble– la solución perfecta para salir de la crisis, pero que ahora le estaba haciendo la vida imposible; quería rehacer su vida, contemplarlo todo desde otro lugar. Para este viaje, no le interesaba nada ni nadie que tuviera que ver con el Ramiro que, sencillamente, había muerto. El doble miraba con rictus seco el atardecer sobre la cremallera del horizonte urbano. Ramiro se sentía un traidor que abandona, a su suerte, al ejército con el que había conquistado la ciudadela; pero, ¿quién le había dicho que la relación duraría para siempre? Cuando cambias, también lo hacen tus gustos; cambian las personas con las que sientes afinidades; cambia la manera de combinarte la ropa y el calzado; también lo hace tu forma de gesticular. No se puede ser prisionero de aquéllos que te ayudaron a dar el salto; ellos seguirán allí, no sé si para echar un cable a otras personas que quieran dar la vuelta a sus vidas, o por no ser incapaces de hacer otra cosa. No soy responsable, concluyó Ramiro. El atardecer cedió todo el escenario a la noche. El doble dijo a Ramiro que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo; que había pensado que se quería acostar con él y, justamente, es lo que necesitaba para relajarse después de un largo día en el laboratorio; que se llamaba Blady y que el polvo lo dejaría para otro momento. Se levantó, estrechó la mano a Ramiro y le susurró al oído, ¡cuídense!

Ramiro pidió la cuenta y caminó un rato por el viejo barrio judío, siempre dispuesto a ofrecer a los paseantes un apunte de luz. Lo tenía claro; la había cagado del todo; vivía lo que su cabeza quería que viviera. Era insostenible, pero no iba a tirar la toalla; iba a pelear contra esa mala pasada del destino. Con el excedente de horas de lucidez que le había

arrancado a su consciencia, tras liberarla de litros de alcohol, tenía armas suficientes para atrincherarse en casa. ¡En casa! Le daba pánico volver, pero eso iba a ser la primera demostración de poder que haría vivir a su enemigo, su cabeza. Iba a conseguir volver a casa y sentirse en su hogar; en ese lugar que debe ser justo lo contrario a una amenaza; debe ser la cueva donde se descansa de la tensión exterior. El problema era el interior ¿Cómo no iba a conseguir estar en su casa? Llevaba viviendo allí seis años; la había decorado con ilusión, intentando que cada rincón fuera una prolongación de sí mismo; era su guarida, donde invernaba cuando el clima sentimental bajaba de los 0º. Si su cabeza le arrebatara ese territorio, estaba perdido. Se convertía en un sin-techo; en un ronin sin tierra y sin señor a quién servir. Su cabeza, su dios, se había ido; prescindía de su humilde siervo, de su cuerpo. Aún peor, lo utilizaba para su divertimento, humillándolo y despojándolo de todos sus antiguos privilegios.

Entraba a la urbanización con una gran inquietud y determinación de sobreponerse cuando vio el coche de su madre; Julia lo esperaba sentada en las escaleras de la piscina, fumando un cigarro sin ganas, por pura ansiedad; tenía la mirada perdida en el atardecer que bailaba sosegado sobre la arena. Desde el puerto llegaba el sonido de las jarcias; el faro se iba imponiendo sobre el espectáculo hasta ser el único actor sobre las tablas. Ramiro se había sentado junto a su madre. No hablaron hasta que la noche les indicó el fin del espectáculo.

- ¿Cómo va eso, Julia?

- Bien, cariño, algo cansada, pasé todo el día haciendo gestiones de un lado a otro; creo que he bajado al centro al menos diez veces; y tú ¿cómo estas, hijo?

- Bueno, mejor que el día que arrasé con la emisora, pero es lento, Julia. He estado a punto de llamar a la clínica un montón de veces; a vosotros no os he llamado porque... para qué, sé que os enfrentáis a un abismo mayor que el mío, sé que tenéis delante los últimos años para hacer algo o, por el contrario, no hacer nada.

- No es tan así, Ramiro; yo no he venido más que para despedirme; me voy un tiempo de la ciudad; no sé a dónde, pero me voy. Ya sabes que, con un ordenador, puedo trabajar en cualquier parte. Pues eso, cualquier lugar, somewhere, como decía Tom Waits ¿lo recuerdas?; las palizas que os daba poniendo una y otra vez la misma canción. Hace poco me llegó a las manos la traducción de un folleto promocional de Anti, la discográfica que mueve su obra en Europa; me hizo ilusión y, aunque parezca mentira, me ha ayudado a tomar la decisión de irme.

- ¡Qué bueno! Tengo un amigo en Holanda; es el gerente de un hotel con mucho encanto... ¿quieres que lo llame?

- No, Ramiro, lo que realmente quiero es desconectar globalmente; es decir, cortar las líneas de comunicación con mi pasado, y dentro de él, estás tú.

- No pertenezco a tu pasado Julia, estoy en tu presente; pero vete, lo entiendo; sólo que no quiero que me veas como un vampiro. Llevo muchos años intentando ayudarte, sobre todo en que fueras más feliz; aunque entiendo que tampoco me ha salido demasiado bien...

- Cuando haya encontrado el lugar te llamo; pero no te preocupes si pasa el tiempo, estaré bien; no me busques Ramiro ya te localizaré yo.

- Sí, es mejor; de momento nos hemos dado todo lo que podíamos ofrecernos. Es hora de separarse, Julia. Cargar las alforjas y volverse a ver,

más tarde, para compartir el botín.

- Me gusta ese toque pirata que le has dado a la historia, Ramiro; al final, he conseguido meterte en la cabeza algo más que el amor al dólar. Me preocupa la niebla en la que te has metido, pero estoy convencida que de ésta saldrás muy curtido, y eso es bueno, Ramiro.

- Eso espero aunque, según lo llevo, con salir ya tengo bastante ¿Cuándo partes hacia tu no destino, hacia tu somewhere?

- Mañana, salgo mañana.

- Bien, esto es una despedida entonces.

- Sí.

Cuando Julia salió por la puerta, Ramiro sintió un alivio parecido al que experimentó al salir de la agencia, con el cheque en la cartera, sabiendo que no volvería más. Había visto a Julia mejor que nunca, fuerte y con un toque radical que le había parecido muy atractivo; estaba encantado de tener una madre que se tiraba a la carretera en busca de su destino. Era alucinante que saliera de esas cuatro sofisticadas paredes en las que llevaba encerrada una década. A él, sin embargo, le quedaba un trabajo por hacer antes de poderse mover; aunque fuera sólo para cambiar de barrio.

Salió a pasear. ¡Vamos a ver!, ¿dónde está el cortocircuito?, se preguntaba Ramiro, mirando el escaparate de una bodega. La mejor de la ciudad, decenas de vinos de todo el planeta. Recordaba con especial cariño y gusto en el paladar, un crianza de Sudáfrica. ¡Que noche tan bonita!, recordó. Pero, aquel escaparate ya no podía transportarlo a ninguna sala para elegidos, mientras esperaba la salida del vuelo para su nueva vida... Aunque tampoco tenía que ser radical; compró la botella del caldo sudafricano y enfiló para casa con una sonrisa de pequeño triunfo sobre el ejército de

miedos que mantenían sitiado y bloqueado su comercio de placer con el exterior, con el interior... -¿Dónde fallaba la comunicación?- En el caso de Ramiro, radicaba en obtener respuestas anárquicas desde el afuera. Si quería estar tranquilo, paseando por el barrio viejo, ¿por qué tenía que confundir a un tipo, con ganas de sexo, con su doble y además soltarle un rollo sobre la evolución personal? No se trataba de las consecuencias sociales de hacer el ridículo, ¿qué importancia tenía eso en tales circunstancias? Simplemente quería pensar: Quiero beber agua, me levanto, cojo un vaso, me sirvo y bebo; pero no. De momento; pensar: "tengo sed", podía llevarle a por una botella a la despensa y ver cómo su coche entraba por la puerta de la urbanización, conducido por un tipo idéntico a él que le miraría... No, de miradas nada. Ramiro no se atrevía a mirar a los ojos de la gente en las alucinaciones; se le ponía la carne de gallina sólo con pensarlo. Los ojos, por ellos había empezado todo, en el espejo, mirándose el rostro mientras el cerebro entraba en ebullición. Sales de la ducha, te miras al espejo y acabas en una clínica psiquiátrica, pensaba Ramiro. ¿Qué me pasa con la mirada? ¿Tan falso me siento? Quizá nunca me gusté en absoluto ¿Por qué? Mucha gente enloquece porque no se aceptan a sí mismos; éste debe ser mi problema, he forzado la máquina hasta que han saltado los plomos. Y aceptarse a uno mismo, ¿cómo se hace? ¿Se lo preguntas a un psicólogo? ¿Buscas un profesional en las páginas amarillas, para recuperar la coordinación entre deseo y conducta? ¿Entre la percepción de ti mismo y el placer de habitarte? Vivirte en todas las habitaciones disponibles. Abrir los cuartos de la envidia, de los complejos... Esto refrigeraría el sistema. Tengo recalentada la neurotransmisión. Las dendritas con los cables pelados. Los nervios

saltando de axón en axón como los de un simio aterrorizado, que huye sin saber de qué. Un viaje de miles de kilómetros sin cambiar el aceite. Eso es negligencia: te quedas tirado en mitad de ninguna parte a las cuatro de la madrugada... Ya me estoy perdiendo de nuevo, al menos no me ha dado miedo entrar en casa. Este vino es fantástico. Julia estará haciendo el equipaje, seguro que se lleva lo justo, seguro que cambia hasta de pasta de dientes ¡Qué bueno! Julia tirando su vida por la ventana y metiéndose en una nueva piel; sin nombres tatuados. Me bailan demasiados nombres en la cabeza. Si miro al techo... Me he perdido, quizá es eso, he cambiado de plano... Pero, esto ¿qué tiene que ver con mi complejo de inferioridad? Si no me gusta es porque tengo que cambiar. Pero... Tomé la determinación de odiarme. Meter mi yo en un trastero húmedo que pudra el bulto de carne: sigue con vida en la oscuridad de los espacios desiertos; poblados por las personas y los objetos que ya no sirven, que nunca sirvieron. Vuelve a atardecer, vuelven las gaviotas a posarse en mi memoria. Tendría que haber seguido con la poesía, al menos podría pensar que mi genialidad exigía estos desvaríos estériles, carentes de utilidad hasta en sus mínimos detalles.

Ramiro había quedado para comer con Sergio. Lo llevaba esperando media hora; era extraño porque Sergio siempre era muy puntual. Llamaba con anterioridad aunque sólo fuera a retrasarse diez minutos. Sergio le había comentado que, antes de comer, tenía que recoger los análisis de sangre. Anualmente, comprobaba que todos los indicadores estuvieran en orden, sobre todo los marcadores hepáticos. Por fin llegó Sergio; Ramiro se sorprendió porque se sentó, pidió una cerveza, encendió un cigarrillo y

clavó la mirada en algún punto perdido en el horizonte. Llegaba una hora tarde y, no sólo no se había disculpado, sino que ni si quiera había saludado al llegar. Se comportaba como si Ramiro no existiera. Este se disponía a preguntarle que, de qué iba, cuando:

- Tengo el Sida- le estrelló Sergio en la cara.

- ¡No me jodas!- contestó Ramiro.

- Efectivamente, por joder- le dijo Sergio.

- ¿Con quién? ¿Cuándo?- alucinaba Ramiro.

- Hace muchos años estuve enamorado de una mujer adicta a la heroína, se la inyectaba, comenzó a relatar Sergio. Era el típico caso de mujer perfecta que, sin entender nadie porqué, se va destruyendo hasta que lo consigue y muere. Nunca me hice las pruebas del VIH, pero llevaba una temporada sintiéndome raro, sin apetito, perdiendo mucho peso. Rápidamente me vino a la cabeza María y nuestra delirante relación de tres años.

- ¡Tres años! ¿Cómo pudiste aguantar tres años a una yonky?- le cortó Ramiro.

- A ti te aguantó Alicia dos años...- contestó Sergio.

- Bueno, perdona- asumió Ramiro.

- María era fascinante. Su familia tenía pasta- continuó Sergio -Ella vivía en una mansión destartada de las afueras. Se dedicaba a leer, ver películas, escribir y drogarse. Tras muchos años de adicción había conseguido un relativo control en las dosis. Con los tres mil euros, que le enviaba su padre cada mes, pagaba las facturas, la heroína, los libros, las películas...

Ramiro nunca habría imaginado que ese pilar de equilibrio, por quien tenía a Sergio desde que volvieron a encontrarse en la agencia, hacía seis años, tuviera un pasado así. Hasta ese momento, Ramiro pensaba que Sergio se

había separado de una mujer independiente, atractiva e inteligente; una mujer más de la ciudad, directora de algo, socia de algún club deportivo...

- Cuando recibía el dinero- continuó Sergio -Pasaba una semana renovando todo el material consumido el mes anterior: diez gramos de heroína que cortaba para rebajarla convirtiéndolos en veinte; treinta o cuarenta películas, dependiendo de las ofertas del mes... Las tres semanas siguientes no salía de casa disfrutando de su alijo. En comida gastaba poco; comía, como los astronautas, tabletas de proteínas, pastillas que sustituían a las frutas y a las verduras... María conseguía, sin pedir nada, que cada uno de nosotros le entregara lo mejor de su mundo. La dieta se la prescribía un amigo especialista en nutrición. A cambio, él saciaba su amor por el cine, disfrutando de la sala de proyecciones y de los cientos de películas amontonadas por todos los rincones de la casa. A María, esa dieta individualizada, le permitía disfrutar de una vitalidad que pocos heroinómanos soñarían.

Ramiro se daba cuenta que Sergio no se arrepentía de haber contraído el Sida, porque le merecía la pena el tiempo que había vivido con María. Sentía su amor con ella como algo muy superior a padecer una enfermedad crónica y mortal.

- Ese intercambio de productos por placer, era la especialidad de María- Sergio se acodaba en la mesa y buscaba la complicidad de la mirada de Ramiro para resucitar en él la magia de aquellos momentos.

- Mantenía ese negocio con mucha gente. Me viene a la cabeza Olga, una joven escritora de cuentos. Visitaba a María todos los días; quería escribir una novela en la que María fuera la protagonista. Hablaban horas sobre cómo enfocar la historia. Olga le llevaba libros a cambio de disfrutar de su

compañía. Yo, acababa de volver de Inglaterra; sabes que cuando terminé Empresariales me fui un año a Londres...

- Si, lo recuerdo- contestó Ramiro.

- Bien, pues, en la vida de María- continuó Sergio -Entré una noche para asistir a una cena; se celebraba la primera exposición individual de una pintora adepta *al templo* de María...

- ¿Y el padre? ¿Le pasaba dinero a cambio de nada?- le cortó Ramiro que, buscaba alguna incoherencia en la historia para bajar intensidad a la figura mítica que Sergio le describía en la personalidad de María. Una nota que no le hiciera envidiar su valentía. Esa renuncia sólida de todo aquello que no le sirviera para obtener placer. Nunca se preocupó por los efectos secundarios de la heroína, de la indiferencia por el trabajo, por el amor, por la amistad.... Y, sin embargo, la sociedad se lo ofrecía todo. Ramiro buscaba ser admirado. Deseado. Ser objeto de interés... Y, sin embargo, los resultados habían sido decepcionantes. Pero María, desde la indiferencia, lo había tenido todo. Había sido el centro de su universo, a pesar de haber dado la espalda al mundo.

- El padre había llegado a un acuerdo con María- continuó Sergio -Le financiaría su patológica vida, a cambio de olvidarse mutuamente de ser padre e hija. La madre les había abandonado cuando María tenía seis años; nunca más se había vuelto a saber de ella. María contaba una extraña historia de cómo habría muerto en Brasil, en el transcurso de una sesión de ruleta rusa. Nunca supe si mezclaba el guion de "*El Cazador*", una de sus películas favoritas, o si era cierto lo de su madre. Lo que era evidente es que había heredado poca genética del padre, directivo de una petrolera, por lo que observando la vida de María, si había salido a su madre, no resultaba

extraño que ésta hubiera muerto jugando a la ruleta rusa frente a un montón de billetes salpicados de sangre.

- ¿Cuándo murió María?- preguntó Ramiro.

- Hace mucho... catorce o quince años. El entierro fue increíble. Nos había dicho que tirásemos sus cenizas en el puerto, en la zona de amarre de los petroleros. Ahí estábamos, su grupo de admiradores incondicionales, echando a María sobre una mancha de aceite, flotando sobre el agua metálica del puerto, junto a la proa de un gigantesco petrolero con bandera de Barbados. Teníamos una pinta muy curiosa; la mayoría de los amigos de María eran artistas, ya sabes lo exhibicionistas que son. Tengo que tener por algún sitio las fotografías, son brutales.

- ¡Joder! Sergio; no me habías hablado nunca de esa época de tu vida.

- Fueron unos años en los que no nos veíamos. Desde que me fui a Londres hasta cuatro o cinco años después de mi vuelta, no volvimos a vernos.

- Sí, es cierto; pasamos casi diez años sin saber nada el uno del otro.

- Lo recuerdo perfectamente; nos encontramos en el cumpleaños de Jana. Tú estabas con Alicia, llevabais un par de meses juntos y no os separabais ni para ir al servicio.

- ¡Cómo cambian las cosas!

- Quedamos para comer al día siguiente y, lo típico, tardamos meses en conseguir dar con el día. Pero lo conseguimos, quedamos para comer y aquí nos tienes, tú con la cabeza hecha mierda y yo con el Sida....

Ramiro no se esperaba ese toque de humor negro y no pudo evitar poner mala cara. Pero Sergio le guiñó un ojo y Ramiro comenzó a reír; rieron un buen rato, era lo mejor que podían hacer.

Ramiro se había quedado intrigado con la historia de María. Lanzó a Sergio

un par de anzuelos para que se explayara sobre aquellos años, los amigos de María... Pero Sergio se mostró evasivo y no consiguió que le contara nada más sobre el asunto. Ya te lo contaré un día que esté inspirado, se limitó a decir.

Al volver a casa, conducía tranquilo por el paseo marítimo, contemplaba el atardecer y pensaba en Julia, ¿estaría tirada al sol en alguna playa del Golfo de Tailandia?, ¿en una habitación de un monasterio de Lasa? Ojalá se hubiera ido a India; siempre decía que era el viaje de sus sueños. Cada vez que pensaba en Julia, le invadía una inmensa alegría. Justo al contrario que antes, cuando se la imaginaba deprimida en su estudio o paseando sola por la ciudad; un problema menos. Su padre no le preocupaba. Siempre había hecho su vida y además se lo montaba muy bien. La tienda de música le proporcionaba un buen escenario para hacer amistades. Tenía un buen grupo de amigos; lo pasaba bien. Ahora, los que estaban realmente jodidos eran Sergio y él; pero bueno, seguro que conseguían salvar la piel en el último minuto; al menos así había sido siempre.

Ramiro cada vez pasaba más tiempo sin padecer alucinaciones. Estaba tranquilo en casa; comenzó a ordenar papeles y a seleccionar los objetos que serían eliminados en la mudanza que se avecinaba.

Llamó a su agente inmobiliario y quedaron para ver un par de pisos por la zona de la playa; uno era grande y el otro pequeño. A las dos semanas de poner el ático en venta, tuvo una oferta de compra que se acercaba bastante a lo que Ramiro pedía. Como no estaba trabajando, había visto pasar todo tipo de ganado por su casa. La oferta venía de una mujer de unos cuarenta años que se acababa de separar y buscaba una casa alegre, con mucha luz y buenas vistas sobre la bahía. Para eso, el ático era

perfecto; Ramiro lo había comprado por los mismos motivos que ahora lo hacía Sandra. Tras dos o tres encuentros de negociación, aceptó los trescientos mil de la oferta y pactaron escriturar en un máximo de dos meses, tiempo en el que Ramiro estaba seguro de encontrar el piso adecuado para su estado actual. Quería algo pequeño y acogedor; la gestión del espacio deseaba que estuviera hecha en madera y cristal, un material aislante y el otro superconductor, exactamente como su mente, bipolar. Ahora que tenía tiempo quizá podría montar un club de terminales y crónicos con estilo. Tal vez en la línea del Gabinete del Dr. Caligari, esa misma irrealidad con la que Wiene supo maquillar el horror. Quizá Sergio podría hacer socios del club a algunos de sus antiguos compañeros. Los adeptos de la secta de María y su hipnótica existencia, darían ese barniz de alienación antigua, con solera, de locura de cuarta o quinta generación. Nada de nuevos locos; una de las exigencias para ser aspirante sería que contaran con tarados de interés en su árbol genealógico, como mínimo, tres generaciones anteriores a ellos.

Subió al trastero. Abrió la puerta e introdujo el rostro hasta tener una visión completa de aquel caos aparentemente tranquilo. Las arañas habían construido una metrópolis de culturas pertenecientes al reino de lo microscópico. Un imperio que escapaba al control del ojo humano. Ramiro sintió todo un cosmos animal expectante ante su presencia. Pidió permiso y abrió la puerta del todo. La luz entró como una pisada penetra en la nieve virgen; se tambaleó un equilibrio estable construido en la oscuridad. Pisó algo que paralizó su avance, emitiendo un sonido agudo: era un muñeco de plástico para la bañera que le habían regalado hacía años... ¡Qué importa!, continuó hasta el interruptor y lo encendió. El ser humano siempre había

utilizado la tecnología para impresionar al resto de criaturas. De cualquier manera, ahí estaba parado ante los restos de sus incursiones en el arte: cuadernos con los comienzos de novelas, poemarios manchados de vino, algunos rotos ante la frustración de ser leídos en ausencia del vino, mostrando toda su vulgaridad; herramientas de escultura abandonadas sin haber sido utilizadas, los restos de una batería y dos guitarras; lienzos, paletas y pinceles manchados de nada: pura basura, no llegaban ni al concepto de terapia. Ahí estaba la estantería de turca y su oscura historia: Una noche, descubrió en la estantería el dibujo de un rostro siniestro del que no se había percatado en Estambul. Le recordaba a una amiga con la que había tenido un profundo desencuentro. Fue una historia desagradable. Todo comenzó con un clásico: fiesta, se conocen, hablan, se acuestan y al día siguiente se despiden. Muchas veces, ninguno de los dos tiene ganas de volver a verse, pero, en este caso, ella localizó a Ramiro pasados dos meses, con la noticia de estar embarazada y su decisión firme de tener el bebé. Le propuso una idea descabellada: irse los dos a vivir con los padres a una casa enorme de una ciudad del Norte, que no se preocupara por nada porque sus padres estaban forrados. Ramiro le dijo, con cierta falta de tacto, que si se había comido un ácido, que no la conocía de nada, que lamentaba muchísimo no haber utilizado condón, pero que era inconcebible irse a vivir con una mujer que sólo conocía de unas horas, en las que además ambos estaban completamente borrachos. Ella reaccionó muy mal y comenzó a insultarlo de forma muy violenta. Ramiro se dio cuenta que, con su buen ojo de costumbre, se había enrollado con la más tarada de la fiesta y que no había posibilidad ninguna de llegar a un acuerdo coherente entre las realidades de ambos. Ante esta reflexión tuvo la mala idea de

colgar el teléfono, lo que provocó llamadas a todas horas, con insultos que a veces parecían rozar, por el tono y el timbre de voz, lo demoníaco. Ramiro se asustó, cambió de teléfono y comenzó a paranoearse con que le estaban haciendo magia negra. Y no se equivocaba, pues al mes de ir recuperando el sosiego, al no ser localizable por teléfono, recibió una carta con la foto de un gato negro degollado y colgado boca abajo, con un cartel del cuello donde se leía: "Ramiro, condenado a muerte". Se asustó muchísimo y pasó una temporada buceando por el mundo denso de las Ciencias Ocultas para neuróticos urbanos. Tocó unos cuantos palos de la adivinación y de la protección; todos coincidían, estaba maldito. Pero no tenía que preocuparse; una conciencia tranquila y unas oraciones especializadas lo protegerían ante cualquier maldición, aunque fuera realizada por la maga más pérfida del planeta. Aliviado en cierta medida, fue olvidando el suceso; hasta que una noche, mostrando la estantería a Alicia, vio el rostro de su justiciera, de su maldición... Fue la primera vez que Alicia veía a Ramiro con un ataque de pánico. Por desgracia para ella, no sería la última. Ramiro, sin poder explicarle nada, pasó de mostrar una admiración absoluta por la estantería de Éfeso a pedir a Alicia que le ayudara a subirla al desván, previo haberla tapado con una sábana para aislarlos de las malas vibraciones. Todo un espectáculo de descontrol neuronal que, al ser el primero, Alicia interpretó como curioso, diferente, original. Más adelante cambiaría de opinión. El caso es que Ramiro halló en el desván motivos suficientes para estar como estaba. Desequilibrado. Era natural: no era a causa de la mala fortuna o de una enfermedad oportunista por lo que estaba destrozando la comunicación interna con su organismo; nada de eso. Su pasado tenía materia suficiente para enloquecer a cualquier persona

normal. Y Ramiro, cuando le convenía, sabía considerarse una persona normal. El entorno y su percepción eran los culpables del estado de su mente que había enfermado por simple falta de descanso. Hasta los héroes de “La Odisea” necesitaban descanso después de un día de combate. Ramiro llevaba luchando años sin poder parar.

La decepción del fuego

Pensó en la idea purificadora de quemar todo lo que había en el desván. En la terraza, no podía hacer una hoguera. Alquilaría una furgoneta. Se iría a una de las muchas calas que en invierno estaban desiertas, y lo quemaría todo de una vez. Estaba convencido que, al quitarse esa carga de frustraciones y putrefacción de encima, experimentaría una mejora enorme. Así lo hizo. Pasó dos días vaciando el desván. Decenas de historias hirvieron en su mente. Momentos cálidos, en los que uno desearía quedarse para siempre, y cuchilladas de dolor rotaban en su memoria que se expandía o comprimía, dependiendo de lo deseable o repulsivo de los recuerdos.

Condujo hasta la cala del Moro, a la que llegó un par de horas antes del atardecer. Cuando ya todo estaba dispuesto en una gran pira funeraria, el sol desapareció. Impregnó de gasolina el montón amorfo de recuerdos contrahechos. Encendió un cigarro. Tiró el fósforo sobre un hilo de combustible unido al montón de miseria que, en décimas de segundo estalló en una gran llamarada limpia, seca, perfecta.

Le tentaba meter la furgoneta en la hoguera: que la portadora de tanta basura desapareciera con ella. No dejar rastro. Se subió a la furgoneta y condujo de vuelta a la ciudad. El reflejo del sol en la luna ablandaba los perfiles del ánimo de Ramiro. La ciudad en llamas dejaba paso a un conjunto armónico de luces cálidas. Volvía renovado. El Ramiro que llegó a la cala del Moro había quemado su memoria. El que conducía la furgoneta era un tipo sin pasado. Esa duplicidad asfixiante, entre el monje y el maldito, se consumía sobre la playa. La subida de la marea terminaría por borrar las conexiones neuronales. Su fuente de memoria no disfrutaría más

de la posibilidad de retroceder en el tiempo hasta ese laberinto de deseos hostiles, que lo amenazaban desde un infierno de insatisfacción. El fuego le había colocado en el punto cero del camino donde olvidarse de sí mismo. Ahora poseía un cuerpo sin órganos listo para ser decorado... abrir, suturar, limpiar y renovar secuencias.

De vuelta a casa, al entrar en la urbanización, vio la luz del ático encendida. Sombras moviéndose en su interior. En principio allí no debería haber nadie. No se esperaba un recibimiento tan decepcionante; si era una alucinación significaba que el fuego no había servido para nada, o sólo había sido el principio de una larga guerra. Dejó el coche en el aparcamiento y subió las escaleras de tres en tres. No sabía si llamar al timbre o abrir la puerta. Se encontraba con la sensibilidad a flor de piel. Un espectáculo de irrealidad brutal le pondría de cabeza en la clínica. Optó por llamar a Marta, la agente inmobiliaria, que le abrió con una enorme sonrisa. ¿Dónde andabas? Te he llamado veinte veces. Estoy con Sandra, quería medir unas paredes para ir encargando muebles, le comentó Marta. Ramiro aprovechó que estaban ahí las dos para comunicarles que ya no vendía el ático. La sonrisa se borró del rostro de las dos mujeres y, en su lugar, apareció una mueca de asco y rabia.

Cuando Ramiro se quedó solo en casa continuó saboreando la tarde perfecta que estaba pasando; el fuego funcionaba. Llamó a Sergio para comprobar cómo sentiría a su amigo tras haber visto consumirse entre las llamas más de una secuencia del pasado en la que habían participado juntos. Sergio no descolgó el móvil y Ramiro decidió apagarlo también. No quería que nadie provocara ruido en ese momento tan especial. Pasó un rato largo buscando cuál sería la canción ideal para que sonara; la primera

después de la gesta histórica. Dio con la perfecta, un tema de *Beck, Cold brain*, de *Mutations*. La música iba masajeando sus recalentados lóbulos cerebrales. Una copa de vino. Se la merecía. Había dado un golpe letal a su locura. Le había retirado una gran parte de su alimento: esa maraña donde se sentía cómoda entre el polvo del pasado inamovible.

Con la segunda copa le entraron ganas de compartir su hazaña. Un amigo a quien describir aquel momento único. Se encontraba tan liviano que podía levitar sobre la bahía. Aspirar el brillo lunar. Acoplarse en perfecta fusión con la materia oscura que modelaba para él la delicada, inamovible y bella ausencia de horizonte. La nada liberada en su memoria que, como un abismo hipnótico, le ofrecía su acogedora irrealidad para tejer sobre ella un nuevo mundo de sentidos. De conexiones limpias con una realidad abierta a un infinito de probabilidades. Había triunfado sobre el miedo. Destruir lo que hemos sido puede destruirnos, pensó Ramiro justo antes de tirar el fósforo sobre el hilo de gasolina. Venció. Se inmoló... Ahí estaba gravitando en torno a un astro de felicidad en estado puro, contemplando la desaparición de las maletas de la conciencia, del chantaje eterno del agradecimiento y del sentimiento de culpa. Comenzaba sin deudas la reconstrucción de su destino.

Sonó el portero automático; Amparo le pedía disculpas por acercarse a su casa sin avisar, pero le había llamado varias veces y no contestaba. Una amiga vivía cerca de Ramiro. No quería volver a casa sin probar suerte. A Ramiro le gustó esa coincidencia. Amparo era perfecta para comentarle el atentado contra sí mismo que había perpetrado esa tarde. Estaba muy contenta; su amiga se iba a trabajar a El Congo. Era psicóloga experta en crisis. Trabajaría para un programa de la ONU. Amparo vivía como propia la

historia de su amiga; era como si viajara con ella a África.

Cuando Ramiro contaba la parte en la que tira el fósforo y su pasado revienta en una gran llamarada, Amparo lo interrumpió preguntándole si tenía más vino. Ramiro abrió otra botella; con el calor de la narración él también se sirvió, sin percatarse que ya era la quinta o sexta copa. Comenzaba a sentir la gran náusea que se gestaba en su cerebro. Cuando terminó la historia, Amparo le dijo que le parecía genial lo que había hecho. Irían a la cala del Moro a ver las huellas que habían dejado las combustiones de su memoria. Ella debería hacer lo mismo. Pero no podía quemar en la hoguera a su hermano. La gran ola iba creciendo en el interior de Ramiro. Comenzó sintiendo a Amparo como un ser extraño a su nuevo mundo; como un organismo que pertenecía a otro tiempo. Cada una de sus palabras le provocaba un eco denso y monótono, que retumbaba en las habitaciones desiertas de su otra vida, de la abrasada junto al mar.

Amparo se fue animando con el vino. Hablaba de lo imprescindible que era viajar sin equipaje. Ramiro llevaba unos minutos en silencio intentando contener la bajada de la marea en la costa de su mente que dejaba al aire montones de herramientas diseñadas para hacer daño. Para matar. Se levantó para abrir la ventana y decirle a Amparo que viajara sin equipaje, saltando por allí en ese mismo momento. Cuando se disponía a decírselo se contuvo y susurró que había mucho humo. Antes de explotar, consiguió disculparse con Amparo, diciendo que estaba hecho polvo y consiguió quedarse solo cuando ya veía venir la enorme ola de la locura. Una gigantesca muralla de vino espumeante rompía contra las sienes, los ojos, los oídos, la boca, las manos, los pies de Ramiro. La habitación se llenó de gente. Los comensales de la habitación junto al muro de la clínica, donde

tan gentilmente Rosario le había invitado a entrar, estaban en la terraza charlando, contemplando la Luna, sirviéndose cava, hablando de negocios... Uno de ellos, el que lo invitó a brindar cuando se sentó en la gran mesa, se le acercó y le susurró al oído que se tranquilizara; la fiesta no duraría mucho más en su casa; tenían pensado ir hasta la cala del Moro a hacer una hoguera y aprovechar esa mágica noche de luna llena. Ramiro echó a un lado esa réplica transparente de sí mismo. Su primera intención fue salir de la casa disparado. Pero eso sería una derrota aplastante ¿De qué había servido limpiar el putrefacto desván? El móvil estaba vibrando. Una llamada. Una conexión con la realidad. Un doble se adelantó y cogió el teléfono mientras otro retenía a Ramiro para que no recuperara el móvil. Era Julia. Estaban hablando con ella. Pensaría que hablaba con su hijo. El doble comenzó a hablarle, le decía cosas horribles... En un último esfuerzo, por recuperar un lugar en el mundo real, le quitó al doble el móvil. Demasiado tarde; Julia había colgado. Le llamó pero no contestó al teléfono. Estaba apagado. Seguro que estaba llorando, pensando que Ramiro no tenía solución. Le había destrozado su retiro. Ahora estaría preocupada por él, en lugar de ocuparse de ella misma y cobrar su deuda con la felicidad. Pensaría que era irrecuperable. Quizá llamara a su padre para que se hiciera cargo de la situación. ¡Qué mierda! Precisamente el día en el que su vida había tomado un nuevo rumbo de verdad. Cuando volvió en sí, estaba tirado en el suelo del salón boca arriba, con manchas de vino por toda la ropa y el móvil apagado sobre el pecho; dos cuadros rotos en la terraza, salpicaduras de vino por las paredes...

¡Tranquilidad!, se repetía Ramiro. No pasa nada, las recaídas son normales en todo proceso de rehabilitación. Más aún, cuando tienes el sistema

nervioso afectado. Julia lo entenderá. Me visitó una amiga, bebí más de la cuenta y se me fue la lucidez al carajo. Pero es una simple recaída que confirma mi deseo de cambiar de vida, pensaba Ramiro decirle a Julia, si conseguía que atendiera el teléfono. Se puso a ordenar el desastre provocado por la última alucinación múltiple. Han venido los nueve ¡Qué hijos de puta!, susurraba Ramiro mientras limpiaba las paredes.

El móvil. Era su padre. Le había llamado Julia. Ramiro le contó el argumento que tenía preparado para su madre. El padre compró la versión de Ramiro y le presionó para que se bajara una temporada a vivir con él. Le comentó, de pasada, que en ese momento no tenía pareja así que dispondrían de más tiempo para ellos. Ramiro no se pudo contener; serían los efectos secundarios del cuadro alucinatorio que acababa de vivir. Le contestó a su padre que, si iban a tener tanto tiempo para los dos, lo mejor era esperar a que tuviera novia; porque él no estaba para monos de compañía. Conocía su estado de ánimo cuando había terminado con una relación. No le apetecía en absoluto, en este momento de su vida, hacerle a su padre de droga de sustitución de la última novia. El padre se quedó algo perplejo, pero no tuvo otra opción que darle la razón. Era cierto, si hubiera seguido con Vicky, no habría insistido en que pasaran una temporada entrañable como padre e hijo, cosa que pocas veces había sucedido. Ramiro se despidió con ternura diplomática de su padre. Siguió ordenando con la esperanza de que Julia lo llamara. Poderle explicar lo de la conversación que había mantenido con ella en plena alucinación, con esos nueve cabrones ocupando su casa. Se dio cuenta que seguía pensando en ellos como si existieran realmente ¿Por qué no se habían quemado en la cala del Moro? Eran resistentes. No iba a ser un camino de rosas la vuelta a la normalidad.

Aún estaba lejos de casa, con los manantiales contaminados por un pasado que apestab su presente.

Esa noche, soñó con Rosario y con el doctor Sevilla. Eran violados con brutalidad por los nueve dobles. Se despertó empapado en sudor. Estaba amaneciendo ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Lo estaba intentando de corazón y no conseguía salir del agujero. Sólo le faltaba quemar la casa con él dentro. Era la primera vez que pensaba fríamente en el suicidio. No estaba obteniendo ni un gramo de placer de la vida. Entonces ¿Para qué mantenerla? Y Sergio, ¿qué pensaría de la muerte voluntaria? Obligar al organismo a cesar en su estúpida carrera por amarrarnos a un sistema que nos tortura. ¿Sentirá más ganas de vivir que nunca? Se suele amar aquello que nos amenaza con su desaparición. Aunque lo que nos abandona haya sido ignorado hasta el momento de anunciarnos su partida.

La negación de la unidad

Ramiro salió de casa hablando solo. Se había pasado con la dosis de café. Su agenda marcaba actividad cero. El jardinero podaba las adelfas mientras su perro perseguía pájaros entre los rosales. Ramiro silbó al perro y le lanzó un trozo de madera para que fuera a recogerlo. Se sorprendió sintiendo envidia del animal. Tenía el oficio de ser perro: ir a por el palo y volver babeando con él entre los dientes. Sólo Ramiro no tenía ocupación. Flotaba en la ingravidez molecular como un feto que aún no comenzó su roce con el tiempo. Al contemplar la cara del perro, esperando un gesto para volver a correr, llegó a una conclusión: hay que tener cuidado con lo que se lee. Ramiro, en la universidad, sufrió una crisis que lo llevó a plantearse abandonar los estudios. Milagros, una profesora del departamento de Filología, con la que Ramiro había intimado, llegando al punto de compartir con ella sus más delicados secretos, le recomendó bibliografía que, pensaba, lo ayudaría a encontrar su lugar en el mundo. Si es que lo hay, le comentó Milagros a modo de conclusión, antes de enviar a su alumno a los mares oscuros donde los ensayistas, excomulgados por todas las religiones, presentan a su dios...

El análisis de la realidad que descubrió se convirtió en obsesión, en neurosis. Pasó un año en la biblioteca del Ateneo devorando toda pluma que tuviera relación con la teoría que Ramiro había decidido fuera la solución perfecta para eliminar la angustia de la incompreensión: superar la asfixia que provoca la certeza de no conocer el mecanismo que regula causas y consecuencias. Esa teoría le daba las claves para renovar su aciaga existencia: La Teoría de la Unidad rescatada de la noche de los tiempos por

los Presocráticos. Jung. Símbolo. Fusión de los Contrarios. Escuela de Eranos. Galaxia Neoplatónica. Pensadores del nuevo Renacimiento que analizan lo real y lo irreal desde la visión *rizomática* del conocimiento, atacando lo mítico y lo típico desde todos los ángulos posibles para demostrar la *unidad de todo en todo*. Complexio Oppositorum. Igualdad entre *lo de arriba* y *lo de abajo*. Microcosmos y Macrocosmos. Hermes. El firmamento que todos llevamos sellado sobre la piel...

Hay que tener cuidado con lo que se lee, se repitió Ramiro. Ahora lo tenía claro; renovaría su biblioteca cerebral. Sólo me relacionaré con lo semejante. Sólo leeré autores que unen lo semejante, se decía Ramiro. El perro del jardinero seguía babeando frente a él y parecía escuchar con atención. Sólo me relacionaré con personas que amen y crean en lo semejante. Buscando lo idéntico en lo opuesto, no he encontrado más que el principio estéril y paralizante que me condujo hasta aquí... ¿Lo entiendes bestia?, gritó Ramiro al perro, que se asustó y volvió con su amo. El jardinero observaba a Ramiro con gesto de pena. Éste se percató y disimuló caminando en torno a la piscina y mirando, sobre la barrera de parra virgen, las gaviotas sobrevolando el puerto.

Lo semejante produce lo semejante..., pensaba Ramiro. La mezcla que genera el diálogo de lo imperfecto con lo inacabado. Definir lo que falta para ver lo que sobra: principio de toda evolución. Los opuestos, sin embargo, al encontrarse se estabilizan. Alcanzan la fusión que colma todos sus anhelos: lo profundo y lo superficial, lo activo y lo pasivo... Mentiras y caminos falsos para despistar a los no iniciados y mantener los templos donde reina la paz y la plenitud de la unión de lo semejante, restringidos a los verdaderos adeptos, aquéllos que buscan la tierra en la tierra y no en el aire; el fuego

en el fuego y no en el agua; lo volátil en lo volátil y no en lo fijo. La diferencia entre lo crudo y lo cocido. Lo semejante es lo cocido. Lo opuesto es lo crudo; sin forma, sin la evolución necesaria para ser intercambiable. Quien no ha cocido su experiencia, quien no ha devenido experiencia: - superficie de estratificación que hace posible la relación entre el ayer y el mañana-, nada puede compartir.

El jardinero le hizo señas para que se acercara; estaba brotando un almendro. Ante las delicadas flores, Ramiro recordó a un autor que las definía como intoxicaciones químicas de las plantas. No había diseñado su vida para disfrutar, sino para luchar por conseguirlo. La abolición de esta conducta iba a quedar solucionada con la aplicación de la nueva fórmula. Iba a montar el andamiaje para construir el nuevo templo de su conciencia, donde el mal se uniría con el mal y el bien con el bien. Iba a abrir el arca. Dejar al aire las viejas cicatrices. Exhibir los sólidos puntos de sutura, la inquebrantable decisión de haber unido lo semejante: tejidos que se desgarraron por dirigirse a fuentes de verdad opuestas ¡Nunca más!, se dijo Ramiro, encarando la carretera de la costa. Pensaba en cómo acoplar su discurso a la necesidad de encontrar un nuevo trabajo. El dinero de la indemnización iba desapareciendo. Su capacidad para mantenerse equilibrado, ante un panorama de inactividad total, también comenzaba a dar muestras de profundo agotamiento. Desayunando, pensó que podía llamar a Blanca, una directora de producción que había contratado para el rodaje de un par de anuncios publicitarios. También estaba Benet, el realizador; Claudia, la fotógrafa... Ninguno de ellos podría ofrecerle nada; todos estaban siempre con un pie en la banca rota. Artistas que no vivían de su producción y trabajaban como mercenarios para cualquier marca.

Ramiro terminó de leer el periódico, se tomó el cuarto café y se tranquilizó al comprobar que no lo tenía tan mal sino que lo tenía imposible.

Mientras caminaba por el paseo marítimo, vio la evolución de su personalidad paralela a la del Arte Moderno. No había conseguido hacer ni un dibujo, ni un poema digno de tener en cuenta, de acuerdo, pero había vivido de manera artística. La adolescencia la pasó inmerso en el romanticismo figurativo, las personas, los lugares... Todo apuntaba a una condición constante de tenerlo y perderlo todo, viviendo una especie de melancolía endémica. Mientras disfrutaba con alguien, ya estaba sufriendo su pérdida. Cuando entró en la juventud, lo figurativo se fue disolviendo ante una mirada que difuminaba formas y categorías. El impresionismo de las múltiples relaciones con personas, geografías y culturas, deshacía ese mundo compacto, que le había entregado y robado el placer desde formas reconocibles. En torno a los veintiséis años, el impresionismo, y su acuática dispersión de lo figurativo, fue dando paso a un expresionismo radical, que exterminó lo natural para siempre, lo que llevó a Ramiro a padecer una gran crisis existencial, que le fue lanzando de *ismo* en *ismo* hasta caer en el dulce y peligroso regazo del Neoplatonismo y la involución de la evolución. Desde ahí saltó, al cumplir los treinta, hacia un abstractismo global que lo sumergiría, ironías de la vida, en la admiración por lo primitivo, por el símbolo en estado puro. Lo cual le llevó a unir el arte primitivo con la revisión de La Tradición que propone el Neoplatonismo y su fusión de los contrarios, cuya exageración y utilización neurótica, lo había mantenido amarrado en dique seco hasta esa misma mañana en la que, observando el comportamiento del perro del jardinero, vio la luz.

La indiferencia de una diosa

Comían en un restaurante del centro. Sergio se había tomado una semana de vacaciones y Ramiro no había vuelto a alucinar. Sergio comenzaba a asimilar el tema del Sida y toleraba bastante bien el tratamiento. Son demasiadas pastillas, que te recuerdan a diario la sentencia de muerte. Pero, ¿quién sabe cuánto vivirá?, comentaba Sergio mientras paseaban por la orilla del mar.

Ramiro sacó el tema de la fotografía, de Claudia. Sergio le comentó que se había enrollado con un comerciante portugués y vivían en Mozambique. Habían mantenido el contacto porque se habían visto a menudo durante el tiempo que Sergio estuvo viviendo con María. Claudia también fue un satélite del siniestro astro.

Había recibido un correo de ella hacía un mes. Vivía en Pemba, una ciudad al norte del país, muy cerca de la frontera con Tanzania. Se había comprado una granja junto al río Mézalo, donde había montado un negocio de exportación de flores.

- ¡Joder!- dijo Ramiro.

- ¿Qué pasa? ¿Te jode tener amigos felices?

- No, qué va; es que pensaba tirar de ella para buscar trabajo. Aunque fuera como periodista; se me está agotando la pasta.

- ¿Necesitas dinero?

- Aún no, pero cuando la plata sale y no entra, es cuestión de tiempo el verte en la mierda. Además, no sólo quiero trabajar por eso. Necesito actividad; me estoy colgando al tener todo el día en blanco. No es fácil inventarse cosas que hacer. Se agota la imaginación y te descubres con la

mirada clavada en el techo de la habitación.

- ¿Por qué dejaste la agencia?

- Porque en ese momento lo necesitaba. Estaba fatal, viendo dobles por todas partes... Decidí dejarlo antes de que me echaran por loco.

- Pues sí, tienes toda la razón. La gente que conozco para recomendarte es toda del gremio; es decir, volverías a trabajar de lo mismo.

- No sé, déjame que lo piense y te digo algo.

Ramiro cambió de tema. Aprovechó que había salido María en la conversación, para preguntarle a Sergio por su vida en aquellos años. Sergio aceptó contarle la historia con la condición de hacerlo ante una buena botella de whisky.

Fueron a la terraza de Ramiro y se acomodaron en las hamacas para disfrutar de la puesta de sol.

La atmósfera de la casa, y ella misma, se parecían bastante a la película de Billy Wilder, "El Crepúsculo de los Dioses", en la que Norma Desmond encarna el papel de Gloria Swanson; así era María, comenzó Sergio que se inclinó para recoger el vaso que le pasaba Ramiro, se lo bebió de un trago y lo volvió a colocar en posición de recibir. Ramiro le sirvió de nuevo, Sergio se acomodó en la hamaca y continuó. Encarnaba el papel de una estrella en plena decadencia, viviendo los últimos años de su vida en un mundo ficticio que miraba hacia un lejano esplendor. La gran diferencia entre María y Gloria Swanson radicaba en que María tenía veintisiete años, no sesenta. El pasado esplendor de María se remontaba a los doce años, cuando comenzó a inyectarse con un amigo escritor, treinta años mayor que ella.

Ramiro se levantó a por una botella de vino; el agua con gas le estaba revolviendo el estómago. Dudó antes de hacerlo pues, desde el último

delirio, lo más que había tomado habían sido unas copas durante las comidas. Sacar el vino de ese contexto era peligroso. Pero, un amigo que acaba de enterarse que tiene el Sida y te relata el lento y premeditado suicidio de su joven amante, es indigerible a base de zumo de tomate.

Vivieron un amor apasionado, místico y decadente, al estilo Baudelaire en el París del Diecinueve, continuó Sergio que, en media hora, había dado cuenta de medio litro de whisky. Cuando el escritor murió de sobredosis, dos años después de conocer a María, ella comenzó una relación con el mundo de los muertos que no abandonó hasta partir a su reino. Dejó de interesarle por completo el mundo de los vivos. No se chutaba heroína por vicio o por placer; se ponía ese filtro entre su mundo y la realidad al no soportar lo que ésta le ofrecía: ese movimiento constante buscando algo, un trabajo, un amante, un sitio donde vivir, una familia de sustitución... No, María no quería nada de eso. No le interesaba la luz del amanecer ni la oscuridad de la noche. Ella quería su reino artificial al margen del tiempo de las calles. Ella decidía cuando terminaban o empezaban los días. Era la diosa de su micro mundo, que no era ni claro ni oscuro: era al margen.

Ramiro comprobó, con espanto, que se había bebido toda la botella. Su cerebro quería más. Sabía que ya no podría parar hasta llegar al límite. Hasta degustar el delirio, la apertura total de las puertas de la percepción. Sergio había entrado en trance, con el último dedo de whisky en el vaso y los ojos perdidos en el reino de María.

Su mundo no era crítico con otros mundos; simplemente, era indiferente a otras formas de vida, prosiguió Sergio que, al tomar el último sorbo y ver que la botella había muerto, solicitó de Ramiro una solución; éste se acercó a una bodega próxima a la urbanización a comprar más whisky. Por el

camino se repetía que no compraría más vino para él. Pero, al entrar y contemplar el espectáculo de las botellas perfectamente apiladas, el olor de la bodega... llegó a casa con dos botellas de agua de fuego y dos de vino. La noche iba a ser larga.

Lo que nos seducía por encima de todo era su falta de necesidad del mundo. Sabíamos que el dinero le llegaba sin mover un dedo. Pero eso lo olvidabas nada más verla. Cuando la tenías delante, no dudabas respecto a que la sociedad debía financiar la existencia de un ser tan perfecto, de extrema sensibilidad. Era dueña de una exclusiva belleza desconchada; como un diamante que, al rodar por los caminos, hubiera adquirido una forma dentada; una blanda y almibarada apariencia letal.

Ramiro comenzaba a verlo todo con un brillo especial. Las estrellas se habían convertido en antorchas del más allá, del camino oculto que conduce a los oráculos. Escuchaba las palabras de Sergio como un eco milenario, como el sonido de un astro al desplazarse por el vacío cósmico. Comenzaba a tener acceso a la anti-materia; contemplaba su estructura molecular. El principio de estabilidad que hacía posible la existencia. Metales invisibles ardiendo en el centro de su cerebro. Sergio se dio cuenta de la mirada extraviada de Ramiro y elevó el tono de voz. Sí, Ramiro. Yo, simplemente, me quedé a dormir una noche y no quise dejar de hacerlo durante tres años. Allí lo tenías todo, podías vivir sin tener que demostrar nada a nadie. La casa de María era un laboratorio en el que todo lo que se hacía no perseguía ningún fin. Sólo pasaban cosas. Al estilo de alguien que construye un palacio en el andén de la estación que dejará de ver para siempre cuando salga el tren. No había final. No se disfrutaba ni se sufría con nada. Simplemente, las cosas pasaban; unas, junto a ella; otras, a través de ella.

Como su relación con Olga, una pintora obsesionada con el azul. Su mente era un gran azul sin contrastes, un horizonte sin amanecer, una paz eterna e invulnerable, absorbente. Te contemplaba como si la mirada hubiera sido paralizada por una visión sin precedentes. Una explosión de color en estado puro. María decía que Olga se había chutado el arco iris en el lagrimal. Te miraba como si fueras algo extraordinario e invisible al mismo tiempo. Entrabas y salías de su mundo como si de un espacio aéreo se tratara.

En la casa vivíamos nueve personas; nunca había ocho ni diez. Nueve era el número mágico de María. Era la única norma, el nueve. Cuatro hombres y cinco mujeres. Tres gatos, dos tortugas y cuatro periquitos: nueve animales. Nueve jeringuillas, ella sólo se chutaba con cristal. Nueve pantallas y un sólo proyector que llevaba de sala en sala como si del Santo Grial se tratara.

Ramiro se levantó para descorchar la tercera botella y se desplomó sobre la mesa del salón. El golpe seco contra la madera le devolvió cierto equilibrio. Fue a la cocina, abrió la botella y regresó a la terraza. Sergio, ajeno a todo, seguía hablando como si Ramiro no se hubiera movido de la hamaca.

En una de las salas de proyección, estaban dispuestos, sobre una gran mesa de madera de teca, todos los elementos necesarios para jugar a la ruleta rusa. Nunca vi que se hiciera. Pero, ahí estaba, por si alguien decidía tomarse el aburrimiento en serio. Quizá fuera un ácido homenaje a la memoria de la madre de María.

Ramiro pensó en Julia y en su nueva vida. ¿Estaría en alguna parte del planeta jugando a la ruleta rusa?

Pero no era todo magia, no te vayas a creer, Sergio trabajaba con dedicación la segunda botella de whisky. También vivíamos momentos muy

desagradables. Los monos de María cuando se le iba la mano y se metía más de la cuenta, quedándose cortada sin nada que ponerse, eran muy jodidos. Nos insultaba y humillaba con la misma precisión con la que nos hacía elevarnos sobre las cenizas del mundo. Hasta que localizábamos al camello y todo volvía a la normalidad. Al pronunciar esta palabra Sergio comenzó a reír, mirando hacia Ramiro para hacerle partícipe del chiste: ¿¡Normalidad?! Pero Ramiro tenía la mirada clavada muy lejos.

Cuando discutía con su padre, continuó Sergio que hizo caso omiso de su momificado compañero. No sólo por motivos de plata, de vez en cuando le llamaba con brotes metafísicos; la conversación siempre terminaba en crisis nerviosa. Ya sabíamos lo que teníamos que hacer: todos, menos Olga que era como una estatua azul, desaparecíamos unas horas. A la vuelta también sabíamos lo que nos esperaba: la casa solía quedar arrasada. Cuando no localizábamos al camello, teníamos la alternativa de la morfina. Un oncólogo amigo del padre, que había sido amante de María, le dejaba recetas firmadas, un talonario al mes. Lo justificaba como si fuera una enferma de cuidados paliativos y, realmente, así era. María se estaba muriendo y estaba encantada de que así fuera. Lo alucinante era que, al mirarla, nadie pensaría que esto pudiera circular por la mente de una persona tan admirada por su entorno. Lo tenía todo y todo lo despreciaba. Su divino cuerpo no recibía la mínima atención estética y su mente la había sumergido, sin vuelta atrás, en una bañera de hielo hipnótico. Tenía una colección increíble de camisones gaseosos; parecía flotar más que caminar por la casa. Era puro tejido espiritual. No se vestía más que para ir a por las provisiones mensuales. En su último año de vida, comenzó a escribir un diario. Por la noche nos leía lo que había escrito durante el día. Hablaba de

nosotros. Era fascinante verse reflejado por la percepción de María. Nadie tenía que ver con la idea que teníamos de nosotros mismos. Si ella nos percibía como lo escribía, ninguno de nosotros estaba constituido por él mismo. María mezclaba mis ojos con la forma de mirar de Olga, la manera de hablar de Lluís con el carácter de Claudia...

Como Sergio no dejaba de hablar, Ramiro, en el papel de receptor pasivo, iba y venía entre los colores y los aromas de los mundos que Sergio le describía. Se imaginaba la casa de María como una comuna de cigarras tendidas al sol, al margen de la velocidad con la que se acercaba el frío invierno, la muerte de María y la desaparición de esa burbuja, donde cada uno se había refugiado de una realidad diferente. A Ramiro no le habría venido mal que aquel refugio diseñado para periféricos siguiera activo en el presente. Lo habría convertido en el centro en torno al cual hacer gravitar su proyecto de vida. Una especie de nave nodriza para vidas recién nacidas; un espacio donde protegerse hasta haber desarrollado defensas para salir a la selva humana.

Ramiro miraba a Sergio, pero ya no le oía. Observaba cómo se movían sus labios, cómo gesticulaba, pero ya no estaba ahí. Habían entrado en planos diferentes. Ramiro comenzó a volar entre imágenes que iban enfrentándolo a diferentes momentos de su vida: en la costa con Sonia, cuyo amor abandonó porque pensaba que estaba llamado a algo más grande, a algo histórico... en Londres ...en San Petersburgo ...en Marrakech ...en Berlín ...en Varanasi... Pequeños oasis en un mar de desiertos con dragones y mujeres con armadura, salvando de las garras del mal a aterciopelados príncipes que lloraban, con desgarró, la ausencia de sus amadas, sus daenas... La cara de su padre aparecía en el escudo de armas de un

sombrío castillo gótico que abría sus puertas milenarias frente a Ramiro. Al traspasar los muros, una voz, profunda como el origen del tiempo, reclamaba sus armas. Ramiro entró desnudo a una sala donde innumerables parejas de hombres y mujeres jugaban al ajedrez. Eran los dobles de Ramiro con todas las mujeres con las que había compartido la vida o la cama. Un enorme reloj de arena gravitaba sobre ellos. Giraba con lentitud, produciendo un sonido metálico que daba a la escena una enorme tensión; una sensación de faltar muy poco tiempo para que sucediera algo que no terminaba de suceder; un acercamiento constante a lo sublime, al cambio de paradigma; una aproximación segmentada hasta el infinito... Al observar las parejas de jugadores de ajedrez, se dio cuenta que el perdedor se convertía en arena y que ésta se elevaba en un remolino místico que era absorbido por el gran reloj. Todas las partidas fueron terminando hasta quedar cinco dobles de Ramiro, enfrentados a cinco mujeres que no conocía. No podían pertenecer a su pasado; las recordaría aunque la relación hubiera durado dos horas de sexo en un motel de carretera. Entonces, era el futuro. Sincronizado con esta percepción de Ramiro, el gran reloj se desplomó sobre el suelo, reventando en un torrente de colores, aromas e imágenes y convirtiendo en arena a los diez finalistas del torneo de ajedrez. Sólo quedaba Ramiro en medio de una sala llena de arena.

¡Ramiro!, le gritaba Sergio. Cuando Ramiro volvió a las tres dimensiones, estaba en el suelo de la terraza con Sergio encima, intentando reanimarlo. Pero Ramiro no reconoció a Sergio; en su lugar, vio a uno de sus dobles que le susurraba al oído su condición de maldito, de estar a punto de convertirse en arena; arena filtrándose entre los dedos de una mano que nada puede

hacer por retenerla; arena barrida por el viento...

Ramiro se quitó a Sergio de encima con violencia, saliendo éste disparado contra el muro de la terraza; huyó de la casa corriendo escaleras abajo, se montó en el coche y abandonó la urbanización. Mientras conducía por la carretera de la costa llamó a Amparo. Ella atendió con buen tono y quedaron para tomar una copa en un bar de la playa, un lugar con antorchas clavadas en la arena, cojines sobre alfombras y cortinas blancas mecidas por la brisa nocturna. Cuando Ramiro llegó, vio a Amparo que le hacía señas desde el fondo de la terraza; a su lado había un hombre joven y atractivo con cierto parecido a Amparo; era el hermano. Cenaban en casa cuando llamó Ramiro y a ella le pareció un buen momento para presentarlos. Nada más sentarse con ellos, sonó el teléfono de Ramiro. Era Sergio que no entendía nada. Ramiro le dio las coordenadas del lugar y le comentó a Amparo que hablaba con el amigo que conoció en urgencias de Salud Mental cuando el lío de la emisora de radio. Amparo recordaba perfectamente a Sergio, le había caído muy bien. Te quiere mucho, Ramiro, le dijo Amparo refiriéndose a Sergio. Sí, lo sé; yo a él también, somos viejos amigos, contestó él.

A Ramiro, el cambio de escenario no le había quitado los tres litros de vino que llevaba encima, pero sí le había sacado de la alucinación. Cuando llegó Sergio, se hicieron las presentaciones oportunas y éste comprobó, con alivio, que Ramiro había vuelto a la normalidad para quedarse. Le comentó cómo se había bajado de la hamaca, de pronto, y había comenzado a moverse por la casa con la mirada perdida. Dabas miedo, parecías un zombi, una víctima de magia negra. Intenté despertarte un par de veces, pero no me atreví a tocarle; la expresión de tu rostro era muy jodida, se

percibía que estabas muy lejos. Hasta que caíste desplomado en la terraza; entonces, salté sobre ti para reanimarte y fue cuando me tiraste contra el muro de la terraza, con una fuerza increíble; casi me abres la cabeza, relataba Sergio los hechos a Ramiro, ante la mirada atónita de Amparo y su hermano. Ramiro no se molestó en sugerir a Sergio que bajara el tono de voz. Le daba igual lo que pensarán de él, su problema era mayor que la reputación social. Además, estando con Amparo, una adicta a la patología psiquiátrica, lo que Sergio relataba era puro márketing para la imagen de Ramiro.

Una vez aclarado todo el alcohol que burbujeaba en la mente de los dos viejos amigos, comenzó a dar muestras de presencia activa. Ramiro, que no pensaba estar ahí para perder el tiempo, ni para hablar del último libro o la última película interesante, le entró directo al hermano de Amparo. ¿Qué conclusiones has sacado de la relación especial que mantienes con tu hermana?, le preguntó. Tras un pequeño silencio en el grupo, Amparo sonrió y comenzó a jugar haciendo dibujos con el dedo sobre la arena. A Sergio, que no estaba al tanto de la historia, le pareció una pregunta normal y solicitó a la camarera otra ronda. Ramiro esperaba con mucho interés la respuesta de Carlos, el hermano de Amparo, mirándole a los ojos sin ninguna acritud, con curiosidad sincera. Carlos miró a Amparo con complicidad y comenzó su relato pausadamente; se notaba que ya se lo había contado a una docena de psicólogos y psiquiatras de media Europa. A Ramiro le estaba resultando fascinante que Carlos describiera el asunto con esa mezcla de ciencia y sensualidad. Sergio comenzó a alucinar y se le fue poniendo cara de estar muy a gusto, como si hubiera vuelto al mítico nido de María. Amparo seguía jugando con la arena, despreocupada y distendida,

levantando la mirada de vez en cuando hacia Ramiro que le sonría con agradecimiento; era lo mejor que podía pasarle después de una recaída en el caos como la sufrida esa tarde... Carlos tocó diferentes escuelas biopsicosociales, sistémicas, gestálticas, y también rozó la pornografía, con algunas descripciones: un buen relato que dejó a todos satisfechos. El bar cerraba, ya sólo quedaban ellos. La antorcha que los iluminaba era la única encendida. Eran las tres de la mañana, al día siguiente nadie madrugaba y en el cielo brillaba con fuerza el cuarto creciente de una luna rojiza. Los últimos restos de angustia, que habían quedado adheridos a la escarpada memoria de Ramiro, se fueron disolviendo en la orilla del mar. Sergio contaba escenas de su historia con María; Carlos y Amparo contribuían a la escena con sus mejores aventuras. Amparo había vivido un par de años en una comuna urbana en Berlín; a partir de aquella experiencia, había aprendido a valorar la propiedad privada como algo básico para conservar un mínimo equilibrio entre lo que quieres y lo que tienes. La conversación fue agotando las partes íntimas que cada uno estaba dispuesto a compartir esa noche y comenzaron un acercamiento a los grandes pensadores de la Historia de la Humanidad. Ramiro utilizó como antepasado espiritual a Delleuze y su *Mil Mesetas*; Amparo tiró de *La insoportable levedad del ser*, Kundera la hacía sentir en casa; Sergio nos sorprendió a todos con *Cristianos sin Iglesia*, un texto de Kolakowski en el que se hacía un repaso de todas las órdenes y pensadores excomulgados por la Iglesia Cristiana. Esa noche, Sergio se sentía uno de ellos. Carlos también dio un toque de color al elegir a un escritor-pintor; utilizó para sus acrobacias mentales a William Blacke. Consideraba que *Las Bodas entre el Cielo y el Infierno* era un texto que, acompañado de sus grabados con ácidos corrosivos,

representaba un buen símbolo para interpretar su vida. Cercano ya el amanecer, decidieron retirarse e inyectar unas horas de sueño en sus exhaustas neuronas. Camino de los coches, Sergio agarró a Ramiro por los hombros y le susurró al oído que no se preocupara por nada, ambos iban a dar batalla sin cuartel a esos dos bichos que se habían instalado en sus vidas sin pedir permiso; el Sida y la locura habían encontrado dos guerreros incansables. Ramiro devolvió a su amigo el gesto entrañable con una leve caricia en la mejilla y se despidieron.

Cuando Ramiro entró en casa estaba amaneciendo. Le desagradó contemplar el desorden y la suciedad que había provocado su última pérdida de papeles. Pero estaba bien, no le apetecía meterse a la cama. Puso una cafetera y se tumbó en la hamaca para disfrutar del triunfo de la luz sobre las tinieblas. Se despertó cuando ya estaba anocheciendo, se puso ropa deportiva y se fue al club; unas piscinas le sentarían bien para relajar y tonificar el cuerpo. En la sauna, dos tipos hablaban de sus inversiones y el hijo de uno de ellos les cortaba continuamente, tratándolos de conservadores; pues él, en unos meses, había obtenido más beneficios que ellos en un año. Ramiro pensó que no le extrañaría escuchar en poco tiempo, cómo ese mismo joven, había visto desaparecer, ante sus agudos ojos, la totalidad de su incipiente fortuna. Los viejos zorros le dejaban hablar, con una mueca de satisfacción, al comprobar que el cachorro había salido a la raza, una máquina diseñada para fabricar divisas.

La muerte de la simetría

Ramiro tenía una entrevista de trabajo en una agencia de publicidad. Sergio había hablado con un amigo que podía contratarlo. El sueldo no era muy alto, pero la agencia estaba empezando, había buen ambiente y para Ramiro, después de haberse curtido en TBX durante seis años, las cuentas que Marcos podría ofrecerle serían fáciles de llevar. Se vistió como ya sabía que tenía que hacerlo: camiseta bajo chaqueta, vaqueros y deportivas de marca reconocible, gafas de pasta y un pendrive con sus mejores campañas y tracking de aumento de ventas.

Fue recibido por Marcos, que le trató con respeto y amabilidad; quedaron en comenzar a trabajar en un mes. Marcos era el típico joven de treinta y pocos años que adoptaba la postura de un tipo de cincuenta al que ya le ha pasado de todo en la profesión. Le gustaba que se lo consultaran todo, al tiempo que se quejaba de tener que ocuparse de todo. Su amabilidad estaba salpicada de cierto desdén y su traje de lino tenía las arrugas justas para ser un clásico de director de agencia; unas mechas suaves aclaraban su flequillo rubio, que caía con gracia sobre la patilla derecha de unas gafas de pasta marrón. Durante la entrevista, se disculpó unas seis veces para atender llamadas urgentes que, seguro, eran de la clínica veterinaria donde había dejado a su perra para que le extirparan un quiste de los ovarios; antes de levantarse por séptima vez, con un apretón blando de manos, lo dejaron todo listo. Ya en recepción, le presentó a la copy, todavía con el olor del título universitario pegado en las pupilas; al director de arte y su voz modulada lista para la seducción; a un director de cuentas con una corbata espantosa y la secretaria con una dentadura impecable, tan blanca

que Ramiro sintió envidia y complejo de adicto a la nicotina y al café.

Volvió a casa con la sensación de estar traicionándose. No habían pasado ni seis meses y el miedo lo había devuelto al punto de partida. Estaba avanzando en círculos; se sentía incapaz de abrir una nueva vía de acceso a la realidad y volvía a ella por el mismo puente que atravesó para abandonarla. De nuevo en una agencia. Las mismas caras con otros nombres, las mismas ambiciones y las mismas estrategias, las mismas actitudes ante los mismos problemas. Seis meses no era suficiente tiempo para tirar la toalla. Tenía que seguir buscando la manera de sentirse renovado, de cambiar esencialmente su relación con la sociedad. Para conseguirlo, no sólo tenía que cambiar él, también tenía que modificar el entorno. Llamó a Marcos y le comentó que le agradecía la oferta, pero que aún no se encontraba con fuerzas para volver a la acción; tenía que trabajar algunos aspectos de su personalidad que no podían esperar más tiempo. Ramiro sabía, por Sergio, que Marcos tenía una relación directa con los problemas psicológicos; padecía como mínimo una depresión al año. Marcos entendió a Ramiro sin problemas y quedaron en hablar más adelante.

Ramiro se sintió aliviado. Conservaba el valor suficiente; aguantaría la presión de estar frente al espacio en blanco sobre el que tenía que escribir su futuro inmediato. Todo era posible, pero todo era demasiado. Todo era idéntico a nada. Entonces ¿por dónde empezar? Ya había desistido de la idea de cambiar de piso y de barrio; eran aspectos insignificantes para el gran cambio que necesitaba vivir. ¿Cambio de ciudad, de país, de cara?... Todo le parecía una gran estupidez; parches que retardarían la resolución del problema de fondo. Necesitaba cambiar su forma de sentir, de razonar, de hablar; cambiar los motivos por los que sentía euforia, por los que se

deprimía... cambiar de gusto en los colores, en los sabores; cambiar de gestos, de visión, de creencia.

Daba vueltas por el salón. Estaba lloviendo. La bruma sobre la bahía le calmaba, le susurraba que había tiempo, que las respuestas vendrían solas, que el maestro aparece cuando el alumno está preparado. Estaba preparado; necesitaba la llegada del maestro con el nuevo paradigma sobre el que articular sus deseos y la manera de satisfacerlos. Sonó el timbre de la puerta. No era el maestro, era Maite. Pasó sin pedir permiso, con su histerismo de costumbre, y comenzó a hablar como una ametralladora. Ramiro la miró, lo pensó dos veces y decidió sugerirle que se marchara. Ella dejó de hablar en seco. Ramiro volvió a pensarlo dos veces y le sugirió que no volviera. Maite miró a Ramiro, más sorprendida que disgustada, y se marchó dejando la puerta abierta. Cuando Ramiro se aproximó para cerrarla, apareció el rostro de Maite a milímetros del suyo y le estrelló en la cara un espeso y ridículo: icabrón!

Ramiro se puso la película *Zoo*, de Peter Grenaway: dos veterinarios siameses, que al nacer fueron separados con éxito, son los directores de un zoo de Londres, van sacrificando a todos los animales para estudiar la manera en que el proceso de descomposición aniquila la simetría natural. Estos, al pudrirse, pierden el equilibrio anatómico que los mantenía estabilizados en unos parámetros compatibles con la vida. Pero, cuando ésta ya no tiene nada que ver en el asunto, una anarquía brutal invade el sistema y la diáspora visceral del organismo abandona el barco que se hunde. Sin respeto por la estabilidad, ni por la estética, ni por nada. Tras la muerte, los organismos entran en una carrera sin reglas, cuyo único objetivo apreciable, desde un interés morfológico, es la desaparición total

de la forma.

Ramiro iba a analizar cómo se descomponía la forma de su relación con su mundo, con su entorno directo. De hecho, estaba asistiendo, desde hacía meses, a su putrefacción como directivo de TBX, a su descomposición como ciudadano. La pérdida de la simetría era idéntica en lo anatómico y en lo emocional. De la misma manera que la simetría entre hombros, cabeza, piernas... se pierde en el proceso post mortem; de igual manera los sentidos y las emociones inician una metodología de descomposición, que provoca el caos en la eficiencia y en el funcionalismo extremo que gobierna cualquier criatura. Esta simetría salta por los aires cuando se muere, cuando mueres para la sociedad, cuando mueres como directivo, cuando mueres como votante, cuando mueres como contribuyente, cuando mueres como consumidor. Es ahí cuando la descomposición emocional comienza a demostrar que el sistema regulador de los sentimientos es imprevisible. Lo que en vida provocaba deseo, ahora, en plena descomposición de los sentidos, podía producir repulsión y viceversa. El amor podía brotar donde antes sólo habría existido indiferencia. De este análisis escrupuloso de la putrefacción sensorial, Ramiro iba a obtener las fórmulas para el renacimiento. Para concluir la mutación, debía soportar la gradual abolición de la existencia. El corte de todas las comunicaciones. Debía soportar el aislamiento hasta que, la desaparición total, le diera el espacio necesario para generar la nueva criatura: Alquimia, los viejos textos del Mar Muerto, la búsqueda de la piedra filosofal, la conversión en oro de todos los metales, la resurrección de la conciencia, la regeneración absoluta de la percepción. El cese de la criatura que ya no existe. El comienzo del protocolo genético adaptado a la estructura del nuevo organismo.

Ramiro comenzó a buscar los viejos manuscritos castellanos, judíos, árabes, griegos, egipcios... Una montaña de libros habrían sus bocas sedientos de humanidad. Ramiro comenzó a sentir miedo. Estaban tomando la apariencia de un organismo vivo y coordinado. Estaban absorbiendo el oxígeno de la casa. Salió a la terraza con síntomas de asfixia. Unos niños, jugando en torno a la piscina, le hicieron volver. Recogió del montón de libros unos títulos y repuso el resto en los estantes. Se preparó un café y pasó la tarde leyendo e intentando tomar distancia con él mismo.

"Si todo, al pudrirse, modifica la simetría que lo hacía funcionar es porque más allá del territorio de la materia no se necesita el equilibrio. Las estructuras, así como los comportamientos, que alcanzan una síntesis de estabilidad para devenir mutación constante, en continuo diálogo con el entorno inmediato, representan la esencia del devenir signo, animal que se adueña del territorio que perdió ante la conquista de la razón. Así, el nuevo código petrifica el axioma dominante; liberando la maquinaria de guerra con la que se construirá el nuevo cuerpo sin órganos"

Ramiro intentaba leer como lo había hecho hacía años, con la motivación de poder cambiar su vida con la digestión de cada ensayo. Párrafos, racimos de signos que le darían paso a otro nivel de percepción. Ahora no sentía eso, adoraba los libros, compraba libros continuamente, pero no conseguía engancharse ni a ensayos, ni a novelas, ni a libros de cuentos.... Lo que realmente pensaba era que tanta lectura le había jodido la vida.

Si debo descomponerme para regenerarme, ¿qué pasará con mi deriva genética?, pensaba Ramiro mientras caminaba por la playa, haciendo tiempo hasta la hora de comer. Esa mínima parte de código genético que no es heredada y que realmente es lo único que soy yo. El resto es un torrente

de cromosomas que me convierte en una fotocopia de millones de antepasados: la mano, herencia de un tipo que vivió en El Cairo en el siglo III a. C.; la ansiedad, de una mujer que murió en el desierto, en el siglo XII, tras ser violada por los nueve hombres que envió su marido para que la asesinaran por haberlo abandonado. El cabello, de un vendedor ambulante del siglo XVIII que se enriqueció vendiendo marfil y montó un joyería en Niza, con la buena fortuna que, pasado un año, construyeron el hotel Negresco junto a su negocio. Se hizo tan inmensamente rico que, una tarde de insoportable plenitud, quemó la joyería con él dentro; los ojos, de Julia; la boca, de su padre; la sonrisa, de una actriz francesa de mediados del siglo XX, que no le quedó otro remedio que envenenar a su compañera de reparto porque le estaba chuleando al marido y el papel que ansiaba representar en la obra...

Había quedado con Amparo en una taberna que le encantaba; estaba construida en piedra y madera al borde de un acantilado. Las olas rompían con fuerza bajo tus pies, mientras disfrutabas de la comida y la conversación.

Una ola le mojó los pies; miró el reloj, caminó hasta el aparcamiento y condujo hasta La Martinica (nombre de la taberna). Llegaron a la vez y se sentaron a disfrutar del delicioso sol de primavera que flotaba en la terraza; el ruido de las olas era como un masaje lento y suave... Ramiro se encontraba de buen humor; miraba a Amparo y pensaba que cada día le gustaba más. Ella también parecía disfrutar de su compañía; últimamente siempre había estado disponible para él. Ramiro estaba cansado de fracasos amorosos, pero no perdía la esperanza de encontrar el amor único, la compañera espiritual creada para ser su complemento perfecto que estaría

en algún lugar del planeta sufriendo los mismos fracasos que él. ¿Se cruzarían sus caminos? Quizá la tenía delante; Amparo podía ser su daena, la compañera celeste que acabaría con su soledad, esa sombra anclada en lo más profundo de su ser. Acompañado o no, siempre estaba ahí, invernando o a pleno rendimiento. Una soledad endémica que, intuía, sólo sería eliminada por su amada ideal, por la fusión perfecta entre carne y espíritu, entre psique y logos. ¿Era Amparo? Nunca había tenido tanta suerte; en su vida, todo había pasado antes o después de que él llegara. Amparo volvía del servicio, la falda blanca, su forma de sentarse... nunca había tenido tanta suerte.

- ¿En qué piensas?- preguntó Amparo.

- Estaba alucinando con las gaviotas; son únicas planeando.

- La noche pasada tuve un sueño curioso: estaba sentada en una mesa de madera oscura, casi negra y rectangular; yo me encontraba en uno de los vértices cortos; en frente, a mi derecha e izquierda estaba sentada yo misma con diferentes edades, pasadas y futuras. Me levantaba y besaba a la más joven que, sin pestañear, me escupía en la cara. Me acerqué a mi futuro y le acaricié la mejilla a la mayor de mis réplicas; con la mirada, me indicó que me largara de su lado, dándome un trato despectivo en extremo. A la que más se acercaba a mi edad actual le pregunté el motivo de ese trato tan desagradable y hostil; me dijo que no sabía si era por envidia o repulsión. No sé si pretenden que pienses en ellas continuamente o lo que desean es no volverte a ver. No sé si..., repetía con gesto hipnótico. Le pegué un bofetada ante la posibilidad de que repitiera otra vez "no sé si..." Se echó a llorar y se arrodilló poniendo la cabeza sobre las piernas de la Amparo más joven; la vieja se levantó y me ordenó que me fuera. Desperté

con una sed tremenda; bebí agua como si acabara de atravesar el desierto y me volví a dormir. Entré de nuevo en el sueño...

El camarero llegó, cantó los platos del día y nos sirvió el vino de la casa, un tinto joven, seco, redondo en el paladar y suave en la lengua; a Ramiro le encantaban los vinos de La Martinica.

- Bueno, te termino de contar el sueño- continuó ella -La Amparo que tenía mi misma edad me ofreció la posibilidad de olvidar, para siempre, el miedo; se subió a la mesa y comenzó un discurso sobre la cobardía. Decía algo así: "La esencia de los cobardes es la puñalada por la espalda; se debe muscular la zona, lumbar para evitar que la punta de la daga toque zonas vitales, cuya disfunción provocaría incompatibilidades con la vida. Musculada esta zona se puede vivir con cierta tranquilidad, pero no se resuelve el tema de la cobardía, asunto complejo que entronca con el inconsciente colectivo, con los antiguos miedos de la manada. La depredación en estado puro. Los ojos de las bestias enfrentados a la garra de la condición natural: matar para seguir viviendo", se bajó de la mesa y, mientras me besaba en la frente, me hundió una daga en el vientre. Ves, así hay que atacar las cosas, de frente, me susurró al oído, me extrajo la daga, sin dejar rastro de herida, y me desperté.

- Buen discurso, el de tu coetánea en el sueño- dijo Ramiro con la mirada perdida entre las gaviotas -El miedo... estado en el que uno tiene, de sí mismo, la visión más cruel; amenazado e inseguro de poder hacer frente a la amenaza. Interesante sueño, Amparo... ¿Tú cómo lo interpretas, respecto a lo que simboliza en tu vida?, concluyó Ramiro.

- No lo sé. La interpretación de los sueños me saturó hace tiempo. No te lo había dicho, pero yo también estuve en el centro de urgencias donde

acabaste tú el día que destrozaste la emisora de radio.

- ¡Joder...!- exclamó Ramiro.

- Y, entre otras cosas, fue por soñar- prosiguió Amparo -Tenía complicada la vida, es cierto, pero se me juntó el no poder descansar por la noche; padecía unas pesadillas horribles, tan reales que pasaba el día afectada. Comencé a no distinguir con claridad la realidad de lo soñado. El espejo es una fina capa; si la atraviesas percibes una dimensión que no te queda claro si debías haber conocido. Pero ya es tarde para dudar, por eso le pegué el bofetón a mi reflejo del sueño con su "No sé, no sé..." No puedes dudar de todo; si lo haces te acercas peligrosamente a caminar en círculos...

- Hay un hueco de plenitud entre la manera de hablar y la de pensar- comenzó a hablar Ramiro -Entre cómo imaginamos la vida y cómo la vivimos; este hueco de plenitud no debe ser vulnerado, no debe ser humillado ante el dios de la lógica; se le debe permitir que fluya con total libertad, que ahonde en la carencia, en la esencia de lo que nos falta. Pero desde el punto de vista de la solución, no desde la hipotética deuda con un destino que nos debe la plena satisfacción de los sentidos- concluyó Ramiro.

- No sé lo que dices pero me gusta. No juzgas, eso ya es un principio básico para entendernos- contestó Amparo.

- Yo tampoco sé lo que he dicho. A veces, me alivia en extremo hablar sin pensar...- dijo Ramiro.

El camarero llegó con la comida, la hicieron desaparecer y el sueño llamó a la puerta de sus mentes. La cama de Ramiro quedaba cerca, hicieron el amor lo que duró la emoción del encuentro y pusieron una película de descuartizamientos en general.

Hebras de tiempo

Si era algo que debían haber tenido en cuenta, no lo tuvieron. Nada se hizo de acuerdo a lo que pensaron. Todos los principios quedaron pisoteados. Y los valores altruistas en los que basaron la relación dos meses después de comenzar a hacer el amor, se pudrieron y amarillearon como el cigarro que se olvida en un cenicero de váter público, estéril y funcional.

Esa misma tarde de primavera, en la que hicieron el amor y el viento cálido les dibujó la felicidad en el rostro, Amparo le contó a Ramiro que tenía una hija de dieciocho años que vivía en México y que su padre era su tío.

-¿Qué importa la realidad? Cuando el placer, con la marca de lo inmediato, llama a tu puerta, ¿Por qué no tomar el brebaje que te matará en diez horas si, antes, te ofreció el máximo placer? Después de saborear la satisfacción total del deseo, tienes un montón de horas para salvar el culo- le decía Ramiro a Amparo, todavía con el placer bailándole en el torrente sanguíneo. -Lo único que hay que hacer, y no digo que sea fácil, es controlar el tiempo invertido en placer y el que se invierte en que este goce no sea letal; es decir, el placer tiende a generar desorden y el equilibrio, (ni sufro, ni siento placer), suele generar orden. Pues, bien, una dosificación estable de estas dos actitudes, debería conducir a una existencia satisfactoria- concluyó Ramiro.

Una hora más tarde, paseaban por la orilla del mar, Amparo le proponía a Ramiro la posibilidad de probar fortuna en México. Hacía tiempo que ella quería estar más cerca de su hija. Su hermano podía conseguirle un puesto como profesora en la Universidad de Zacatecas. Una vez allí, moviendo contactos, le buscarían un trabajo a Ramiro, si este terminaba por aceptar

la propuesta. No sería muy complicado conseguir colocarlo como profesor, en algún máster de comunicación, tipo "Tendencias: relación marca-cliente en la auditoria de comunicación", "El mensaje publicitario"...

Ramiro metía los pies en el agua tibia del Mediterráneo e intentaba visualizarse en México dando clase y viajando, los fines de semana hasta el Pacífico para contemplar uno de los océanos más potentes y bellos del planeta. Tras estos fotogramas, más o menos agradables, su mente viajó hasta un tema más escabroso. ¿Cómo gestionaría el agradecimiento que debería a Amparo y a su hermano? Estaría hipotecado emocionalmente; tendría que ser amble y considerado por obligación; o peor aún, soportar quizá un cambio brutal en la actitud de Amparo hacia él, provocado por el cambio de continente, de país, de trabajo... Ella también tendría que acostumbrarse a ser madre a diario, ya que en los últimos diez años, tiempo que llevaba Elvira viviendo con su padre en México, Amparo sólo había ejercido ese rol durante las vacaciones, dos meses al año. Demasiados cambios, todo podía arder en cualquier momento. Y si esto sucedía, Ramiro tendría que tragar con todo; ya que dependería de los contactos de Amparo para encontrar trabajo; tendría que soportar, incluso, que volviera a enrollarse con su hermano y formaran una encantadora familia... Una vez conectado, ya se buscaría él la vida pero, mientras tanto, no sería más que una marioneta de los exóticos hermanos.

La mente de Ramiro intentaba pasar a un escenario menos hostil, cuando un comentario de Amparo le sacó del devaneo emocional.

- ¿No confías en mí, no?- le dijo Amparo como si le leyera el pensamiento.

- Bueno, nos conocemos desde hace unos meses; ninguna persona en su

sano juicio confiaría en tan poco tiempo- contestó Ramiro mirando al suelo

- ¿Sano juicio?- Amparo comenzó a reír.

- Me refiero a que, si has vivido un poquito, sabes que las personas tienden a abrirse despacio; todos tenemos experiencias de haber sido traicionados por contar demasiado pronto lo esencial de nuestra vida- dijo Ramiro.

- También hemos traicionado.- Amparo se pasó las manos por los riñones, como recordando el filo de alguna puñalada por la espalda.

- Sí, por supuesto; una gran parte de nuestra confianza, brota precisamente de nuestra propia conducta; al haber jugado con la sinceridad del otro, pensamos con buen criterio que el otro también puede jugar con la nuestra- Ramiro se sentó en la arena.

- Y claro, uno ya no está para muchos juegos ¿no?- Amparo jugaba con las olas.

- Pues, la verdad, no; tengo la cabeza más rallada que una pista de patinaje; hago todo lo posible para no salirme de las líneas blancas que enmarcan la autopista de mi cordura; más allá de estas fronteras, todo es fuego y caos- Ramiro dibujaba flechas con un palo sobre la arena húmeda de la orilla del mar.

- Sí, toda relación, de amistad o amor, es una mezcla de estados de confianza y, a su vez, superación lógica de verte atrapado en procesos vitales que nada tienen que ver con tu crecimiento personal- Amparo señaló una terraza donde tomar un café.

- Todo es negociable. No siempre es necesario estar creciendo al mismo tiempo. A veces, se produce una evolución alterna; uno funciona como apoyo en un momento, para luego ser apoyado por el otro.- Ramiro tenía claro que, en ese momento, con sobrevivir ya tenía suficiente.

- Estoy de acuerdo, suele darse más esta combinación que la ideal de sentir que se está ascendiendo al mismo tiempo- Amparo sabía que tenía que ser ella quien tirara hacia la luz por los dos.

El sol del Mediterráneo seguía ofreciendo calor a las mentes de los dos navegantes en busca de rumbo. México, al margen del análisis pesimista de Ramiro, podía ofrecerle esa sacudida general que necesitaba su forma de vida para salir de la vía muerta. No tenía ni idea hacia dónde conducir la historia para obtener dinero y relacionarse con el mundo ¿Un negocio? ¿La universidad? ¿De nuevo una agencia de comunicación? Amparo tenía claro que no deseaba salir del ámbito de las ciencias de la comunicación, ya fuera como periodista o como profesora de materias relacionadas. Esta determinación, al menos en algo, podría servirle a Ramiro para replicar ese modelo de conducta y ayudarlo a centrarse, a marcarse un objetivo. Porque el hecho de que todo sea posible es muy parecido a que nada lo sea realmente; la energía y la motivación se dispersan de tal manera que no se avanza. Ramiro abría líneas de investigación continuamente, cuando llevaba una semana pensando en una dirección, decidía comenzar con otra, desandando el camino para volver a empezar. Esto no le parecía mal del todo, cuando se está en un proceso de búsqueda de uno mismo y de su función en el mundo, es bueno enfocar con un gran angular, pero en algún momento hay que decidirse por alguna de las posibilidades que ofrece ese redondo y gigantesco mar de hipotéticas actividades, que deberían conducir a Ramiro hacia otro momento de su vida. Amparo le comentaba que en seis meses podían tener clara una estrategia, coordinando con su hermano, para llegar a México y, en poco tiempo, estar más o menos bien situados, con trabajo, dinero y lugar de residencia aceptables y, desde ahí, ir haciéndose

con la zona, descubriendo todas sus oportunidades. Amparo le describía Zacatecas como una ciudad muy curiosa, de arquitectura española del siglo XVI:

- Bajando de Monterrey en coche, tras atravesar el desierto, te encuentras en una ciudad de la vieja Europa con sus edificios barrocos iluminados en ámbar, teatros de la Edad de Oro española... y con un fuerte movimiento cultural, ya que es una ciudad pequeña con muchas facultades de humanidades, las de Filología y Filosofía se las considera de las mejores del país... creo que te encantaría Ramiro- le decía Amparo intentando hipnotizarle.

- Sí, lo que cuentas es atractivo y, aquí, tampoco tengo nada que me retenga; lo que me da miedo es la vuelta si allí no me salieran bien las cosas...- Ramiro se imaginaba, en el campus de la universidad, perseguido por los nueve dobles.

- ¿A qué te refieres? ¿A la adaptación a un país extranjero o a tu cabeza? – Amparo sabía a lo que se refería, pero no quería ver los innumerables obstáculos. Necesitaba marcharse.

- Me refiero a mi cabeza; aún no tengo ninguna confianza en ella. Imagina que comienzo con las alucinaciones. Llegaría un momento en que tú no podrías hacerte cargo de la situación; y regresar aquí solo, sedado con un montón de pastillas para no delirar en el vuelo, sin casa, etc., etc. La verdad es que me acojona bastante- Ramiro adoptó postura fetal sobre la silla de la cafetería y pidió un vino al camarero.

- Pero Ramiro, yo pienso que esta oportunidad sería una magnífica ocasión para librarte de tus delirios de una vez por todas y para construirte una nueva vida. La que llevas aquí, aunque parezca segura y cómoda, te ha

demostrado hasta la saciedad que no te funciona; has acabado en una clínica psiquiatra y teniendo alucinaciones- Amparo le acariciaba metiendo los dedos entre los cabellos de su cabeza.

- Lo sé, pero creo que ha sido más por mi actitud que por el entorno. Si hubiera nacido en México y hubiera llevado una vida como la que he llevado aquí, hubiera pasado lo mismo; ahora estaría pensando en irme a otro país para cambiar de vida. Pienso, sinceramente, que primero debo cambiar yo mismo y luego cambiar el entorno; si no, sería más de lo mismo. Uno, cuando viaja, decide qué cosas materiales deja en el país que abandona, pero los problemas mentales, emocionales, viajan contigo allá donde vayas; todos los problemas sin resolver van contigo sin resolver; no los superas por subirte a un avión sin billete de vuelta...- tras esta reflexión se relajó y abandonó la postura contraída para abrazar a Amparo y darle un beso en la punta de la nariz.

- Está claro, Ramiro, pero hay acciones que ayudan a que ese cambio se precipite y, no sé, pienso que tendrás cierta urgencia por salir de esta situación, llamémosla... cómo te diría, ¿estéril, quizá?- Amparo pidió al camarero otro vino y besó en la frente a Ramiro.

- Sí, no hago nada útil desde hace mucho tiempo, excepto controlar mis impulsos, sanarme en el sentido más amplio de la palabra.

- Por supuesto, por eso te he hablado de seis meses. Una de las cosas que hay que hacer antes de decidirse por la jugada de México es que tú comiences a tener confianza en que las alucinaciones no volverán. Y lo estás consiguiendo. Desde que has bajado a mínimos el consumo de alcohol, no has vuelto a tener ningún deliro fuera de lo normal; porque, no nos engañemos, delirios que pudiéramos considerar normales vas a tener

toda la vida. No creo que tu idea de rehabilitación te convierta en un tipo que lo más arriesgado que haga, en su vida, sea caminar por la orilla del mar...

- Pues, después del infierno que he pasado estos últimos años, no te diría yo que sea una mala idea... Caminar por la orilla del mar... sí, no está nada mal- Ramiro cruzó las manos detrás de la nuca y miró hacia el cielo con satisfacción.

- ¡Venga Ramiro! Eres un tipo de acción, se ve a la legua. Es más, sabes perfectamente que, en parte, tus problemas vienen de no haber encontrado el tipo de acción que encaja con tu forma de ser, de percibir el mundo y, sobre todo, la manera en la que tu deseas negociar con el mundo- Amparo amagó con darle un toque en los huevos para que saliera de esa postura de autocomplacencia.

- No te lo discuto, de monje contemplativo tengo poco; es más, ya lo he probado. Hace unos años me fui a vivir al campo, a un lugar precioso situado en un valle entre altas montañas con bosques, ríos... espectacular. A los seis meses estaba de vuelta en la urbe más loco de lo que me había ido. Ese silencio del campo, a los que hemos vivido siempre en la ciudad, nos desquicia. Había semanas en las que no hablaba con ningún humano; les hablaba a las vacas y a los caballos que pastaban sueltos por las montañas. Una vez llegué a tener una conversación profunda con un zorro, que me miraba guardando las distancias con cara de: "pero vete ya, éste no es tu sitio" y así lo hice. Al mes de mi conversación con el zorro, apagué la chimenea, mi gran compañera en esos meses, y me vine para la ciudad...

- Pues eso, me das la razón: necesitas marcha pero, claro, como todo el mundo, su marcha particular, personalizada; tú aún tienes que encontrar

cuál es el tipo de acción que te va bien y México puede ser una línea de investigación muy interesante... Durante los primeros meses estarás tan ocupado que no te dará tiempo a pensar en nada que no sea funcional y pragmático: casa, trabajo, adaptación a las costumbres locales...

- No, no... si, la oportunidad la veo con nitidez ¿Has hablado ya con tu hermano?

- Claro, está mirando lo de mi puesto en la universidad. Tú le gustaste mucho cuando os conocisteis en la playa. Sólo tengo que llamarle y se pondría a ello. Además el agradecerá que no vaya sola; se tendría que ocupar de mí el doble de tiempo que si voy contigo. Todo sería más fácil... Después de un duro día de integración en la cultura mexicana nos podríamos acariciar el lomo...

- Bueno, pues, díselo y a ver qué ofertas van saliendo.

- Estupendo, esta noche se lo cuento... Estaría muy bien, Ramiro. Me haría mucha ilusión probar con esta aventura la posibilidad de encontrar nuestro sitio en este, a veces, desolado planeta...

- La verdad es que, ya va tocando el momento de encontrar un poquito de paz, no recuerdo desde cuando no soy feliz una semana seguida.

Anocheció. Condujeron hasta la casa de Amparo, quería sorprender a Ramiro con una receta de pasta con verduras...

Al día siguiente, Ramiro contemplaba la bahía saboreando una taza humeante de café recién hecho; casi se sentía feliz. Sólo turbaba su ilusión por la marcha de las cosas en las últimas semanas, el miedo a una recaída, que su mente fallara y lo llevara de cabeza a algún tugurio y ahogar su incipiente entusiasmo en alcohol, para luego encontrarse con una manada de dobles en el ático y vuelta a empezar. No tenía claro que pudiera

aguantar otra bajada a los infiernos; incluso pensaba seriamente pedir ayuda a algún amigo para quitarse la vida si esto sucedía. Le resultaría insoportable volver a vivir ese agudo y fulminante descenso a la bestia iletrada y aberrante en que le convertían los delirios. Un ser que arrasaba con las delicadas construcciones que Ramiro levantaba una y otra vez, para vivir cómo eran devastadas por ese zombi al servicio de una fracción anarquista de su mente, que no aceptaba las reglas del juego y que Ramiro estaba dispuesto a imponer, como fuera, sobre su conducta. Sabía que la parte más flexible de un sistema es la que se hace con su control y él iba a ser la parte más flexible, mucho más que ese grupo de dobles satánicos que lo amenazaban continuamente desde no sabía qué rincones de su metabolismo cerebral.

Llevaba un par de semanas sin saber nada de Sergio así que le llamó a la agencia y quedaron para comer en el centro. Al bajar pasó frente al despacho de Alicia, en el cruce de la Siete con el Paseo Marítimo; la vio hablar con un cliente; que lejos la vio de su vida, le parecía imposible que alguna vez hubiera estado viviendo con esa desconocida, atractiva y elegante mujer por la que no sentía nada y por la que hacía un año había estado a punto de cortarse las venas.

Se encontró con Sergio en Málex. Estaba sentado al fondo con una mujer de cabello largo y negro, muy guapa, con unos tremendos ojos verdes y unos labios carnosos de película. Ramiro pensó que a su amigo le había tocado la lotería en el plano estético, cuando conoció a Rocío, se dio cuenta que, no sólo era tremendamente guapa, sino que además era simpática y hacía un doctorado en Filosofía... Ramiro aprovechó la ocasión para comentarle a Sergio que había vuelto con Amparo, sus planes... Ahí estaban los dos

amigos que, meses atrás, pendían de un hilo sobre el abismo y, ahora, la vida les mostraba el comienzo de lo que podría llegar a ser una gran sonrisa. Hicieron planes para el fin de semana: comer los cuatro en La Martinica.

Llegó el sábado, eran felices; Ramiro incluso había olvidado que llevaba un año en el paro y su cuenta bancaria estaba al rojo vivo. ¿Qué importaba eso después de tanto desastre? Disfrutaba con plenitud como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. La primavera reventaba sobre el Mediterráneo, las gaviotas bailaban para ellos... A mitad de la comida, el cielo se nubló y comenzó a llover; pasaron dentro y continuaron con la celebración. Pero Ramiro sintió que aquello era un mal presagio. No se creyó a sí mismo, pero comprendió lo frágil que era su confianza; una simple nube de primavera le hacía dudar de todo. Fue al servicio, se tranquilizó y disfrutó con normalidad hasta el fin de la tarde. Todo había salido bien; otro día robado al caos y a la locura.

Pero, ¿bajo qué condiciones? Ramiro sabía que la vida no regala nada. ¿Cuál era el precio de esa mujer culta y atractiva, que se preocupaba por él, que le incluía en su vida, en su futuro? Además le ofrecía justo lo que necesitaba, un escenario para representar su nueva obra que, ya estaba concluida: la historia principal y las secundarias, los protagonistas, los antagonistas y los secundarios... Sólo faltaba lo que ella acababa de ofrecerle: el teatro donde estrenar la función, el teatro de Zacatecas, México.

¿Dónde estaría Julia? Habían pasado cuatro meses desde su partida y no sabía nada de ella. Quizá no había salido de la ciudad. No, imposible, necesitaba irse tanto o más que él; pero, era mucho tiempo, cuatro meses.

Ya le avisó que no se preocupara... ¿Estaría bien? una persona de sesenta años sabe buscarse la vida; no tenía de qué preocuparse. Pero, ¿y si le había pasado algo? un atraco, la desorientación del viajero... No, no podía permitirse pensar de esa manera. Prefería imaginársela...

Julia leía en un jardín japonés bajo un árbol milenario, frente a un macizo montañoso espectacular, cuyas cimas rotas por pinceladas de nubes azules, calmaban su sed de plenitud. Leía y tomaba té en el jardín de un hostel de una pequeña aldea al norte de Japón. Fumaba un cigarrillo despacio, levantaba la vista y recorría las otras mesas del jardín; una mujer algo más joven que Julia escribía música en la mesa, junto al muro de las orquídeas; detrás del camino de diminutas piedras que separa el lago de la casa del té, un hombre y una mujer conversaban con planos de arquitectura sobre la mesa; junto a ellos, en otra mesa, dos adolescentes pintaban; una de ellas, con el caballete orientado al imponente volcán; la otra, hacia la entrada del jardín, donde un mural representaba el ritual por el que el samurái jura lealtad a su señor. Una camarera se acercó hasta la mesa de Julia con una bandeja de flores y vasos de agua caliente. Julia eligió un plato con flores blancas y un vaso; introdujo las flores en el agua caliente y, mientras leía, aspiraba el dulce aroma. Salió al jardín la gerente del hotel y convocó a sus huéspedes a pasar al teatro; todo estaba dispuesto para que comenzara la representación: Doce almendros en flor. Tras ellos, reposaban, sobre un suelo lechoso, los cadáveres amortajados con exquisita sencillez, de una mujer, un hombre y un niño. Caían las hojas blancas sobre ellos mientras se despojaban de los vendajes funerarios. Desnudos, bailaban entre los árboles; se acercaron hasta el punto del escenario donde se encontraban frente a Julia. La miraron, se abrazaron y salieron despedidos, como si una

bomba hubiera explotado en el núcleo familiar... Terminó la representación y Julia subió a la habitación para cambiarse de ropa y bajar a la ciudad. Pasear por el puerto, al atardecer, se había convertido en uno de los momentos mágicos del día...

Julia paseaba por el puerto bajo una lluvia cálida deshaciéndose sobre la madera de sal de las embarcaciones, bailando con el desdén propio de lo que habita sobre el agua, una líquida sensación de discurrir sobre los muelles, de ser agua con el agua. El olor de los pescados frescos sobre las parrillas, entre las sonrisas despejadas del final de la jornada. Una paz cálida le mojaba la piel, los faroles amarillos de las tascas y el horizonte rompiéndose en azules manchados de sangre y ámbar. Una ópera de silencios atonales, la escala cromática de las pisadas que no buscan nada, sólo avanzan entre un decorado cuidado hasta en sus mínimos detalles. Los amarres gimiendo en un compás mate, sin brillos, mercurio líquido al terminar la puesta de sol.

Julia cenaba todos los días en una taberna del muelle de la esquina sur. Era el último y la taberna estaba construida junto al último amarre. Desde la primera noche que cayó por allí, Julia se había sentido muy lejos de su anterior vida; de su hogar, al que sentía como un barco hundido en la bahía de su memoria. Suhso, la encargada de la taberna, le parecía la imagen perfecta de una persona, que se fue tan lejos, que era profundamente cercana. Su forma de mirar te decía: si no confiara en ti ahora mismo, ¿cuándo sería el momento de permitírmelo, con quién, bajo qué criterios decidiría confiar, a quién querer, con quién hablar de mis sueños? La taberna era su placenta, un faro en el último puerto. Con Suhso estaba segura de haber llegado a su destino, lejos. Porque, a Julia, lo que

realmente le importaba, era no sentirse más como se había sentido hasta ese momento. La renuncia a su pasada existencia encontraba su plena satisfacción recitando para Suhso, en un inglés barroco, versos sueltos de poetas traducidos para editoriales de la ciudad, donde había pasado una vida y, ahora, no era más que un recuerdo cubierto por una tormenta de arena, lejano e inhabitable. El campo japonés le parecía un espacio diseñado para pintar con los colores del deseo las habitaciones grises del pasado. Cuando desayunaba, frente a la naturaleza estática, volaba sin miedo por las arterias de su pasado; ahora, todo tenía sentido; no era dominada por nada; sus cadenas quedaban a miles de kilómetros; el olor del jardín no tenía nada que ver con lo que su memoria tenía archivado como aroma; toda referencia a lo cotidiano era invisible... Sus sentidos degustaban algo nuevo... Suhso tenía una conversación vacía que se llenaba con las palabras de sus clientes, que disfrutaban con las frivolidades de alguien a quien ya no le quedaba tiempo para sufrir.

El amarre de Suhso

Ramiro tomaba café con Sergio y Rocío. Discutían sobre un alquimista de Girona del siglo XV. Rocío mantenía la hipótesis de que el alquimista fue una mujer que se hizo pasar por hombre para poder publicar su obra; Sergio utilizaba el argumento para hablar de la gran influencia de la Tradición judía en la posmodernidad cristiana. Ramiro pensaba en México; se veía dando clase de mística medieval española a un grupo de estudiantes ateos genéticamente... "El orgasmo místico en Santa Teresa y San Juan de la Cruz". Rocío utilizó el corrosivo fundamentalismo de lo liviano en Ciorán y Sergio derivó hacia la frontera entre velocidad y tiempo, ambas categorías buenas en sí mismas, y casi siempre enemigas a muerte. Quizá hablase del Sida, del asedio que ejercía sobre la frontera con su cuerpo, con la percepción de sí mismo como un organismo cerrado, con todas las entradas protegidas, selladas; puertos por donde sólo entraba lo que era deseable para el sistema.

Ramiro seguía en su película: terminaba de dar clase de mística y caminaba por el campus; un grupo de alumnos le cerraba el paso y le preguntaba por su vida, por las dosis de placer que obtenía de su rutina diaria en Zacatecas; qué opinión tenía de los amigos que le habían ofrecido esa posibilidad, profesor de universidad, para salir de la mierda. Si había pensado en la universidad como un espacio favorable para salir del arrabal; ellos, más bien, la consideraban el camino de entrada al gran basurero social, tan repugnante como imprescindible; una alumna muy nerviosa, con una cierta influencia sobre el grupo, le convocó a una reunión en su casa esa misma noche; acudirían un profesor de la facultad de Historia, una

profesora del doctorado de Filología Hispánica, el director del teatro y tres estudiantes que escribían una tesis sobre la influencia del peyote en la poesía medieval de los pueblos del norte de la península ibérica.

Ramiro aceptó la invitación, se cambió de ropa y se dirigió caminando hacia la casa de Brenda. Había estado cerca de allí en una librería especializada en análisis de textos medievales. Se relajó y se dejó llevar por la belleza de unas calles familiares a miles de kilómetros del ático, de la belleza muerta de la bahía, de los dobles, del psiquiátrico. Dejó a la derecha el ayuntamiento, de fachada plateresca; a la izquierda, nada más pasar el teatro mudéjar, avanzó recto por la Calle de las Cancelas y llegó a la Plaza del Aliento; al fondo estaba el número cuatro, una casa de dos plantas con luces de color ámbar en su interior. Abrió la puerta Brenda y le convidó a pasar a un salón en dos alturas: arriba, sofás blancos, mesas negras y macetas rojas con plantas; abajo, mesa redonda con mantel rojo, cubiertos blancos y platos negros; ventanales enormes desde los que se veía la biblioteca municipal, también de fachada plateresca. Brenda le presentó a Ernesto, profesor de la facultad de Historia, especialista en Bismarck; a Susana, profesora de la facultad de Periodismo, especialista en Cernuda; y a los tres alumnos que preparaban sus tesis doctorales. Cenaron y la conversación gravitó en torno a la relación entre placer y ascetismo...

Cuando Ramiro volvió a la realidad, Rocío se despedía para ir a clase y Sergio le preguntaba si quería otro café. Se quedaron solos en la cafetería; ya no había más conversación periférica, ahora tenían que hablar de las cosas que realmente les preocupaban... Las estrategias que los dos amigos tenían en común, la necesidad de no mirar atrás, no retroceder. Las dudas, el miedo, no podían boicotearles el avance que, si bien les introducía en

terrenos desconocidos, con la consiguiente alerta y desconfianza respecto a lo que te espera al doblar la esquina, al elegir determinada compañía. Al mismo tiempo les ofrecía la posibilidad de rescribir sus nombres y apellidos, cambiar de código genético, modificar su ADN. Lo único que no debían hacer era dar un paso atrás; ni siquiera para recuperar el equilibrio, tras un choque frontal o una caída fulminante, al adentrarse por el ignoto bosque de su destino abierto, inquietante; con capacidad para envolverlos en el aroma del nuevo hogar, del nuevo hombre y, a su vez, con la misma capacidad para disolverlos en un sin fin de direcciones y sentidos; funcionalidad y utopías; estructuralismo y desconstruccionismo.

Sergio había encontrado en Rocío una mente poderosa que borraba despacio el fantasma de María; era consciente que necesitaba reorientar su vida laboral y todo lo que eso implicaba. Pero la presión que esta postura había provocado en Ramiro, no le tentaba demasiado. Hacía tiempo que, más que ir a la agencia, se arrastraba hasta ella; la repetición constante de las tareas le estaba rallando en extremo, pero el hecho de tener el Sida le había quitado energía para invertir en un cambio profundo de historia. La mayor parte de su voluntad la había gastado en adaptarse al nuevo rol que le confería su enfermedad crónica y contagiosa. En cuanto se recuperara de esta batalla esencial, comenzaría con los lujos, la nueva decoración de sus emociones. Ramiro seguía con las vías de investigación abiertas en todas direcciones, aunque la mexicana ganaba peso con el paso de los días y la apuesta firme que Amparo estaba realizando para prepararlo y coordinarlo todo; había incluso entrado en contacto con inmobiliarias en Zacatecas; también tenía controlado a qué facultades optaría Elvira y... bueno, todo aquello que tiene que ver con ir dando forma al proyecto.

Julia salió de la taberna de Suhso y paseó por los muelles dejándose tocar por una luna en cuarto creciente que le invitaba a desnudarse, sumergirse en el mar... Le tocaron el hombro, se dio la vuelta y se encontró con un hombre de unos cincuenta años que la invitaba a un café... Delvinn había llegado a ese puerto hacía seis meses, para pasar unos días en tierra y comprar provisiones, y ahí seguía enganchado a la taberna de Suhso y al fascinante macizo montañoso cubierto por la bruma. No recordaba dónde había nacido porque lo hizo en un velero, sus padres desaparecieron dando la vuelta al Cabo de Hornos y no tenía idea hacia dónde iba a conducir las velas cuando zarpara de allí. Julia le comentó que había olvidado de dónde venía y también había olvidado hacia dónde se dirigía; por lo que su cabeza, como el velero de Delvinn, movía el timón hacia el color más intenso del horizonte, hacia el aroma más embriagador de la madrugada; lo único que no deseaba tener era destino. Delvinn acompañó a Julia hasta el hotel, disfrutando de la noche. Pidieron un té para tomarlo en el jardín. La luna convertía la cima blanca del volcán en la boca de un oráculo; sólo tenían que preguntar y su futuro sería revelado... pero, ¿quién quería conocerlo? La misión de ambos era abolir su misión.

En un momento de la conversación, tras una sonrisa dulce de Julia, Delvinn no pudo reprimir acariciarle el pelo lentamente, un instante; a Julia le encantó el gesto y puso lentamente, un instante, su mano sobre la suya... Las olas del lago rompían sobre un lecho vegetal salpicado de rocas negras; se besaron, dejaron que la falta de gravedad hiciera flotar sus cuerpos...

La bruma aún cubría el puerto cuando, junto a las hojas blancas de los melocotoneros, desayunaban frente al volcán. Julia pensaba en Ramiro,

enfrentándose al deseo de saber cómo estaría su hijo, y al tiempo considerar prematuro entrar en contacto con nada ni nadie que tuviera que ver con la otra Julia, la que invernando esperaba la orden de activarse o, por el contrario, quedar así eternamente, en un dulce e infinito sueño. Delvinn volaba en un mundo sin imágenes; se había acostumbrado a no amarrar sus deseos a nada que pudiera desaparecer; una vida de puerto en puerto le había producido un enorme anhelo de poder recordar una bahía donde el ancla hubiera permanecido, durante años, enterrado bajo la arena del mar. Buscaba imágenes humanas en un desierto de olas y gaviotas. Sintió la necesidad de tocar a Julia para no caer en picado sobre una aspiración de formas y volúmenes, un espacio plano que se replegaba sobre sí mismo, negando incluso un lugar para encontrar la memoria del aire... Julia le miró y vio en sus ojos la luz ausente de un atardecer que había olvidado el concepto de tiempo; las sombras o la luz no hacían referencia a secuencias de días o semanas; eran retazos de realidad soñada, de una herida de sal y de ausencias transparentes, quizá para siempre, un siempre de horizonte líquido. Julia estaba ahí; sería existencia el tiempo que duraba una buena racha de viento, el tiempo que duraba el deseo de cambiarlo todo por algo que no tenía forma, ni tacto, ni olor, que no se interpretaba desde los sentidos; una especie de religión abandonada que brota de pronto en nuestro espíritu y sentimos un deseo irreprimible de llevar a cabo los ritos, de ofrecer al dios de nuestro único credo la adoración que merece, absoluta, sin reservas, entregando toda la voluntad en el acto, convirtiéndonos en meros canales de su obra, una obra muy superior a nuestras necesidades, enmarcadas por nuestra limitada y relativa presencia estable en el reino de la materia visible, cuantificable, sometida a las

categorías; Julia era una categoría de placer, de plenitud, de espejo; era una nada mirando la nada; un océano disuelto en un océano. Julia quería fundirse con esa realidad que sentía plenamente irreal, no había contraste posible, nada era deseable o repulsivo al margen de la sensación directa al vivirlo. Un preceptismo absoluto que le ofrecía unas cuotas de libertad casi asfixiantes. En el jardín japonés, dos paradigmas de la ausencia de cadenas se quedaban sin aire; la inmediatez aspiraba incluso los últimos restos del presente que se evaporaba ante ellos junto a la bruma del puerto; el Sol bailaba sobre las nieves perpetuas del volcán.

Ramiro y Sergio salieron de la cafetería, cada uno absorto en sus historias individuales, parecía que se acercaba un período en el que sus caminos volvían a separarse. Resultaba curioso, después de tantos años sin saber nada el uno del otro, se habían encontrado en el momento justo en el que sus vidas entraban en un punto de inflexión; se encontraron justo antes de contemplar cómo el sistema que los mantenía unidos al mecanismo de la manada entraba en crisis, y se desmoronaba frente a ellos sin poder, ni querer, hacer nada por remediarlo. Había sido un desmoronamiento lento y constante de doce o trece meses, en los que la estructura del acoplamiento estable con las fuentes vitales convencionales, dejó de servir para mantener la producción de metas, de deseos, de motivos suficientes para mantener la lucha a unos niveles mínimos de ataque y defensa de lo conseguido, que a fin de cuentas, no era más que una masa de recuerdos no convertibles en moneda de cambio en uso. Más bien era como si un gran capital enterrado durante años, hubiera sido exhumado tarde, cuando ya era imposible convertir aquellos montones de billetes rancios en oro, en la esencia alquímica que por todo se puede cambiar.

Ramiro tenía claro que iba a arriesgar; iba a invertir todo su capital neuronal y parte del material en explorar el centro de México. Llamó a Amparo con el objetivo de verse y comentarle su decisión de coger el tren con destino Zacatecas. Amparo le dijo que fantástico, pero que las cosas se habían complicado en las últimas cuarenta y ocho horas: Elvira estaba saliendo con el hijo de un directivo de una multinacional con sede en Barcelona y tras dos años de posicionar la marca en México volvía a la sede central en Catalunya. Elvira lo tenía claro, había hablado con la familia de su novio y había decidido probar suerte en Europa. Ramiro pensó que como siempre la vida nunca llegaba en hora. Amparo estaba intentado convencer a Elvira que Europa era un espejismo, con muchas salidas profesionales pero con miles de aspirantes para cubrirlas; que había una competencia brutal para acceder a una buena calidad de vida; que en México, con la posición de su tío -Elvira pensaba que su padre les había abandonado cuando era una niña-, podría acceder con más facilidad a la buena vida que en Europa, donde sería una más entre una turba de jóvenes en busca de destino.

Ramiro dejó de escuchar a Amparo; estaba siendo golpeado por un látigo de desconfianza; la dejó con la palabra en la boca y salió precipitadamente del bar. Cogió el coche y fue hasta La Martinica. Pidió un litro de vino y se lo bebió. Luego condujo hasta la bodega de la playa y compró otro litro de vino. En la cala del Moro y, sobre la misma arena que vio arder el pasado que exhumó de su desván, se bebió el segundo litro de vino. Cuando se incorporó para volver al coche, vio cómo éste se encontraba lleno de gente, ahí estaban otras vez, los putos dobles. El coche se precipitó hacia él. Tuvo que tirarse sobre unas rocas para no ser arrollado, giró la cabeza y vio

como esos locos se divertían derrapando sobre la arena. El coche volvió a dirigirse hacia él que tuvo que trepar por las rocas para ponerse a salvo; el coche giró y acelerando a fondo se hundió por completo en el mar.

Despertó al amanecer, entre restos de vómito. La marea había bajado y su coche aparecía cubierto de algas en la orilla del mar. Llamó a Sergio que llegó con una grúa. Llevaron el coche a un taller y fueron a desayunar. No hacía falta que Ramiro le contara nada a Sergio; ya se imaginaba lo que había pasado. Ramiro le repetía a Sergio: -no estoy preparado, no estoy preparado, no estoy preparado...

- ¡Sal de ahí! ¡Deja de machacarte! Es sólo una recaída, no pasa nada, no has salpicado a nadie. Te largaste y te lo comiste solo, el coche lo cubre el seguro, relájate y reflexiona desde la victoria de haber superado otra crisis, no desde el sentimiento de culpa por haberla sufrido. ¡No te dejes llevar por el jodido masoquismo!- le decía Sergio.

- ¡No, joder! El tema es lo vulnerable de mi confianza en todo, un pequeño obstáculo me hace volver la espalda a la realidad y vuelvo a mis grutas, a mis alucinaciones, donde me siento seguro... Eso es lo que más me acojona, que acabe pareciéndome más segura la locura y las alucinaciones, que la cordura y la realidad. No confío en el inconsciente; gobierna desde la sombra, y sin darte cuenta te encuentras ejecutando conductas que él, desde lo más denso y oscuro del poder sobre las vísceras, ya ordenó que acontecieran- concluyó Ramiro.

Ramiro se despidió de Sergio y se dirigió a la playa como quien pide clemencia al emperador después de haber arruinado las arcas del imperio y haber sido derrotado en la batalla. Su vida aparecía sobre la arena en forma de caballos reventados por la artillería enemiga, cientos de cadáveres con

buitres sobre los rostros comiéndoles los ojos; eso era todo lo que quedaba de su ejército de asalto a la razón. Los ejércitos blindados de la lógica habían sido más flexibles que las tropas emocionales y rígidas que Ramiro había reclutado para el asedio de la ciudad, desde donde quería contemplar el mapa de sus territorios, sometidos al nuevo paradigma, y la ejecución de la cúpula gobernante del antiguo régimen, de la época más oscura de la historia de Ramiro, del sometimiento a la dictadura de los sentidos. Esa playa repleta de cadáveres y buitres era toda su recompensa... Amparo, México, Sergio y sus teorías del sadomasoquismo judeo-cristiano, Julia... Todo cadáveres que sólo esperaban ser enterrados.

El imponente volcán helado le susurraba leyendas a Delvinn, fábulas que caían despacio como flores de algodón sobre un álbum familiar de fotografías arrancadas por el silencio; un silencio deseable ante la posibilidad de entrar en la estéril felicidad de lo quemado. Entre las aristas de hielo, columnas de humo recordaban las entrañas hirvientes. Julia, petrificada, sentía arder la esencia del tiempo en su interior, la diáspora definitiva de sus creencias... Una de las adolescentes, que pintaban junto a ellos en el jardín, se acercó a Julia y le enseñó el dibujo; eran ellos dos con los rostros difuminados. La joven le explicó que era el reflejo del sol en sus caras... Julia le pasó el retrato a Delvinn que, con amabilidad, se despidió de ella y volvió a su barco, la cápsula donde había decidido que navegara su mirada para siempre; una continuidad inaprensible y propia; de nadie, excepto de él, dependía del color con el que deseaba contemplar la costa o el amanecer; los faros eran espejismos de vida que se evaporaban al roce con los labios, espejismos líquidos como su melancolía por una olvidada

estancia en la isla del destierro, donde quiso amarrar para siempre y quemar las velas. Pero todo ardió menos las velas, que le alejaron de aquel amor degollado por el desgarró entre lo fijo y lo volátil, siempre volando hasta no sentir las alas ni el motivo por el que todo pasaba, sin rozarlo, junto a él.

Julia bajó caminando hasta el muelle, se acercó hasta el barco de Delvinn, que pescaba, absorto, lubinas. Julia iba a llamarlo cuando decidió seguir, continuar, ser fiel a su deseo de no aferrarse a nada, no retener nada. Caminó hacia la taberna de Suhso, que ya preparaba las mesas para el almuerzo, colocando lentamente los manteles, que hacía flotar inmaculados, sobre las mesas curtidas por cientos de momentos entregados a la contemplación de ese mar que, poco a poco, lo iba cubriendo todo. Julia tomaba café y contemplaba ensimismada los movimientos de Suhso, pausados y ágiles como el fluir de una ballena, gigantesca y liviana, como un inesperado brote de felicidad, que viene y va, dejando un delicado aroma a fresco y a limpio, la limpieza propia de las maderas milenarias, de los ríos milenarios, a los que ya nada puede ensuciar su piel brillante e impenetrable. Los rayos del sol, tamizados por las cortinas de la taberna, bailaban en las mangas y en el escote del vestido de Suhso; se mecían al ritmo de unas caderas redondas e insinuantes, zapatillas de ballet y unos pechos firmes que se dejaban ver al inclinarse mesa tras mesa; flotaba el mantel y el sol tocaba los pechos de Suhso... Julia se sorprendió mirándola con deseo. Terminó el café y se despidió. Caminaba por el muelle; al pasar por el amarre de Delvinn, éste la llamó y la invitó a subir a bordo; iba a preparar las lubinas que había pescado. Disfrutaron de un agradable almuerzo sin dejar que de sus bocas saliera una sola palabra que les

relacionara con sus vidas fuera de ese puerto hipnótico. Pero, fuera de ahí es donde esperaba sin desaparecer al ritmo de sus deseos, iba a estar ahí siempre, ni ese puerto ni nada podía aislarles de lo que les estaba aislando de ellos mismos. Julia reprimió un impulso de hablarle de Ramiro; absorbió su nombre cuando ya le salía entre los labios. Delvinn le preguntó si quería decir algo, que se animara, que no había nada que perder, no había riesgo de gustar o no gustar, Delvinn se dio cuenta que, desde su encuentro con Julia, se había disparado en su mente una racha de vientos existenciales que creía enterrados para siempre, junto con la fantasía de comprender y ser comprendido. Julia le contestó que prefería evitarle tener que escuchar la frivolidad que iba a decir. Delvinn no encontraba nada más delicioso que prestar toda a su atención a frivolidades, todo lo que ocultaban tras sus máscaras marmóreas era fondo y el fondo sólo se podía dinamitar desde la superficie. Delvinn entendía mejor a una persona por su forma de sentarse que por toda su escenografía trabajada frente al espejo social. Julia no había sido nunca muy aficionada al teatro, pero reconocía que las aficiones tardías suelen tener ese punto dulce de una fruta a punto de caerse del árbol. Obviamente, no hablaba de aprender a tocar la viola con sesenta años; más bien, se refería a una forma de moverse por el mundo; consideraba que, echando cuentas, no se le ocurría nada más importante que esto; el ritmo que uno imprime a su forma de hacer las cosas, a su manera de contar, de encontrar y de perder.

El cementerio del respeto

Ramiro se levantó renovado; trece horas de sueño eran una dosis suficiente para regenerar a un fósil. Condujo hasta la Martinica, pidió un café doble y clavó la mirada en la ausencia de gaviotas, en la ausencia de la magia del mar, en la ausencia de la espuma de las olas rompiendo bajo sus pies... no sentía nada; algo endógeno le había impermeabilizado los sentidos, quería tener una entrevista con el Ramiro que no había vuelto del sueño reparador. Le sonó el móvil, era Amparo, se acercó a la Martinica y le comentó que Elvira estaba replanteándose lo de venir a Europa; al parecer, una bronca con su novio le había hecho tambalear el proyecto. Ramiro miraba a Amparo y era como si oyera llover, o menos aún, sentía que no la conocía de nada. Y realmente, así era. Sólo se conocían desde hacía poco más de un año y eso no llegaba ni al cinco por ciento de sus vidas. Y, México... ¿dónde estaba?, en un planeta que daba vueltas junto con otros... El infinito atravesaba su mente, infinitamente vacía. Amparo era un eco que rebotaba en las paredes del interior de sus ojos, las máculas reflejaban una presencia que perdía volumen. Amparo se desinflaba como un globo, se descomponía frente a él hasta quedar convertida en un charco de gusanos. Bueno, Ramiro, me voy, le dijo Amparo que se cansó de hablarle a la pared, dejó la copa de vino por la mitad, se subió en el coche y desapareció. Ramiro supuso que lo haría acelerando a fondo, pero no, Amparo condujo despacio, mirando al mar y preguntándose qué le faltaba para conectar con la vida, con la normalidad que, según iba pasando el tiempo, se iba convirtiendo en una utopía inalcanzable. Amparo bajaba a la

ciudad y sentía que realmente bajaba a los estratos más comprimidos de su memoria. La playa y el viento azul descuartizaban en miles de fragmentos la puerta del gabinete de prensa; la terraza del ático de Ramiro... un pez que se pudría en la acera del paseo marítimo; Elvira creyendo saberlo todo; su hermano; su padre... Detuvo el coche y se metió vestida en el mar. Las gaviotas comenzaban a tomarla por un desperdicio comestible; a fin de cuentas, en ese momento, la maquinaria de lo funcional había entrado en receso. El juez de su incapacidad para estructurar los deseos, de tal manera que fueran posibles, se enajenaba de ejecutar la sentencia. Amparo era juzgada con el agua de las olas hasta el cuello por esa hemorragia de negligencia que empapaba sus ganas de hacer algo útil. Algo viscoso le rozó el antebrazo y salió del agua. Se tumbó en la arena y un perro le chupó la cara. Comenzó a reír y a jugar con el animal. La dueña era una joven de la misma edad que Elvira y le contó que en un mes se iba a una ciudad del sur a estudiar arquitectura y se llevaría al perro porque no podía vivir sin él. Sus padres no querían que se lo llevara porque era un problema encontrar una residencia de estudiantes que lo aceptara; de hecho, ninguna lo aceptaba... Amparo acarició la cara a la joven, le dijo que le metiera un tiro al animal y se despidió. Pasada una hora entraba en la realidad: "Rueda de prensa para presentar informe de actividades anual de Artámix"

Julia se encontraba bien con ese nuevo tacto del tiempo, un placer sin efectos secundarios, ya que desaparecer era un hecho que vivía encantada y no una tragedia cuyo único misterio era saber cuándo. Percibía con precisión cómo renacía en cada momento. Se iba y venía del mundo como el mecer de una hamaca conectada con el ritmo del coral y de las ondas turquesas del agua cristalina, belleza venenosa que, en dosis apropiadas,

precipitaba a Julia al interior de una orgía de imágenes por venir, formas que la proyectarían sobre planos no soñados, una novedad constante de estilo clásico, lento. Todo discurría ante sus ojos con la mezcla fugaz de lo eterno y de lo que nos sacude sólo un instante. El puerto le regalaba su mejor ramo de color. Se filtraba en la madera de los amarres, la convicción de Julia de no dejar de flotar; nunca más caminaría con los pies anclados en tierra firme.

Delvinn limpiaba la cubierta. Le encantaba el mantenimiento del barco, siempre lo tenía todo listo para zarpar. Le relajaba saberlo. Era lo único que en su vida estaba terminado, todo en su sitio, funcionando. Limpiaba la cubierta con una manguera verde; siempre había usado mangueras verdes y sólo para él era importante saber por qué. Le gustaba Julia. Encontrarla había sido como un cruce en alta mar; en torno a ellos sólo agua, sin posibilidad de interpretación positiva o negativa, dos personajes sin entorno, con libertad de reinventar sus historias; ellos y el agua, sin poder clavar la vista en otra cosa que no fuera el ser humano que tenían delante, en ausencia total de su dimensión social; sencilla y llanamente, agua; conjeturas vírgenes para decidir la personalidad propia y la ajena; agua.

Ramiro se cansó de mirar el horizonte como si el horizonte lo mirara a él y las visiones de ambos se anularan en una gran diagonal trágica que le llevaba sin remedio a los cuartos más oscuros y blindados de su conciencia. Estaba rebasando los umbrales de aplastamiento bajo la nada que podía soportar. El doctor Sevilla le había hecho un hueco para la mañana siguiente, pero ¿cómo aguantar otro día? La ansiedad le hacía latir la aorta como si le fuera a reventar. Amparo...Comenzaba a pensar que le gustaba sufrir, que su personalidad no soportaba una evolución hacia un balance

positivo de satisfacción respecto a la angustia y a la amargura. Estaba loco porque quería estarlo, nada le obligaba a padecer ese esperpéntico desasosiego, era su única manera de sentirse especial, estaba derivando su anhelo de fama y reconocimiento en hacerse creer a sí mismo que, si bien no había conseguido ser un artista que pasara a los manuales de la historia del arte o a las columnas de crítica literaria de los grandes rotativos del mundo, había conseguido ser un demente con alucinaciones. Al menos era famoso por algo. Su umbral de exigencia había caído hasta el subsuelo. Ya daba igual el motivo por el que conseguir notoriedad y el público que se la dispensara; si había que ser un loco para llamar la atención, aunque fuera sólo de sus amigos y del portero de la urbanización, merecía la pena. Estaba loco de envidia del Ramiro que podía haber sido y nunca sería, loco de envidia de todos aquellos que no se planteaban ser o haber intentado ser otras personas, con otras ocupaciones, gente de portada. Al menos, él tenía en común con los genios las alucinaciones y los viajes de una a otra orilla del río de lava del inconsciente; tenía brotes psicóticos como los grandes artistas y pensadores de la historia de la humanidad. ¿Qué pasaba con Baudelaire, con Verlaine, con Bretón, con Poe...? Ramiro pensaba, muy preocupado, que estaba provocando su decapitación social en aras de un éxito frente a sí mismo lo que era una auténtica aberración. Era consciente que podría llegar a quitarse la vida por sentir el placer, unos segundos antes de morir, de ser el protagonista absoluto de algo, el suicida del mes. Si se inyectaba unos litros de vino seguro que se quitaba la vida de una manera interesante. También podía descuartizar a Sergio: "Asesina a su mejor amigo y se lo come, poco a poco, en barbacoas a las que invitaba a amigos y familiares de la víctima sacrificada..."

Estaba anocheciendo en todos los territorios de la isla donde habitaba la esperanza de Ramiro. Anochecía sobre la bahía y el mar se convertía en un fluido oscuro y brillante. La mente de Ramiro daba vueltas por una costa que se replegaba sobre sí misma, la isla de sus ojos, la isla de su aislamiento. Algo no le funcionaba. Sonó el teléfono, era su padre; le dijo que se encontraba fatal y que si sabía algo de Julia. De ella no sabía nada; respecto al estado de Ramiro, quedaron en hablar después de la consulta con el psiquiatra. El padre de Ramiro le pidió perdón por no estar a la altura de las circunstancias, no sabía qué decirle; él también pensaba que la vida era una jodida mierda; no había tenido mucha suerte; todo lo que había conseguido le había costado sangre, la superación de continuas rachas de mala suerte; tantas, que ya lo consideraba un mal endémico en su vida. Le sugirió a Ramiro que olvidara la idea del suicidio; lo único que le faltaba era que se le matara un hijo. No podía más, la tienda iba fatal, estaba sin pareja y, ahora, su único hijo con todo ese rollo asfixiante...

-Mañana hablamos, Ramiro. Hasta entonces, intenta mantenerte con vida. ¡Cuídate mucho!- se despidió su padre. Sin entender muy bien porqué, se sintió aliviado tras escuchar la sinceridad aplastante de su padre; si todo era basura y la esperanza, cenizas sobre cenizas, Ramiro se protegería del desastre al compartirlo con la manada..."La vida es una mierda" es mejor que "mi vida es una mierda". Si no había nada que solucionar, Ramiro se podía sentar a disfrutar del espectáculo de la putrefacción de su vida, de su descomposición social. Le vino a la cabeza el perro del jardinero corriendo en torno a la piscina, como si le hubieran dado cuerda. Todo era un escenario artificial, nada era real. El jardinero no estaba podando en ese momento, quizá lo había hecho hacía un siglo, o lo iba a hacer la semana

próxima. Nada está sucediendo cuando sentimos que sucede, pensaba Ramiro. No hay presente; por eso es lo único que sentimos, porque somos nada y sólo sentimos lo que no existe, somos el producto patético de la inversión maligna; sólo vemos lo invisible y frustrante que no podemos tocar, manejar, utilizar como moneda de cambio con los territorios en los que los dioses continúan riéndose de nosotros... Y estos ojos iestos ojos! ¿Qué cojones miran? ¿La decadencia tumefacta de la máquina que guían? ¿Qué es este cementerio de ganado doméstico?, gritaba Ramiro frente al espejo; estaba realmente desenchajado.

Julia sentía con fuerza el impulso de llamar a su hijo, pero lo controlaba desde una de las mesas de la taberna de Suhso. Necesitaba vaciarse aún más, tenía que dar con la transparencia; Ramiro estaba capacitado para resolver sus problemas de subsistencia, y si no lo estaba, ella ya no podía hacer nada por él. Julia estaba creando su paraíso, no podía entrar en otras necesidades que no fueran las suyas; todavía la anemia de su paz interior reclamaba hierro candente para construir templos y altares a la nueva diosa que estaba creando a su imagen y semejanza; no quería que tuviera rasgos de nadie más. Era su cosmogonía, su reino en la tierra sobre las condiciones miserables de la tierra. Estaba a punto de trascender y habitar sobre ese mar que aún la mantenía a su mismo nivel. Pero, iba a elevarse, a disolverse en una adoración a sí misma; iba a alcanzar un nuevo estatus que la salvaría de la red de sus antiguas necesidades. Debía reinventar su forma de intercambiar sensaciones; reinventar lo que esperaba de la persona con la que compartía una cena, la cama o una temporada en el infierno. Ese jardín japonés, junto al puerto y la taberna de Suhso, eran los instrumentos de su laboratorio de recreación. Delvinn hacía lo mismo desde

hacía seis meses: construir desde la nada, revisar los conceptos de independencia; analizar los niveles de libertad que necesitaba para poder habitarse, para poder mirarse al espejo, para perderse en el aroma del alma de Suhso y poder prescindir de ello, lentamente, en un instante, para siempre, sin vuelta atrás; lo consumido y lo vivido definitivamente asimilado; ser consciente de las múltiples posibilidades de clavar el ancla, deshacerse de la hipoteca del miedo y navegar con solidez, a la misma altura que las olas, encarando el horizonte desde la misma longitud de onda, cara a cara con el destino.

Ramiro estaba hundido en una densa depresión, aderezada con una gran cantidad de violencia interior contra sí mismo. Se veía como un cobarde que había aceptado los platos que la vida le había ido poniendo delante, sin cuestionarse si eran o no de su agrado, si encajaban o no con la naturaleza de su paladar. Esta aceptación de lo que iba cayendo sobre su mesa, sobre su cama, sobre su amor... le había provocado una enorme adhesión a lo fácil. Ahora descubría que no sabía buscarse la vida para encontrar su alimento verdadero, el que se acoplaba con sus gustos. Se había forzado durante años a justificarse a sí mismo que no se trataba de patética vagancia y falta de valor, sino que su mesianismo le llevaba a considerar lo mejor aquello que se le cruzaba por el camino. Ahora sabía que, lo que se cruzaba era alimento reducido a la media, que se entregaba a cualquiera que lo quisiera aceptar, que era alimento para hoy y hambre para mañana. Pero era tarde para Ramiro. A los cuarenta se puede empezar de nuevo, pero la pereza, el gasto enorme de energía que supone el simple hecho de pensar que todo se basó en un principio falso. Una solución sería localizar a quienes le introdujeron en las teorías mesiánicas y descuartizarles mientras

les preguntaba si aceptaban su destino. Otra posibilidad era aceptar, de una vez por todas, que era un solitario y siempre que intentara vivir de otra manera sería, simplemente, una frustración más a añadir a su colección de metas inalcanzables. Era consciente de haberse marcado imposibles por miedo corrosivo de no alcanzar lo posible; sentirse un cobarde radical lo estaba matando. ¿Dónde estaba Julia? La necesitaba más que a nadie en el mundo. Desde su partida se había convertido en su maestra, pero sus situaciones eran muy diferentes. Julia tenía sesenta años y el cuarenta; estaba a años luz de esa visión de gran angular que da la experiencia. Julia flotaba sobre las aguas del mar y él estaba enterrado, hasta el cuello, en las arenas del fondo. Quizá, muy dentro de él, se encontraba en estado latente esa personalidad que Julia había descubierto hacía unos meses; quizá, siempre estuvo ahí; sólo se trataba de ofrecer, a esta manera de vivir un lugar posible donde desarrollarse. Pero la madurez y el equilibrio eran características utópicas para Ramiro que, en un solo día, pasaba de la euforia a la indiferencia total, una docena de veces.

En cambio Sergio, le tenía alucinado, llevaba meses manteniendo el mismo perfil sonriente y despreocupado. Con su actitud, convertía a las personas hundidas en sus problemas en ratas de laboratorio que no comprendían nada de lo que pasaba a su alrededor; siendo víctimas de su ignorancia. Las dificultades del día a día no le rozaban ni la suela de los zapatos; los grandes dramas, tampoco. La angustia no era combustible para solucionar los problemas de arranque del motor de la vida, todo lo contrario; obstruía los conductos por los que debía circular sin roce la energía vital, introducía ruido en todas las comunicaciones con el entorno. La angustia era una peste a erradicar; el miedo al dolor quedaba convertido en polvo ante la certeza

de no desear sufrir el dolor que provoca el miedo al dolor. Sergio navegaba por encima del arañar de las olas, del arañar de las rocas de los prejuicios y los complejos... Volaba sobre los sentidos; había conseguido salir de la dictadura de las emociones y gobernaba, sin sombra, el rumbo de su historia.

“Como apunta la teoría del origen del universo, todo tiende a empeorar. Motivo por el que una gran parte de nuestra energía se va directamente en conseguir que esta tendencia natural no se realice o, al menos, que no tienda a la cronificación. Al corregir esta tendencia, garantizamos la estabilidad: el sistema no mejora pero tampoco degenera. Debemos mantener la inyección de energía constante para mantener esta corrección degenerativa y, al tiempo, invertir en la mejora del sistema. Esta combinación de esfuerzo dirigido a mejorar nuestra calidad de vida, debe adaptarse a las necesidades del presente; lo cual, suele provocar en la mayoría de los casos, la necesidad de reducir la inversión de energía en la acción estabilizadora e invertir, por las mencionadas necesidades puntuales, en la mejora del sistema, viviendo la paradoja de estarse degradando al mismo tiempo que se mejora. En términos de eficiencia emocional, esto suele traer asociado diversos efectos secundarios, como el sentimiento de contradicción que supone estar pudriéndose y regenerándose al mismo tiempo. Pero, así es la vida: una contradicción aparente con una lógica interna aplastante, oculta, pero inapelable. El pensamiento analógico y la interpretación de códigos de comunicación, basada en la simbología, participan de esta manera de interpretar y recrear el universo creatural que rodea a todo ser vivo, contando éste con su cosmogonía individual y con unos ritos de iniciación y crecimiento particulares. Cada ser tiene un ritmo

predeterminado de crecimiento que, como decíamos, tiende naturalmente a la degeneración; todos sabemos que al segundo de haber nacido ya nos estamos acercando a la descomposición y cese de la vida en el sistema. Este código, inscrito en las cadenas genéticas, deja una parte libre, sin escribir, que es donde el ser humano tiene la posibilidad de hacer correcciones genéticas. Esto es lo que denominamos deriva genética. Se dan casos en los que un ser humano se encuentra con esta página escrita, pudiendo llevarle a pensar que no tiene espacio para recrearse. Pero no es así. Esta página y sólo esta página puede borrarse; la memoria posee mecanismos manipulables de amnesia selectiva...”

Ramiro no aguantaba más la conferencia y salió a fumar un cigarro a la puerta del Ateneo. Le vinieron imágenes del inquietante año que pasó allí, leyendo ocho horas al día y metiéndose cocaína para comprobar hasta dónde llegaba su mente en capacidad de asimilación de textos complejos, leídos a la mayor velocidad posible.

-¡Cuántas gilipolleces se hacen en la vida!- se dijo a sí mismo -Perdiendo el tiempo, como un cretino, con historias que me han idiotizado para siempre, escritas por amargados que sólo sabían de la vida por el número de bibliotecas que habían consumido. ¡Que gran error!, intentar conocer las claves de la existencia a través de aquéllos que sólo la experimentaron desde el papel... ¡que desastre! Me gustaría dinamitar todas las universidades del mundo, todos los centros de documentación, todas las bases de datos; abolir la lectura, condenar a quien lea a trabajos forzados para el resto de su vida... y destruir los textos de teología que ocultan la verdadera esencia de Dios que, siempre estuvo al servicio del creyente y no de las iglesias ególatras y sádicas...- terminó de alucinar Ramiro que, en un

segundo de lucidez, decidió irse del Ateneo y no buscar una antorcha con la que quemarlo. A veces uno termina odiando aquello que más amó; a Ramiro el conocimiento lo estaba matando, cuando de él había esperado la salvación. Fue a casa, se puso ropa deportiva y salió a correr. Superados cinco kilómetros comenzó a recobrar el pulso de la normalidad. Se tumbó sobre la arena fresca y se rió de sí mismo, profunda y sinceramente. Se rio de pensar en lo inamovible, se rio de su dolor, de su cobardía y de su miedo; se rio de su incapacidad para vivir, ni un segundo, en el presente; se rio de lo único bueno del terror: que también tenía un límite; se rio del suicidio, la vida lo hacía gratis por él, para qué tanta prisa... Se rio de su cáncer emocional con metástasis; le había plantado cara, pero iba invadiendo todos los tejidos de sus sentidos, tiraba la toalla, no sabía qué más hacer. O quizá, se trataba de hacer menos, bajar el nivel de obsesión consigo mismo, salir de la psicosis auto referencial. ¡No voy a tirar la toalla! ¡Aún falta mucho combate!, se arengó a sí mismo, se levantó y siguió corriendo hasta no sentir las piernas. Esa noche consiguió dormir.

Julia fue a buscar a Delvinn al barco para invitarlo a tomar un vino en la taberna de Suhso. Le encontró leyendo en su camarote *Hebras de sol* de Paul Celan. Julia no se sorprendió al descubrir a Delvinn leyendo poesía, sino que, le terminó de convencer de la fuga de gaviotas que llevaba en la mirada. Y no era el mar quien se la había impreso, sino el deseo de habitar otras realidades, de salir de la materia y sus categorías, de elevarse y descender en un movimiento continuo de roces sutiles con otros paisajes, de enredarse en pensamientos olor inodoro, de sonido silenciado, de hierba recién cortada en ausencia de vegetación, de resina brotando del árbol en ausencia de bosque, de tierra sobre la que comienza a llover en ausencia de

tierra. Encontrarse con el misterio y dejar envolverse por él sin formular preguntas, sin construir respuestas; navegar en el éter del silencio cuajado de conceptos abiertos y desdoblados hacia una infinita quietud; una negación fantástica de la insatisfacción de lo no terminado. Julia recordaba el libro *Hebras de sol*. Había revisado una traducción al francés de una compañera, hacia años; el libro le había dejado una profunda huella, pues coincidió su lectura con el final de su relación con Ramiro padre. Delvinn leía al poeta que construyó toda su obra sobre dos pilares: la anulación de la realidad y la anulación del lenguaje. Precisamente el poeta rumano definió *Hebras...* como: "un poemario en clara tendencia al enmudecimiento", la anulación del ruido prescindible para que nazca el sonido interno, imprescindible para navegar por el río de lo que somos, de lo que somos en el espejo de los otros, entre nosotros; la piel de Julia sintiendo la piel de Julia, luego el espacio puede ampliarse sin límites, los límites de la capacidad de sentirlos como asumibles, digeribles... Hacía tiempo que Delvinn y Julia habían sacrificado sus cuerpos, hecatombe en honor a ellos mismos. Eran creyentes de la religión del auto dios, pero no habían encontrado el hueco anatómico del presente; no habían encontrado los cubiertos indicados para seccionar, para agradecer a su capacidad de objetivación, la esperanza de poder devorarse; un deseo antropofágico de provocarse la catarsis de la autoeliminación, para renacer como esencia de unidad... con la taberna de Suhso, con el muelle 21, con la salvación de su incapacidad de cerrar círculos... Hasta que la naturaleza del deseo les llevara a desconocerse, a habitarse en ese mar sin horizonte que esperaba una mirada que no fuera la propia. Delvinn llevaba años mirándose en la superficie de las rocas reventadas por la sal, en las gaviotas, deshechas por

la búsqueda obsesiva del desperdicio de los tiempos; las ilusiones y las esperanzas eran pisoteadas por cuerpos flotantes que, alejándose del marco de sombras que gobernaba sus vidas, se adentraban en el horror de envolverse en el desconocimiento de su casa, de su cuerpo, de su hogar, de la realidad convertida en simulación de vida: -regeneración virtual en la sala de espera de la eternidad, con más capacidad que acierto-. En un prolongado gravitar en torno a los focos de calor que incuban la nueva placenta... en la que ya habitaba Suhso; en la que Delvinn se demoraba, esperando en el umbral, para permitirse a sí mismo entrar a formar parte de la familia sin apellidos, sin órganos, sin tierra; a la familia de las familias, a la ocupación del cielo de nadie: plenitud de absorción de ausencias; como las hebras que Julia iba dejando tras ella cuando contemplaba la cima abrasada por el hielo perpetuo del volcán; por el hielo perpetuo del deseo sofocado por los pechos de Suhso; por el hielo perpetuo del brillo inédito e indomable del horizonte que le escupía a la cara su interpretación de recta curva; por el hielo perpetuo de lo insólito para los sentidos que avalaba el conocimiento lógico y homicida.

Julia desayunaba bajo la higuera centenaria, en la mesa secular, con sus manos de seis décadas en la historia de la vida por la vida; de avanzar en el camino flotando sobre la conciencia de conocer los elementos que hacen posible la solidez del paso, el encuentro entre lo que se abandona y lo que está llegando; el sueño del vértigo ante lo que nos induce a vomitar la historia, que intentamos olvidar por falta de luz para reconocernos, en lo crudo y en lo cocido de nuestra conducta; sin capacidad para olvidar, ni ponerle nombre, a las flores que perfuman los alrededores de nuestra tumba, erigida por la futura forma de la amnesia y el opio de la celebración

del futuro, que Julia y Delvinn esculpen a su manera, sin miedo al plagio, sin miedo.

Sergio llegó a casa de Ramiro en torno a las siete de la tarde, habían quedado para jugar un partido de tenis y luego acercarse a cenar a la ciudad; habían abierto un restaurante de la cadena El Buda que era puro diseño barroco urbano, refinado, decadente, postmoderno. Llamó al portero automático de la casa de Ramiro y nadie contestó, buscó al portero y le preguntó por él, le había visto entrar y no le había visto salir. Sergio subió hasta el ático y llamó a la puerta, insistió en el móvil, nada, desconexión absoluta, pasó media hora y Sergio empezó a inquietarse, Ramiro era puntual, esperó quince minutos más y no pudo soportarlo, llamó a un cerrajero, entraron y la parte más pesimista de la imaginación de Sergio, esta vez, había acertado. Ramiro estaba tendido inconsciente sobre la cama, de la boca se deslizaba, como un glaciar, un hilo de vómito blanco... Entraban en urgencias cuando Ramiro dio débiles señales de vida...

- ¡Dejadme en paz!- susurró Ramiro entreabriendo los ojos.

- Eso es lo que estamos haciendo hermano, dejarte en paz. Ahora tranquilo, ya estamos llegando- le dijo Sergio al oído, mientras le cogía la mano, que Ramiro intentó rechazar pero, no le dio de sí la energía y la dejó flácida dentro de la de Sergio, que no soltó hasta que ingresó en Reanimación. Llegaron Rocío y Amparo. Sergio no sabía dónde localizar a Julia. Llamó al padre de Ramiro que le cogió el teléfono desde Milán, donde pasaba unas vacaciones con su nueva novia; tras conocer la noticia le prometió a Sergio que al día siguiente estaría ahí. A esto, salió una doctora y le comunicó a Sergio que Ramiro estaba fuera de peligro, aunque aún tenían que valorar los daños producidos por el coma; pensaban que había tenido mucha

suerte, pero tendrían que esperar unas horas para saberlo con certeza.

Ramiro salió de la clínica con un tratamiento a base de ansiolíticos; el psiquiatra de urgencias, les comentó que no tenía idea de lo que le pasaba a Ramiro, pero tenía claro que iba a costarle mucho ser feliz.

Llegaron a casa. Ramiro tenía careto de perro al que están a punto de degollar. Sergio intentaba no mimetizar con su amigo; Amparo le susurraba cosas al oído que Sergio dudaba si le estaban haciendo bien o mal. Rocío no hablaba; lo observaba todo con los ojos muy abiertos y brillantes; era su primer suicidio. No sabía si dar la enhorabuena a Ramiro o acompañarle en el sentimiento; si se quería matar y no lo había conseguido, no había nada que celebrar. Al observar su expresión, resultaba evidente que no celebraba su regreso al mundo de los vivos. No podía comprender como alguien podía atreverse a suicidarse; ella, que era toda proyectos y objetivos inquietantes, todo un mundo por conocer... y, Ramiro, se había metido un bote de pastillas para eliminarse. Ante esos contrastes de la realidad, Rocío optaba por objetivar al máximo, utilizar a fondo su deslumbrante capacidad científica, aislar las variables y lanzar hipótesis. ¿Qué probabilidad tenía de crecer en un círculo donde uno de sus miembros fundamentales acababa de intentar quitarse la vida? Ahí no había futuro; Rocío no podía permitirse el lujo de analizar la decadencia extrema, cuando todavía no había comenzado con los preparativos de su divina y tierna existencia como organismo con capacidad de interpretar datos y ayudar a comprender o recrear procesos complejos. No todo final era interesante, pero era el final. ¿Qué podía esperar de Sergio, si su mejor amigo era un suicida? Manierismo y decadencia; el amor era una ilusión que la ciencia no podía tener en cuenta. Rocío era una máquina de conectar sistemas, cobrando en conocimiento por

ello; sin darse cuenta, estaba entregándose a una aventura sin retorno, la desterritorialización; desandar el camino del conocimiento genera multitud de errores fatales en el sistema; disfunciones que se notan con claridad en cuanto se comienza la desprogramación... Rocío ya no podría volver nunca, cortaría los lazos con la comunicación de masas y el inconsciente colectivo; desarrollaría su propia estructura de interpretación; produciría y analizaría su propio material simbólico. Tenía que investigar, investigar, investigar... No le quedaba tiempo para suicidios.

Sergio observó a Rocío en la terraza con la mirada perdida a lo lejos. Se acercó y supo que el golpe de Ramiro no iba a ser la última tragedia del día. Rocío se despidió con un jodido: -espero que todo os vaya bien, nos llamamos- Él la llamó como diez veces. Rocío le contestó algunas; no consiguió sacar tiempo de su intensa vida para tomar un café con Sergio... Sólo una noche le llamó llorando porque le habían rechazado una beca en una universidad de Zurich; tomaron un café e hicieron el amor; eso fue todo.

Mientras Rocío se despedía, Sergio miraba de reojo la habitación donde la macilenta figura de su amigo aparecía como un cadáver desenterrado; y él, en cinco minutos, iba a estar ahí solo con él. Sólo unas horas antes era un tipo feliz y ahora, de nuevo, todo se desmoronaba... De fracaso en fracaso hasta la victoria, le susurró a Rocío cuando la despedía en la puerta. Ella se quedó pensativa unos segundos, reflexionando si aquella máxima le ofrecía alguna posibilidad de continuar viendo a Sergio, pero no, lo tenía claro; se despidió y, como sucede algunas veces en la vida, lo hizo para siempre. Amparo le acarició a Sergio la espalda. De peores has salido, le dijo por decir algo, para que sintiera que estaba ahí; le gustaba estar ahí. En su

vida, demasiadas veces, nadie había estado ahí. Ramiro era la última persona que le estaba fallando. Ella había intentado introducir color en su vida, proyectarse juntos con el viaje a México. Pero la vida le devolvía los restos del naufragio de otro intento de ser feliz, de construir un futuro acompañada. No soportaba por más tiempo enfrentarse sola a todo; necesitaba dividir la tensión de las decisiones, compartir la selección de las vías de acceso a vivir en paz; esto le volvía a ser negado... Amparo, Sergio y Ramiro, listos para sentencia; el ático olía a derrota múltiple; sólo el perro del jardinero, corriendo alrededor de la piscina, mostraba indicios de que la vida continuaba a pesar de todo.

Amor al desierto

Ramiro aceptó pasar unos días en casa de Amparo. Esta aprovechó para relanzar el tema de México. Al que Ramiro se mostró receptivo. No creía necesitar más pruebas sobre lo inapropiado de seguir viviendo en la ciudad; era evidente que ahí no podía seguir, al menos vivo. Acordaron darse un par de meses para que Ramiro recuperara cierta normalidad y comenzarían con la logística pura y dura: billetes de avión, alquiler de casa y presión al hermano de Amparo para comenzar a mover contactos.

Comían un sábado, los tres, en casa de Amparo. Sergio había superado, sin excesivo trauma, el abandono de Rocío; a fin de cuentas, no habían estado más que tres meses juntos; quedar con el ánimo sepultado por unos meses de amor era un lujo que Sergio no podía permitirse. Ramiro le propuso que les acompañara a México, pero Sergio declinó la invitación. Le gustaba demasiado el Mediterráneo, no creía que pudiera sustituirlo por el Pacífico. Además, la agencia iba a abrir una sucursal en una ciudad del sur. Estaba pensando trasladarse allí; situar la marca, abrir nuevas cuentas, otra ciudad... pero con la misma profesión y el mismo mar; no se veía con fuerzas para cambiarlo todo, así de golpe.

Julia decidió llamar a Ramiro. Consideraba que no era coherente la libertad con el miedo; si conectar con su pasado provocaba la ruina de todo lo que estaba construyendo, sería una clara señal de no estar haciendo bien las cosas. Ramiro se mostró muy ilusionado por todo lo que le contó Julia. Él no le dijo nada del suicidio, ¿para qué?, ya era agua pasada. La conversación con Ramiro le ratificó a Julia el estar en el camino correcto; desde la distancia se opina mejor sobre los otros; a veces, la cercanía borra la

perspectiva, la contemplación de todos los elementos que forman el paisaje; las pequeñas cosas son las que marcan la diferencia entre unos modelos y otros. La conducta de Julia se guiaba por matices casi imperceptibles; la manera en que la miraban al presentarse, el tono de voz, la caída de un pétalo sobre la hoja del libro justo en el momento en que leía la palabra tiempo; la suavidad al coger despacio la taza de té, el dedo rozando la porcelana blanca; haciendo las cosas bien, las pequeñas. En las grandes hazañas siempre se concentra toda la inteligencia, todos los recursos... En las pequeñas cosas se utilizan esencias que se mueven en otros parámetros, y su eficiencia es medida por otra escala de valores, muy diferente a ganar o perder capacidad de satisfacción. La escala de valores de Julia se iba perfilando en torno a una medición de cirujano, sobre la capacidad de sinceridad de las personas con las que se cruzaba; porque, al final, la verdad siempre le había resultado más interesante que su reducción a la media, la medida que hace posible generar empatía y sinergias que generen campos de entendimiento; consensuar el código y la interpretación simbólica para interpretarlo, no ya correctamente, sino dentro de lo asumible como humano. Julia pensaba que, una gran parte de su vida, había estado por debajo de los umbrales de la humanidad, en un inframundo conectado con las estrategias de supervivencia, de la guerra de guerrillas; un terrorismo emocional que no conseguía método más sofisticado que la sorpresa; una publicidad sangrienta que había ido descuartizando todas sus relaciones básicas: su pareja, su hijo y, sobre todo, la relación consigo misma.

Delvinn la cogió del brazo y le dijo que le encantaba que le hubiera hecho partícipe del tema de su hijo; él, por desgracia, también contaba con un

historial familiar de trastornos mentales. En más de una ocasión, él mismo había sentido que perdía el control de sus sentidos, de sus emociones, de la capacidad de comprender la realidad y reaccionar en consecuencia. Pensaba que, una de las razones por las que llevaba una vida de puerto en puerto, era por su miedo a no ser aceptado por un grupo social estable; siempre había temido que le conocieran demasiado. Se movía mejor en los encuentros rápidos: conexión, intercambio, desconexión

Como todo acaba desapareciendo, lo mejor es adelantarse, comentó Delvinn, en tono de broma, para quitarle hierro al momento. Julia no le contestó, se quedó sumergida en su mundo. En el momento en el que se despidió de Ramiro, en la expresión de su cara le pareció que...

En ese atardecer tan especial, en el que habiendo decidido marcharse para siempre, apreció la belleza de la ciudad como nunca antes lo había hecho. Todo encajaba. La ciudad se había vestido de gala para despedir a Julia, que lloró todo el trayecto desde el centro hasta el aeropuerto. Estuvo llorando hasta que el avión entró en cielo de nadie, tan cerca de su casa como de la nada gaseosa que se desplegaba sobre ella, destino Japón, destino Julia, destino taberna de Suhso...

Las pequeñas cosas eran la especialidad de Suhso. Julia tomaba un té con leche. Suhso se sentó con ella y comenzó a hablarle del mantenimiento de la madera de la taberna; ese mar se lo comía todo. Suhso hablaba de la madera como de un viejo amigo al que uno cuida mejor que a sí mismo. Ella humanizaba todo aquello a lo que se refería: fueran criaturas animadas o inanimadas, en su boca, en sus gestos, en la forma de referirse a ellas, les entregaba la misma sensibilidad que si de un ser humano se tratara; incluso los pescados que cocinaba parecían vivir su momento cumbre, al ser

degustados por los comensales de las muchas reuniones que Suhso organizaba en torno a la comida, la bebida y la conversación... Le encantaba vivir, le encantaba el mundo, exhalaba energía sofisticada, modelada a lo largo de los años; era como un torrente de oxígeno con las cicatrices suficientes para no repeler con excesos de pureza. Tenía tres hijos: cada uno de ellos vivía en un continente diferente; cada uno de ellos era de un padre diferente...Rasih vivía en Bombay; Jessy, en Los Ángeles, y Rebeca, en Sevilla. Suhso llevaba una vida regentando tabernas en diferentes puertos del mundo. En tres de ellos, conoció a cada uno de los padres de sus hijos; en todos los casos, cuando alcanzaban la edad de cinco años, Suhso había negociado con sus parejas que se hicieran cargo de la estabilidad de los niños; ella no podía quedarse fija en ningún lugar, no podía.

Julia había tenido la oportunidad de conocer a Rasih, un joven encantador que estudiaba biología y adoraba su país, India. Hablaron toda una tarde de ese *planeta*, uno de los destinos con más probabilidades de ser la siguiente escala en el viaje de Julia. Delvinn, en un arranque de romanticismo, ofreció a Julia navegar juntos hasta Bombay. Ella matizó la invitación, propuso que viajaran por separado y que se encontraran allí. Fue una tarde deliciosa. ¿Qué importaba que los planes fueran a cumplirse o no? La emoción de crearlos, con la ingenuidad necesaria para verlos como posibles, era más que suficiente. ¿Quién sabe hacia dónde soplaría el viento del deseo al día siguiente? Esa tarde la brisa les trasportaba hasta la bahía de Bombay, esa dorada y fascinante entrada a la tierra mística y acuchillada de India.

Cuando Julia estuvo sola en su habitación se sintió embriagada de mundo, de colores, perfumes, horizontes fundidos con la diosa que palpitaba en su

pecho; Kali, agua y fuego; frutas abiertas, carnosas, brillantes, sangre... No podía dormir y bajó a pasear por el jardín. La luna en cuarto creciente proyectaba sus sueños sobre el hielo del volcán. Una de las pintoras adolescentes que se alojaba en el hotel, le salió al paso; Julia se extrañó al verla levantada y sola a esas horas de la madrugada, siendo aún más insólito que fuera completamente desnuda. La joven se tumbó ante Julia y, abriendo las piernas, le ofreció su cuerpo. Julia se quedó paralizada, pero el deseo la invadió; se disponía a arrodillarse para acariciar el sexo de la joven cuando apareció su hermana que, saltando como una fiera sobre Julia, la golpeó hasta hacerla desplomarse sobre el cuerpo desnudo de su libidinosa hermana, que comenzó a lamer con voracidad el hilo de sangre que goteaba de la frente de Julia... Se despertó empapada en sudor, sintió un profundo alivio al comprobar que todo había sido un sueño. Pero había sido un pesadilla tan real que no pudo volver a dormir. Bajó al jardín con bastante inquietud, pero no se topó con ninguna adolescente desnuda; sólo un perro enorme dormitaba bajo una de las higueras. Julia necesitaba hablar con alguien, se sentía angustiada; se había acostado flotando en un mar de miel y ahora sentía la misma angustia que antes de abandonar la ciudad. Era la primera vez, desde que comenzara el viaje, que volvía a padecer esa zozobra interna, puramente endógena... Estuvo a punto de telefonar a Delvinn, pero se controló y, tras media hora paseando por el jardín, contemplando el cráter helado del volcán, consiguió regresar a su aterciopelado equilibrio.

Ramiro salía de casa por primera vez desde de su intento de aniquilación. Paseaba por la orilla del mar sintiendo con gusto el ruido de las olas cuando

una joven pasó corriendo junto a él y le salpicó de arena. A Ramiro le entraron ganas de hundirle la cara bajo el agua hasta matarla. No entendía como una tontería así le podía provocar un odio tan desproporcionado. Lo achacó al tratamiento e intentó pensar en historias que dulcificaran sus sentidos. Se tumbó al sol y sintió como el calor activaba sus receptores de felicidad; los suicidas tienen niveles ínfimos de serotonina y Ramiro estaba dispuesto a llenar los depósitos hasta rebosar. De una vez por todas iba a gobernar con mano de hierro su neurotransmisión. Un hormigueo placentero comenzó a recorrerle la piel; se levantó con un marco claro de alegría en el rostro, la brisa era deliciosa...

Amparo no le había comentado a su hermano los problemas psiquiátricos de Ramiro, sabía que lo entendería, pero prefería hacerlo cuando ya estuvieran en México; no quería que nada fallara. Si se le venía abajo este proyecto, sabía que lo pasaría fatal; llevaba tiempo escapando por los pelos de una profunda depresión y no quería que un golpe de mala fortuna la debilitara y cayera en manos de la indiferencia total. Ella siempre había sido fuerte; aunque estuviera hecha polvo prefería salir a la calle y entrar en acción; los estados contemplativos la ponían de los nervios. En cambio, Ramiro era pura contemplación; se podía pasar una hora con la mirada clavada en el pomo de una puerta mientras, en su cabeza, una lavadora de redes uniendo imágenes inconexas, daba vueltas y vueltas y vueltas... Amparo no dudaba demasiado tiempo ante nada, analizaba las posibilidades y escogía una; no necesitaba certeza máxima. Le daba mucha confianza a su instinto que solía adelantarse a su razón. En el sistema de cognición de Amparo, la lógica siempre había estado al servicio de la intuición. Se dejaba guiar por sus sentidos; esto la convertía en imprevisible e ininteligible para todos aquellos

que funcionaban desde la lógica. Amparo era pura analogía, relacionaba una puesta de sol con la estrategia para investigar un caso de prevaricación de un juez del tribunal constitucional. A ella le funcionaba. Los poderes fácticos de la ciudad la respetaban; más de uno había probado su afilada pluma. Tomaba café con el alcalde un par de veces al mes, era invitada a las cenas trimestrales de la confederación patronal, era amiga de los líderes sindicales del gobierno autonómico... le funcionaba el pensamiento analógico. A su vez, consideraba que la velocidad, en la ejecución de las ideas, era buena en sí misma; luego, ya habría tiempo de matizar y perfeccionar las incorrecciones: primero, acción; luego, evaluación. No, al revés, quien funcionaba de esta última manera no tenía nada que hacer con Amparo; eso era lo que más le extrañaba de haberse enamorado de Ramiro. Era justo lo contrario, evaluaba durante meses sobre cambiar o no la cortina de la ducha del baño. Amparo se ponía histérica con esta actitud, pero le quería, de eso estaba segura. Pensaba que a su hija también le gustaría Ramiro; prefería no pensar en los motivos, pero a Elvira siempre le había atraído la gente rara; su primer novio estaba obsesionado, con sólo quince años, en construir bosques mecánicos que cambiaran de estación con solo programar el ordenador central... Algo delirante que terminó con el joven en el psicólogo, porque lo había abandonado todo por trabajar en su proyecto. No salía con amigos, no estudiaba, no hacía deporte, se pasaba el día encerrado en el garaje diseñando su bosque mecánico; y ahí estaba Elvira, la única colgada que se pasaba tardes enteras con él, hasta el punto de ser el primer chico con el que hizo el amor.

El padre de Ramiro llegó al hospital al día siguiente del intento de suicidio. Habló con Sergio y entró a ver a Ramiro. Tuvieron una conversación cordial

y nada metafísica; le presentó a su novia, por fin, alguien que no tenía veinte años menos que él, era una mujer atractiva de unos cincuenta años, Carla, arquitecta y muy aficionada al jazz, motivo por el que se habían conocido en la tienda de música. Ramiro padre le preguntó a su hijo si sabía algo de Julia. Ramiro le comentó que estaba en un pequeño pueblo al norte de Japón y que la había sentido muy a gusto con su nueva forma de vida; tenía pensado salir para India en cualquier momento, donde quería amarrar una buena temporada; su país mágico desde la niñez, iba a disfrutarlo con calma. Ramiro padre, como era su costumbre, huyó de entrar en profundidades metafísicas con su hijo. Hablaron de política, deportes y del precio de la vivienda. Cuando se disponían a despedirse, besó a Ramiro en la frente y le susurró como a un niño de seis años:

-Ya sabes que papá estará siempre ahí- Ramiro se lo agradeció, aunque no lo manifestara; besó a su padre y se despidieron.

Buscando en lo más profundo del armario del dormitorio, donde llevaba sin poner orden al menos cinco años, Sergio encontró una fotografía con su hermana en una reunión familiar, perdida ya en la noche de los tiempos. Le vinieron a la cabeza imágenes jugando juntos en el patio de la casa familiar, una casa enorme, de dos plantas, en la que pasó muchísimo miedo. Era una zona montañosa donde se generaban impresionantes tormentas nocturnas; el viento soplando como los aullidos de los muertos, rayos que hacían surgir imágenes diabólicas en cada rincón y brutales truenos que provenían directamente del infierno. Sergio tiraba de todo el protocolo religioso que le enseñaban en catequesis para ahuyentar a los demonios, pero no le generaba demasiada confianza interior, ya que acaba durmiendo en el pasillo con la cabeza metida en la habitación de sus padres; más de una

noche habían estado a punto de pisársela al levantarse al baño, con el consiguiente susto, bronca y vuelta a la soledad fantasmagórica de su habitación, iluminada de manera terrorífica por los fuegos fatuos del más allá.

Sergio llevaba sin ver a su hermana más de diez años; se había casado con un militar al servicio de la OTAN y no paraban más de tres años en el mismo país; no habían tenido hijos, lo que les facilitaba el andar rodando por el mundo. La hermana de Sergio nunca llegó a identificarse con sus padres, ni con él; su forma de vida y sus amigos nunca habían tenido nada que ver con la familia. A los dieciocho se casó, se marchó con su marido a Turquía y, desde entonces, habían mantenido una comunicación realmente precaria: una llamada al año por Navidad y poco más. Sin embargo, de niños habían estado muy unidos hasta que, Isabel, siete años mayor que Sergio, fue al internado; ahí, comenzaron a distanciarse, pasados unos años Sergio fue también al internado, a la misma ciudad que su hermana. Retomaron la relación tímidamente, pero ya todo había cambiado; la magia del desván, la leñera y el jardín familiar se habían esfumado para siempre. Sus encuentros más que placenteros eran como una hemorragia de melancolía que, poco a poco, fue distanciándolos hasta verse, alguna vez al mes, diez minutos para tomar un chocolate.

Sergio terminó de poner en orden el armario y se sentó en la terraza a tomar una cerveza. Llevaba unos días sin saber nada de Ramiro; tenía la necesidad de poner un poquito de distancia; él era su amigo, no su padre. Pero al final, le llamó y quedaron en verse para cenar en la playa. Sergio continuó utilizando el sábado para poner un poco de orden en la casa. Encontró todo tipo de objetos-recuerdo por los cajones, hasta una foto con

María; se dio cuenta que tenía un cierto parecido con su hermana, la forma de los labios al sonreír; quizá fue ese detalle el que le llevó a engancharse a ella. Estaba muy guapa en la foto, la echaba de menos. Pero, Sergio sabía que la melancolía era un lujo para los elegidos, los que lo tenían todo y podían languidecer recordando mejores tiempos. A él le bastaba con no sentir ningún dolor y disponer de amigos con los que compartir, dependiendo del día, su odio al mundo o su profundo amor por el mismo. Sergio toleraba que sus amigos cambiasen de estado de ánimo como el tiempo en primavera, y ellos se lo permitían a él; mantenerse estable, con las mismas dosis de optimismo o pesimismo, era algo que había decidido imposible de conseguir; al menos, en esta vida. Para mantenerse equilibrado necesitaba de un entorno social tan desequilibrado como él.

El día iba muriendo junto con la energía de Sergio. Se dio una ducha y salió para la playa. Llevaba meses sin ir a la Martinica. Cuando llegó vio a Ramiro a través de una de las ventanas, hablando animadamente con el dueño. Tenía buena pinta. Ese pequeño detalle le subió la moral. En el trayecto hasta el restaurante, había ido pensando que no le apetecía nada una noche deprimente; aunque la verdad era que resultaba complicado deprimir a Sergio; se había convertido en un búnker contra el desánimo. Era cierto que desde que acabó aquel mundo mágico en la casa de María, no había vuelto a sentirse cerca de ningún grupo social, pero el anarco individualismo tampoco le sentaba tan mal. ¿Por qué había que pertenecer a clubes y tener un nutrido tejido social? A Sergio le resultaba indiferente. Al contrario que a Ramiro, enfermo por no ser tratado como a un monarca barroco al que se le hace pasillo y ovación cuando pasea por las calles, Sergio era adicto a pasar desapercibido: le encantaba observar sin ser observado. Además, se

encontraba muy a gusto en soledad por lo que, a diferencia de Ramiro, le encantaba pasar dos o tres días sin que nadie le llamara por teléfono, sintiendo con placer estar todo lo lejos que deseaba de los cafetitos, cervecitas y demás coñazos sociales. Sergio intentaba hacer lo mejor posible su trabajo para no tener que tirar de la simpatía y de las relaciones públicas. Odiaba tener que ser amable para mantener su nómina a buen recaudo. Por eso, las comidas, cenas y fiestas del entorno laboral se las tomaba como una jornada más de trabajo, no obteniendo ningún placer en ellas, sino viéndose obligado a acudir a ellas para salvaguardar la independencia económica.

Julia comentaba con Delvinn los detalles del viaje a India. Tras unos meses viviendo en la irrealidad, estaba comenzando a pisar tierra. En un principio, alejarse era un fin en sí mismo; ahora, necesitaba reflexionar sobre las ventajas e inconvenientes de moverse a India o a cualquier otra parte. Delvinn, sin embargo, llevaba una vida sin haber sentido esa necesidad, Julia le comentaba ese deseo funcional que estaba sintiendo, esa llamada del pragmatismo que la hormiga le hizo a la cigarra. Pero Delvinn no iba a dejar de ser una cigarra; llevaba años siéndolo; ni Julia, ni nadie, le iba a dar la vuelta al cerebro. Se habían conocido cuando la hormiga-Julia pasaba una temporada turística viviendo como una cigarra. Pero su naturaleza previsor y laboriosa ya le estaba reclamando su tributo. Comenzó a comprar guías de India, a leer sobre las enfermedades contra las que debería vacunarse, a hacer cuentas para ver el dinero que podía gastarse al mes, cuánto en el viaje, cuánto en hospedarse, cuánto en comida, cuánto en extras... Delvinn alucinaba con el cambio de Julia: de ser una mariposa inhibida del mañana, que vuela sin más objetivo que degustar pequeñas

dosis de néctar, a ser una laboriosa abeja obrera, construyendo los muros de la casa que la protegerán de la intemperie en el mañana. Julia no sentía ningún reparo en exhibir su cambio de visión; es más, gozaba haciéndolo. Su nuevo objetivo era la flexibilidad con ella misma: tenía ideas pero las ideas no la tenían a ella, podía cambiar de actitud, ideología o religión, con la misma facilidad que de perfume ¿Quién se lo impedía?, ¿a quién tenía que rendir cuentas? La naturaleza no avisaba antes de convertir en cenizas un bosque tropical; ella, tampoco. Ya no sentía nada como lo hacía unos meses atrás, el error sería no aceptar ese cambio. Si Delvinn y Suhso ya no tenían afinidad con ella, era algo que tendría que aceptar, pues nunca más iba a ser como los demás esperaban que fuese, sino realmente como sentía que debía ser. Intentar adaptarse a los demás la había llevado a un callejón sin salida al que no pensaba volver. Incluso, había barajado la posibilidad de volver a trabajar. Manejaba cuatro lenguas a la perfección, podía trabajar en Bombay o en París. Comenzaba a agobiarle tanta contemplación y encefalograma plano. El budismo sentaba muy bien, no pensar para no enturbiar el agua tranquila de la mente en paz. Pero la mente en paz le estaba comenzando a poner nerviosa; quería otro estado, quería probar todos los estados posibles sin censurarse ninguno.

Pagó la cuenta del hotel y cogió un taxi para el aeropuerto: Tokio-Bombay. Cogió un taxi en el aeropuerto de Bombay hasta el hotel. Una ola de calor húmedo le golpeo en el rostro al abrir la ventana frente a la bahía. Estaba anocheciendo; los vendedores de ticket de los ferris para Elephanta Caves se peleaban por los últimos dólares del día, las turbias aguas del océano le llevaron el pensamiento hasta Delvinn que, en alguna parte de ese dorado horizonte se acercaba a India. Bajó a cenar. Unos cuantos niños le cogieron

de las manos; Julia se dejaba llevar por ellos de puerta en puerta por los múltiples restaurantes que salpicaban el bulevar de la avenida. Al fin, Julia se decidió por uno cuya iluminación le pareció ser un masaje para sus emociones, muy tensas debido al viaje y al primer día de choque con las calles de Bombay que, en cuanto caía la noche, cambiaban de aspecto para seguir la actividad ininterrumpidamente hasta la salida del sol. Cientos de puestos ambulantes, linternas, hogueras en las aceras sobre las que hervían caldos repletos de trozos de verduras, manos, bocas blancas, pigmentos, especias, pitidos, motores... una jungla densa y pacífica. Julia no se sentía amenazada por ninguna mirada; caminaba tranquila hacia el hotel después de haber comido, o haberlo intentado al menos, en un pequeño chiringuito de barrio, el menú del día, a base de tres tipos de engrudo vegetariano a cual más picante.

Julia no tenía sueño porque estaba en un sueño; caminaba porque sus pies no tocaban el asfalto; respiraba porque no necesitaba el oxígeno exterior. Se había dado la vuelta en sí misma, como un guante. Ahora, sus sentidos miraban al interior y sus vísceras colgaban como flores de algodón hacia fuera, hacia el afuera indio, hacia la noche incalculable. Entró al hotel y se desplomó sobre la cama. Le sonó el móvil. Era Delvinn, que estaba a dos jornadas de Bombay, si el viento le era favorable.

Muriendo al nacer

Ramiro cenaba con Sergio en la Martinica. Bebían vino como si ninguno de los dos estuvieran tocados de muerte: el uno, en la cabeza y el otro, en el hígado. El tratamiento del Sida golpeaba con dureza extrema este órgano, pero no conseguía encontrar una motivación suficiente para vivir a base de zumos y agua. Ramiro, estaba en un punto, en el que le era indiferente tener brotes o no tenerlos; daba igual, su vida era una mierda, estuviera loco perdido o sincronizado con la realidad como un reloj suizo. Sergio estaba pensando seriamente en dejar el tratamiento. Le provocaba un cansancio enorme: era como si llevara una mochila a la espalda llena de piedras. Bebieron sin parar hasta que cerraron el restaurante. Siguieron en un bar de la playa hasta que también lo cerraron. Después, fueron a casa de Sergio y se liquidaron una botella de whisky. Ramiro se desplomó sobre una cama y comenzó con un monólogo tan indescifrable como carente de interés. Sergio estuvo una hora vomitando, abrazado al tigre; de vez en cuando, Ramiro se levantaba, iba al servicio y se tronchaba de risa al ver a Sergio vomitar. Ramiro salió a la terraza y comenzó a insultar a los vecinos, ordenándoles que se levantaran de sus apestosas tumbas tan seguras como repulsivas, que se asomaran a la vida de verdad, aunque fuera un segundo en sus vidas; que eran ratas acobardadas que ya no tenían ni barco hundiéndose del que huir, plásticos de tejido humano desapareciendo en sus ratoneras casposas. Sergio, se incorporó como pudo, salió a la terraza y le pegó una bofetada a Ramiro, recordándole que él vivía allí y se cruzaba con esas ratas cobardes todos los días. Ramiro enmudeció, se sentó en el suelo y comenzó a llorar. Balbuceaba nombres y momentos de su vida.

Parecía un viejo de ochenta años más que una persona de cuarenta. Sentía que ya todo había sido, y que nada podía tocar. La verdad era que, viéndole en esas circunstancias, no se tenía claro si había sido una buena idea salvarle la vida tras el intento de suicidio. Sergio le incorporó y le abrazó, entraron al salón y se durmieron.

La luz del día les dio un latigazo brutal y una angustiosa resaca recorrió su cerebro con sadismo extremo. La situación era un paradigma de la no vida: resultaba siniestro verles levantarse doloridos y asqueados. Realmente, ¿merecía la pena seguir alimentando a esos dos organismos que, cada vez con más frecuencia, no le sacaban al día ni un minuto de satisfacción? Sonó el móvil de Sergio. Era Amparo preguntando por Ramiro; tenía los billetes para México... Y ¿dónde iba a ir Amparo con ese despojo humano?, se preguntaba Ramiro cuando Sergio le pasó el teléfono. Era un desperdicio y había decidido que le daba igual. ¿Qué pretendía Amparo? ¿Cambiar su personalidad, convertirlo en una persona simpática y positiva? Era una estupidez, Ramiro no tenía nada que hacer, moriría en la ciudad o en México tras un vómito de sangre, destrozado entre un amasijo de hierros por un accidente de tráfico, matado a golpes por un grupo de borrachos que no aguantara sus insultos. Quizá Amparo tenía un punto de adicción a las historias imposibles o, quizá, ella también se consideraba una terminal emocional. Hay gente a la que es difícil mirar, por cómo gesticulan, por cómo visten, por cómo miran. En el caso de Ramiro era difícil de percibir porque pensaba raro, lo tenía todo muy liado, el pasado con el futuro, un presente atravesado por la realidad y las alucinaciones; era una ballena varada por gusto. Como un cetáceo desencantado del gran azul, buscaba arena donde encallar e ir desapareciendo bajo un sol de isla, que nada tenía

que ver con un sol continental. El sol de isla le preparaba para el más allá, la isla ya era la tumba, lo sabían las gaviotas, lo sabían los arrecifes, lo sabía todo el mundo menos Ramiro, para él la isla era el único principio posible para relacionarse con el mundo, un mundo desierto... Ramiro estaba en su isla y no divisaba humo de hoguera, ni barcas con especias, pescados ni marihuana. Nada veía, nadie le veía, pero se iba a ir a México con Amparo.

Julia, en India, había pasado a otro plano, a otro punto de su proceso. El Zen nihilista del jardín japonés, el puerto, la taberna de Suhso y el barco de Delvinn quedaban tan lejos como la ciudad que abandonó; como Ramiro y toda esa atmósfera densa y empalagosa que le producía escalofríos con sólo recordarla. Una tarde le sonó el teléfono de la habitación, un caballero llamado Delvinn le había dejado un mensaje en recepción: había amarrado en un puerto de pescadores al sur de Bombay. Julia le contestó que no estaba en India, que al final había decidido seguir camino hasta Nepal. Le escribió a Delvinn que estaba en Katmandú y que ya se volverían a cruzar sus caminos... Si se habían encontrado sin conocerse, ¿por qué no iban a hacerlo de nuevo ahora que eran amigos? Julia no quería pertenecer a ningún mundo demasiado tiempo. Le parecía que era como reproducir el que abandonó precipitadamente, aprovechando las últimas dosis de oxígeno que le quedaban antes de asfixiarse. No era masoquista, no tenía miedo a lo nuevo ni al cambio, todo lo contrario. Le horrorizaba no cambiar de ciudad, de personas...

Ramiro comenzaba a tener claro que Julia pasaba de él ampliamente, y lo entendía aunque le doliera. Pero, al mismo tiempo, le daba fuerza el sentir

que no tenía a nadie en quien apoyarse. Estaba en el trapecio sin red protectora. Si caía, nadie iba a salvarle; entonces, mejor no caer. Quizá llevaba una eternidad ejerciendo la rutina de desplomarse ante la vida en cuanto había alguien junto a él que iba a preocuparse por su basura psíquica. Pues bien, eso había terminado; ya no podía explotar más el rol de genio convertido en chantajista emocional. Amparo no iba a aguantar muchos más delirios aunque, por otro, lado qué le importaba que Amparo aguantara o no; ella, en el fondo, le resultaba indiferente; era un clavo ardiendo al que agarrarse cuando todo el entorno estaba abrasado; ya había ardido todo y Amparo era una simple isla rodeada de tierra quemada. Le daba igual México que la plaza de la esquina; invierno, verano, solo o acompañado. Tenía un monstruo deprimente dentro que le impedía ver un solo rayo de luz.

Sergio recordaba la pastosa noche que pasó con Ramiro. Era suficiente para perder el gusto por tener amigos, pero ¿cómo evitar ser un poquito humano y necesitar una piel junto a la suya para maldecir contra la vida, creerse amigo íntimo de la muerte y conocer todos sus planes?

Cuando Delvinn recogió la nota era como si la hubiera escrito él mismo. Necesitaba que Julia le dijera aquello. Él no habría podido seguir burlándose del destino, despreciando todo lo que éste le ponía en el camino. Con Julia había sentido lo que, ya había olvidado, podía sentirse por otra persona y le parecía tan sagrado que no disponía del carácter suficiente como para rechazar la tentación de negociar su próximo destino con alguien que le importaba realmente, que le condicionaba su pensamiento y sus acciones. Negociar de verdad, sabiendo que tendría que ceder parcelas importantes de poder si se quería disfrutar de las herramientas que Julia podía ofrecerle,

fórmulas para cambiar el color a sus días. Para Delvinn tener que preguntar: ¿dónde vamos?, ¿vendo o compro?, eran claves metafísicas. Él, llevaba años acostumbrado a preguntárselo exclusivamente a él mismo. Pero Julia era diferente. Deseaba negociar con ella todo; le había hecho sentir que su forma de relacionarse con el mundo era un sistema caduco, anclado en la defensa de unos enemigos que ya no existían. La guerra había terminado y Delvinn seguía con el uniforme de hombre libre cuando la libertad ya era una mercancía que se dispensaba por dosis en cualquier tienda de barrio. Protegía su tesoro de cenizas como si aún fueran diamantes, protegía su mundo con su vida, cuando hacía tiempo que, a nadie, le interesaba su mundo, ni su vida. En el puerto de Bombay se sintió perdido, más que nunca, al sentir la necesidad de quedarse, de amarrar la cabeza y pasar una temporada viviendo el mareo de tierra firme, de abdicar del trono de la brisa que no te compromete. Pero, Julia no estaba en ese vórtice del tiempo. Atravesaba bucles y atmósferas por el simple placer de hacerlo. Julia no era el pasado ni el futuro de Delvinn, no era nada de nadie, desde ahí brotaba su energía, no dudaba. En cambio, Delvinn había vuelto a dudar al cruzarse con Julia; el camino no dejaba de arrojarle sorpresas a la cara, y Julia le había sacudido con fuerza, le había desnortado la brújula y no encontraba motivación alguna para orientarla de nuevo. Cargó de agua dulce los tanques del barco y limpió la cubierta; compró unos víveres y se dirigió hacia el suroeste, hacia Madrás. Allí amarró y cogió un avión para Calcuta. Su llegada coincidió con la celebración de la fiesta en honor a Kali, la diosa de la ciudad, la esposa de Shiva y alucinó con el fuego y la sangre. Se fundió con la marea humana... Julia, Kali, creación y destrucción de lo creado. El agua ardía. Cogió un taxi y volvió al hotel. A la mañana siguiente,

salió para Varanasi... saboreando el amanecer en el Ganges...

El horizonte se le había quedado pequeño a Delvinn; esa línea barroca que ya no tenía pompa que ofrecer al dios pragmático e ilustrado que Julia había introducido en su vida. Un nuevo culto para Delvinn, basado en la deconstrucción, en el abandono de las estructuras para buscar la evolución en lo rizomático, en el crecimiento a la manera en que las raíces elevan la planta hacia el cielo, mientras ellas se introducen hacia abajo, hacia la oscuridad donde encuentran los nutrientes, moviéndose al ritmo de la oportunidad más eficiente, del estrato más oportuno que, desde abajo, generando la superficie de estratificación, hará crecer la parte volátil, la parte que vive en la luz... Desde el momento en que Delvinn despidió a Julia, en el aeropuerto de Tokio, dejó de disfrutar de su soledad. Más de quince años seguro del modelo de vida que había elegido y un encuentro casual, en un pequeño pueblo al norte de Japón, había reventado su sistema de navegación, depredado su jardín de las delicias, embarcándole en una sensación de carencia constante. La ausencia de Julia ya no le permitía disfrutar plenamente de la pesca ni de los alucinantes amaneceres en alta mar. Le faltaba algo esencial al vivir esos momentos mágicos. Si no podía compartirlos con Julia, ¿para qué vivirlos? Él estaba harto de regalarse bellezas en exclusiva. Ahora, Julia le había abierto una enorme brecha de indefensión; sus tesoros se habían convertido en una estéril colección de naturalezas muertas.

Había llovido toda la tarde, el asfalto brillaba reflejando las casas azules de la ribera del río. En los años cincuenta, habían construido un barrio azul en aquella zona boscosa. Las casas, los bancos de los parques, las barandillas de las escaleras que bajaban hasta el río: todo era azul. Amparo charlaba

con Eva, sentadas sobre la hierba fresca con los pies metidos en el agua. Eva se acababa de mudar al barrio azul, tenía la intención de pasar los días leyendo y tocando la viola de gamba, ahí, junto al río. Trabajaba en una tienda de decoración en el centro. Eva era una mujer de unos treinta años, muy delgada: siempre llevaba vestidos largos y deportivos y siempre que podía andaba descalza; tenía la piel muy blanca, un tatuaje en la nuca y le encantaba tomar té, fumar y charlar durante horas, mirando el río verde, azul, marrón... Todos los días, el cauce ofrecía una tonalidad diferente a la fantasía de Eva, que salía para trabajar en la tienda, mirando de reojo el arco de la viola y el libro abierto en el suelo, junto a la cama. Caminaba despacio hasta el Café de Flora y pedía un té acariciando los pucheros de porcelana del mostrador de madera. Desde la pequeña terraza del Café, Eva seguía viendo el río, seguía en casa.

Flora, la dueña del Café, también llevaba siempre vestidos largos y sobre ellos chaquetas largas de tejidos que caían como si llevaran pequeñas piedras en los bordes. Se sentaba con Eva y miraban el río mientras hacían algún comentario sobre cómo ganar más plata, cómo ganar más tiempo... sexo, amistad... Pequeños comentarios sobre grandes cosas.

Flora pintaba, llevaba pintando toda la vida, exponía sus cuadros en el Café. La mayoría terminaba regalándolos; algunos, los vendía y otros, los iba almacenando en la bodega del bar que un amigo le había acondicionado para que la humedad del río no devorara su obra.

Algunos días, Amparo se acercaba a desayunar con ellas. A las tres les encantaba levantarse temprano, asomarse a la vida cuando los colores y los aromas son más intensos. Lentamente se iban preparando para entrar a la velocidad de un mundo que tenía muy poco que ver con ellas, pero en el

que se movían muy bien. Los clientes del Café iban allí a relajarse; siempre sonaba un ligero murmullo de jazz o blues; solo tenía cinco mesas dentro, otras tantas en la terraza a la que se tenía acceso tras franquear una sólida puerta de madera de principio de siglo... Tres mujeres curtidas, delicadas, flotantes... sus movimientos humanizaban el aire de la mañana. Les gustaba sentir que, esa misma brisa, había estado surcando los anillos de Júpiter, que había estado muy lejos y, ahora, formaba dulces remolinos sobre las pieles húmedas, suaves, invulnerables de tres amigas tomando té frente a un río, el confidente perfecto; avanzando, sin pausa, con una sofisticada negligencia... Flora dejaba la mirada colgada de una pequeña isla de juncos; Eva encontraba su punto de flotación en un viejo amarre abandonado, que el agua iba cubriendo de musgo. Amparo volaba entre las ramas de unos árboles frutales que un viejo, cuya silueta semejaba el arco de la viola de Eva, cuidaba con exquisito detenimiento en la orilla opuesta al Café. El día estaba en pausa. El río se abría ante las tres mujeres que esperaban a la vida. En el barrio azul todo era líquido. El tiempo era un remanso bajo el que discurría una corriente de vértigo, la corriente donde se disolvía la mirada... El río, estático e imparable como las tres mujeres... un río de imágenes, paisajes, amantes, perfumes, despedidas... El río iba oscureciendo sus hebras de agua, Flora se acercó a casa de Eva con el último cuadro que había pintado, lo colocó sobre el sofá. Un haz de luz iluminaba la parte superior del lienzo donde, tres volúmenes de color orbitaban en torno a una espiral blanda, una mezcla de intestino y cordón umbilical, collar de perlas y sangre de menstruación. Se sentaron en la terraza frente al cuadro. Eva lo observaba mientras tocaba la viola. Amparo miraba el cuadro y a Flora que miraba las evoluciones del arco al pasar por

las cuerdas. Flora cogió la paleta y los pinceles. Amparo sacó su cuaderno. Comenzó a machar papel con las imágenes rotas de sus dos amigas: los bordes curvos y tensos del arco, de las caderas, de los ojos que miraban hacia dentro, en la orilla del río.... Flora se tumbó junto al cuadro, lo miraba boca arriba, con la frente pegada al lienzo. Un derrame de color se clavó en la página donde Amparo escribía la esencia de su felicidad empaquetada en la casa azul. Bebía vino y observaba el arco de agua y la viola. Soñaba palabras que se grababan en la memoria de tinta que Amparo proyectaba en el centro aspirado del cuadro de Flora, los amarillos aullando en las fronteras del fondo semántico de un túnel transparente donde las tres mujeres sublimaban su decoración de piezas de arte al servicio del río. Eran tres mujeres saciadas, en busca del motivo que las había dejado sin motivación, para perseguir el vellocino de oro, beber la sangre de cristo en el cáliz donde se vertió su sangre degradada, pisoteada, convertida en aperitivo para los perros de Jerusalén... Amparo se sorprendió escribiendo sobre profetas; mientras, Flora embadurnaba su rostro con los óleos del lienzo, convirtiendo el estudio de la luz en un magma tan subterráneo como cegador. Eva había conseguido que del arco saliera humo; la religión al final conseguía que todo ardiera, y era ahí donde había que encontrar una prueba inequívoca de Dios, conseguir que tocar la viola, escribir o pintar sobre un lienzo no tuviera sentido de una vez por todas; acabar con la terapia. Flora deseaba salir de la incertidumbre, saber si tenía que utilizar una mancha u otra; Eva no aguantaba más interpretar a la manera de nadie y Amparo, en el fondo, odiaba tener que irse a vivir a México con el maníaco de su hermano y una hija que apenas conocía.

En el barrio azul, se distinguía perfectamente a quienes aún buscaban su

lugar en el mundo, de aquellos otros que ya lo habían encontrado. El río, en continuo movimiento y aparentemente estático, como las tres amigas en el Café de Flora. Sus mentes volaban en el interior de cuerpos petrificados ante los destellos del agua recorriendo sus pupilas. Eva sabía que tenía que salir del barrio azul, pero no iba a hacerlo. Vivía una armonía ficticia, una atmósfera de retiro cuando aún se encontraba en plena conquista de su mundo. Era consciente de estar frenando el impulso de salir corriendo hacia donde fuera, pero deseaba quedarse en el barrio azul para siempre, madurar y envejecer junto a ese río. No necesitaba conocer otros barrios, ni otras personas; quería quedarse ahí, tomar té en el Café de Flora y tocar la viola mientras sus amigas dormían en el sofá, pintaban, escribían o clavaban durante horas la mirada en la corriente del río... ¿Qué?, ¿quién le obligaba a seguir rodando de barrio en barrio?... Husmeando en los cubos de basura que, los recién conocidos, le dejaban analizar para ir llenando su biblioteca de experiencias, de imágenes sin volumen; porque Eva pensaba que, para acceder a la esencia de las personas, se tenía que generar confianza y esto sólo lo daba el tiempo.

Sobre la barandilla azul de la terraza, Amparo comentaba a Flora que no le apetecía nada irse a México. Flora le contestaba que no se fuera... Amparo se fundía con la humedad de un viejo tronco que flotaba sobre la corriente mientras Flora miraba hacia la cocina para retirar la tetera del fuego y Eva colocaba unas cortinas verdes en los ventanales del salón, del mismo verde que el musgo del amarre abandonado; la brisa ondeaba en las cortinas, la casa navegaba por el río...

Amparo leía a Eva los últimos párrafos de un cuento sobre una niña que preparaba el equipaje para ir al internado, en una sola maleta; no

conseguía meter en ella todo lo que necesitaba y la deshacía y hacía de nuevo, una y otra vez...

Eva escuchaba ópera mientras planchaba su vestido mágico, el vestido con el que volaba a Viena, a Praga... Ofrecía conciertos en pequeños salones donde los rostros de su reducido público vagaban por una escala cromática atonal, orbitando en un dodecafonismo que vibraba encontrando su ritmo en la corriente del río. Terminó de planchar, subió el volumen al aria que interpretaba la Calas y bailó con Flora por toda la casa, por toda la tierra, dentro del río azul...

Amparo comentó a Flora que le interesaba que Ramiro viera esa atmósfera, que sintiera la existencia de otra manera de dialogar con la realidad. Hasta ese momento, Amparo no había querido compartir su cueva mágica, su barrio azul, donde podía experimentar sus diferentes personalidades. Su barrio laboratorio de la conducta, del deseo hacia el mundo y del deseo que sentía el mundo hacia ella, pero Ramiro... Se lo merecía. Amparo necesitaba demostrarse que no era egoísta, porque Eva le había contado su teoría sobre cómo aprovechar al máximo los diamantes que te ofrece la rutina diaria: si te proteges es porque estás necesitado, la generosidad parte de la abundancia. Porque en el barrio azul nadie quería ser santo ni mártir de ninguna causa, compartir el último trozo de pan y toda esa historia de samaritanos de pastel. En el barrio azul era necesario tener para compartir; necesitabas escribir, pintar o componer música, si querías compartir con alguien; en el barrio azul los eternos mirones no terminaban de encajar: esas personas que se comportan como sanguijuelas de las creaciones de los demás... En el barrio azul nadie se reunía para crear, sino para compartir las creaciones. Las tres amigas, durante años, se habían reunido en el Café

de Flora, para ofrecerse mutuamente sus trabajos, sus delirios, sus conclusiones... Eran mujeres que se presentaban a la fiesta del encuentro humano con su historia cocida y lista para ser degustada por los comensales... Amparo no quiso nunca arriesgarse a contaminar este reducto: etéreo, extramuros, extraterrestre con ningún mortal que no fuera Eva o Flora. Las socias de creación del espacio sagrado junto al río, de la corriente de los colores de la vida rindiéndose ante el caudal embriagador, autista, incesantemente indiferente al reventar segundo a segundo en su propio esplendor. El río, dejándose aconsejar sobre su sentido, entre casas azules de madera y mujeres que experimentaban con la vida, enroscándose en las yemas de sus sentidos, en los recuerdos rotos en los que ya no cabían más dudas. La acción se había transformado en un fluir con armonía, con ritmo... Todo estaba más allá de lo definible. En el barrio azul no se permitía la entrada de diccionarios. Hubo una noche en que Flora quiso probar a romper con la vieja norma y llevó a casa de Eva el diccionario de símbolos de Cirlot. Cuando el vino puso las cosas en su sitio, el diccionario salió volando desde las manos de Amparo hacia la superficie del río; se introdujo en su corriente, sin hacer ruido y desapareció. Amparo alucinó al no ver salir el libro a flote tras caer al agua, pero Flora lo tenía claro: los símbolos necesitan tocar fondo, el lecho fangoso del río, clavados en la protovida del barro, del limo, sustancia con la que se crea la materia viva... Ramiro tenía que conectar con ese mundo, con el oráculo azul de las tres sacerdotisas del movimiento estático.

La tarde era diferente, Ramiro se sentía diferente. El barrio azul siempre le había parecido una zona para aficionados, para *amateurs* de la vida; un barrio habitado por personas que le daban tan poca importancia a sus

sueños, que sólo soñaban con lo imposible; dando la razón al sistema respecto a que cualquier cambio profundo en la distribución del poder y la riqueza es una paja mental para tranquilizar al pueblo en los días de fiesta, los días en los que todos tienen el derecho de imaginar que serán grandes... Un barrio que, encontrando su esencia en funcionar como un contra poder, funcionaba como un apuntalamiento estable del mismo. Para Ramiro, hasta que pisó el Café de Flora, el barrio azul, al ser una oposición perfecta a las rancias leyes establecidas, pensaba que le servía de alimento. Pero tocó el mostrador del Café, conoció a Eva, tomó té y vino tinto con las tres brujas del río toda una noche y su odio se transformó en deseo... ¡Qué placer poder cambiar la visión sobre algo! Ramiro sabía que iba a disfrutar sintiendo desplomarse otro prejuicio, otro juicio polvoriento y reaccionario. Iba a disfrutar de la aberración que suponía para su jerarquía de exquisiteces sentir cómo sus ojos leían lo fascinante en las imágenes que el barrio azul regalaba a su desarmado inquisidor. Unas horas antes de entrar en el Café, sus ojos habrían leído la puesta en escena de un mundo estéril y asfixiante.

Flora se había preocupado por la iniciación, en el barrio azul, del novio de su amiga Amparo y contrató para esa noche a su cuarteto de jazz preferido, con un trompeta estilo Davis que era pura morfina en los sentidos. Hizo litros de té al estilo hindú con leche y canela; su especialidad. Había construido, desde el Café hasta la orilla del río, su mejor instalación de velas: un conjunto de simetrías geométricas que amenazaban la estabilidad curva del río. Flora había escenificado la inquietante relación entre las morfologías rígidas y las flexibles, clave de las relaciones entre los elementos que forman un sistema, el sistema azul, que mutaba junto al río.

Ramiro le comentaba a Amparo que le agradecía profundamente la invitación. Nunca habría pensado que pudiera haber, en esa parte de la ciudad, un laberinto humano tan sofisticado y natural. Se sentaron en una de las mesas del café, disfrutaron del jazz y charlaron junto al río hasta entrada la madrugada. Flora cerró el Café y fueron a terminar la velada a casa de Eva que había abandonado la fiesta un par de horas antes, al sentir unas ganas locas de ensayar una pieza que estaba creando, motivada por el cuarteto de jazz. Se iban acercando a la casa azul de Eva y el sonido de la viola iba pintando el aire. Ramiro sentía que, ante él, se abría una nueva vía de acceso a la realidad; una nueva entrada que le permitía, casi le exigía, atravesar el umbral despojándose de las viejas ropas, de las viejas creencias, de los viejos códigos con los que interpretar el plano de la realidad a la que nos dan acceso los sentidos. El aire olía a la música de Eva. El río tenía el color de los paisajes abstractos que las mentes de quienes lo contemplaban, proyectaban sobre él.

Se acercaban sin ganas de llegar; no querían que se agotara ese momento. El río brillaba como carbón líquido; la noche era espesa y dulce, con tacto... Subieron las escaleras de la terraza. Eva bebía pequeños sorbos de ginebra con la mirada inyectada en el viejo amarre abandonado. Cuando llegaron al salón dejó de tocar. Les sirvió té y preparó a Ramiro para que viera el azul en su música. Le sentó frente al río. La cortina verde, como la capa de un mago, hacía aparecer y desaparecer el río. Le colocó a la izquierda un cuadro de Flora: nueve volúmenes azules gravitaban sobre la cabeza rota de una muñeca de porcelana. Le entregó un párrafo de un cuento de Amparo donde una niña preparaba una sola maleta para ir al internado; solo metía prendas y objetos azules. Eva le dijo que mirara el cuadro, que

mirara el río, que escuchara la música y que leyera al mismo tiempo, sin prisa... Amparo se tumbó en la hamaca, Eva comenzó a tocar. Flora se tumbó junto a la hamaca donde estaba Amparo; hablaron de Ramiro, de México, del amor, de la necesidad, de la angustia, del placer... Ramiro vio el azul en la música de Eva; estaba amaneciendo. Amparo y él salieron se fueron al ático de Ramiro y terminaron de ver amanecer planeando sobre la bahía, había sido una noche definitiva, un punto de inflexión. Unas cuantas claves fundamentales en los pilares de la manera de sentir en Ramiro, habían mutado para siempre; haría todo lo posible por no perder ni un minuto más de vida con prejuicios y suposiciones basadas en la ansiedad de controlarlo todo, de saber de todo, de despreciar lo desconocido para bajar los niveles de la ansiedad infantil, la misma que un niño siente cuando se le escapan las cosas a su capacidad de intelección, cuando desconoce el terreno, cuando desconoce de quién depende su bienestar básico. Así no iba a actuar más Ramiro. Iba a dar tiempo a que el discurrir de la vida, de las conversaciones, de las conductas, le fueran informando de lo que pasaba y de lo que podía pasar, iba a eliminar al máximo todo tipo de paranoias que le robaban un tiempo precioso, que desgastaban sus deseos de adherirse a la vida.

Cuando Julia se disponía a abandonar Bombay, hizo un intento de contactar con Delvinn, pero éste ya había abandonado el puerto. Nunca volverían a verse. Esa radicalidad del *nunca* le hizo sentir un escalofrío profundo. Sintió que, alejándose de todo aquello que permanecía sin variar día tras día, sus pasos se iban acercando a un *nunca* opaco e imprevisible que vivía como un sentimiento inquietante de inseguridad. No deseaba más en su vida la presión de lo que asfixia por su inmutabilidad, pero tampoco quería un baile

inagotable de paisajes, avenidas históricas, puertos, aeropuertos y rostros sin volumen, sin historia. Huir del peso insostenible de una rutina aciaga y deshidratada de emoción, no podía conducirle a recorrer el mundo como quien contempla un documental interesante de antropología social; el imperio de los sentidos, que abrazó como única ley al abandonar la ciudad, estaba dando muestras de generar tolerancia en los mecanismos del placer de Julia. Comenzaba a sentir muy poco, o nada, ante un nuevo templo, un nuevo ritual, un nuevo mercado con mega fusión étnico cultural o el atardecer desde la isla de Elephanta Caves; necesitaba acercarse a una dosis menos radical de *novedad* en sus días, en sus horas...

Sentada en la agencia de viajes, escuchando los vuelos nacionales para el día siguiente, Julia eligió salir hacia Varanasi. Justo cuando ella aterrizaba, de ese mismo aeropuerto despegaba Delvinn rumbo a Nueva Delhi. Sin saberlo, Julia se hospedó en el mismo hotel que Delvinn había abandonado al amanecer; sin saberlo, le dieron la misma habitación donde Delvinn estuvo durmiendo una semana; sin saberlo, se bañó en la misma bañera y se contempló en el mismo espejo; usó el mismo armario que, al abrir para deshacer la maleta, le pareció que exhalaba un olor familiar, el aroma de alguien que no pudo precisar, pero que la puso melancólica. Miró por la misma ventana donde Delvinn había contemplado las procesiones de los dioses bajando hasta el Ganges; sin saberlo, eligió todas las mañanas la misma mesa que Delvinn elegía para desayunar. Tenía una vista muy especial, entre dos edificios de nueva construcción que formaban un túnel de cristal; se erguía al fondo una vieja fábrica de seda y, tras ella, el resplandor sobrenatural del Ganges.

Comenzaba a estar empapada de India, Benarés (Varanasi) la estaba

calando como el Ganges penetra en los dormitorios, los salones y los altares de los palacios de la ribera en cada crecida; se filtraba por los muros, por la piel de Julia que empezaba a sentirse milenaria; un alma vieja recorriendo un mundo que ya conocía, que iba recordando en busca del motivo por el que volvía a estar en él; paseando por esas calles tan familiares, caminaba en el interior de una película que llevaba viendo siglos, milenios...

Ramiro, tras ser bautizado en el barrio azul, comenzó a entender los mecanismos que regulan las relaciones de imantación entre las personas: lo que atrae y lo que repele. Con esta experiencia básica injertada en su conducta, se sentía seguro de conseguir un aumento significativo de su valoración de la vida. Lejos quedaban los deseos de autoeliminación y destrucción masiva de su red de conexiones a tierra. Desde ese momento pretendía cuidar su entorno como un jardinero, sus plantas; iba a concentrarse en los detalles de su micro mundo como un relojero renacentista, como un tallador de diamantes; estando ahí, atento al nacimiento de delicados brotes de confianza en la erradicación de sus delirios, de sus críticas paranoicas, de sus anclajes traumáticos con el pasado; iba a despegar, levantar el vuelo hacia otra tierra donde no llevaría el óxido de sus recuerdos sino la deslumbrante y simple estructura de su nueva maquinaria mental, la nueva forma de leer que había implantado en sus sentidos.

Quizá en México podrían montar un café como el de Flora, junto al Pacífico... Julia no había vuelto a llamar. Ramiro lo interpretaba como que todo le iba bien. Sentía una enorme curiosidad por conocer su paradero pero le bastaba con sentir una profunda bocanada de oxígeno cada vez que pensaba en ella. A su padre le notaba mucho mejor desde que vivía con su

nueva pareja. La arquitecta debía estar gestionando su espacio mental de manera impecable, porque había conseguido en Ramiro padre una cierta síntesis de estabilidad.

El gesto de Amparo al mostrarle su mundo más íntimo, más vulnerable a las críticas más despiadadas, le había cambiado la visión sobre ella y le había elevado la motivación por alimentar la relación con esa socia que le había presentado una parte preciosa de su verdad. Ramiro se prometía a sí mismo que nunca se permitiría juzgar ese mundo azul que Amparo le había regalado; se prometía a sí mismo que no escupiría sobre una muestra tan delicada de la esencia del compartir; era una declaración de principios de una persona que iba de cara, que hacía el esfuerzo de mostrarse, lo más próximo posible, a como ella misma se sentía. Ramiro tenía que aprovechar ese golpe de suerte, debía controlar y jugar las cartas sin perderse un detalle; si dejaba pasar esta oportunidad, no le quedarían muchas partidas más en las que probar fortuna. El círculo se estrechaba y Amparo era una perfecta línea de fuga.

Julia salió del aeropuerto de Benarés hacia Katmandú; luego viajó a Agra, New Delhi, Bombay y saltó a Tailandia; recorrió el norte selvático, bajó al Golfo y recaló un día en Puket, cogió el barco para las Pee Island, vuelta a Bangkok y... volvió a sentir la pulsión de lo intangible, volvía a ser una mujer invisible: justo el motivo por el que había abandonado la ciudad. Había conocido a decenas de personas; estuvo a punto de comprar una casa al norte de Bangkok, pero volvía a ser invisible, la sensación de no existir volvía a trepar por los muslos de Julia; la convertía en barro despojado de identidad, barro líquido, barro presentándose, barro haciendo el amor, barro despidiéndose de barro... tanta ilusión para nada. Sentía

desmoronarse todo su sistema de intervención en el mundo, en la sociedad; se sentía expulsada a una órbita muy lejana a la vida, al calor del sol, lejos del concepto de habitable; su mente rechazaba seguir en ese cuerpo deambulando de camino en camino; tenía que parar y pronto; había que pensar y tener suerte a la hora de dar con el lugar. Abrió un atlas y jugó a ver dónde caía el bolígrafo, pero las cinco primeras veces cayó en desiertos, cordilleras montañosas u océanos. Asumió que la decisión no pertenecía al reino del azar, sino a enfrentarse a una decisión y aceptar sus consecuencias; estaba pensando en detenerse cuando, seis meses atrás moverse era todo lo que necesitaba. Había caminado en círculo; seis meses para volver al mismo estado de ánimo; miles de kilómetros recorridos para no conseguir alejarse ni un milímetro... Lo había leído, lo había visto en películas y en el teatro, simbolizado en cuadros, pero ahora lo había vivido: partió con todo el equipaje psíquico. Daba igual, podría dar veinte veces la vuelta al mundo, sin conseguir alejarse de esa angustia neurótica que llevaba una vida pegada a sus sentidos. La batalla debía resolverla en el interior de su organismo, tenía que enfrentarse con esa imprevisible maquinaria de guerra diseñada para abortar todo tipo de invasiones que alterasen el ritmo establecido: jerarquía de órganos y sistemas difíciles de modificar. Pero Julia seguía con la motivación intacta; simplemente analizaba un nuevo problema. Julia atacaba la crisis como si de un juego de ingenio se tratara; así, todo fluía con más naturalidad, la solución se mostraba menos esquiva y las estructuras mentales de cálculo, fuerzas, debilidades, amenazas... ejecutaban sus protocolos con mayor eficiencia. Julia sabía cómo hacerlo, ya se había desprogramado un par veces en la vida. Realmente, no tenía nada que ver con la Julia previa a desmontarse el

aparato sensorial y reconstruirlo de nuevo. Sólo había mantenido esencias básicas para no tener la memoria vital partida; había dejado los recuerdos necesarios para poder observar linealmente su historia, niñez, juventud... Podía hacerlo, derribar el templo y levantarlo en tres días; para esto tenía que ser precisa a la hora de elegir el lugar donde acometer la jugada, la desinstalación e instalación del nuevo programa. Julia iba a reiniciar su búsqueda, nuevos objetivos y nuevas estrategias.

Barcelona, el Mediterráneo, estrato judío medieval, arquitectura hedonista; era el lugar. Julia embarcó en Bangkok con destino BCN. Se instaló en un pequeño ático en La Barceloneta, un barrio soleado y alegre junto al mar. Julia paseaba por la playa del Puerto Olímpico, aspiraba el acogedor aroma dulce y salado del Mediterráneo; era el lugar...

Tomando un té en un café del Borne: barrio gótico orbitando en torno a la antigua catedral, salpicado de anticuarios, librerías, talleres de diseño, galerías de arte... Julia cayó en la cuenta de estar felizmente sola. Por primera vez en la vida, sentía una profunda sensación de placer al sentirse sola; una soledad preñada de ella misma; se completaba de manera absoluta. Era ella sola, no estaba colonizada por nadie y a nadie quería ocupar ni una habitación de la mente. Ella y el mundo, pero sin tocarse, sin mezclarse, evolucionando en paralelo; quería evitar cualquier tipo de convergencia. Se sorprendió sintiendo asco con sólo pensar mezclarse en la intimidad de cualquier persona del mundo: sus historias familiares, sus desgarros amorosos, las experiencias fascinantes, todo ese equipaje pestilente que las personas comparten con toda su ilusión o todo su odio. Julia no quería más de toda esa ponzoña de aficionados en el arte de vivir. Sola; alucinantemente sola. Compartiendo, sin querer profundizar en nadie

que no fuera ella, volvía a recuperar ese impulso de sentirse una diosa que iba a generar toda una cosmogonía en torno a su persona; no quería perder más el tiempo y no iba a hacerlo.

Cogió un tren con destino a Sitges, un pueblo de estilo ibicenco al sur de Barcelona, donde se celebraba un festival internacional de cine fantástico. Justo lo que Julia necesitaba, un fuga de la empalagosa realidad tangible a la que miles de personas se agarran como gusanos a los últimos trozos del cadáver. Se metió en una sala al azar. La película no era nada del otro mundo pero, lo que Julia buscaba realmente era una víctima en la sala con quien conectar para ir a cenar después de la película y ahí poner a prueba su nueva concepción sobre las relaciones humanas interpersonales... Cuando terminó el pase, en la salida provocó un choque con un tipo que ya se había asegurado que estaba solo; tras el choque, le pidió fuego, le hizo un pequeño comentario sobre la película y el hombre en cuestión, de unos cuarenta años, residente a temporadas en Sitges, llevó a Julia a cenar a un restaurante con una mezcla muy sofisticada: comida casera, un servicio que te trataba como si estuvieras en el salón de su casa y, a su vez, un toque muy refinado en la combinación de sustancias y sabores... El plan de Julia era conocer a una persona y meterse en el papel de ser una mujer sin pasado y sin futuro; probar a ser nada más que aquello que la otra persona tenía delante; no se permitiría ni un: hace unos meses... o, el próximo año... Radicalmente clavada en el instante, todo el concepto de ella misma tenía que brotar de la pulsión del minuto a minuto... El tipo comenzó a sentirse incómodo, ya que Julia respondía con preguntas a sus preguntas. ¿Cuánto te quedas por aquí?, él. ¿Y tú?, Julia. La conversación comenzó a dar claras muestras de reducción al absurdo, ya que la rata de laboratorio

elegida por Julia, ya no sabía si proponerla directamente ir a hacer el amor, o volver a contarle el resumen de su vida y sus ideas para el futuro: tenía tres veleros que alquilaba para viajes de placer, le había costado mucho conseguirlos y su ilusión era tener otros tres. Julia bostezó y él estuvo a punto de levantarse, largarse del restaurante y dejar allí a esa colgada que había tenido la mala suerte de conocer, pero lo pensó dos veces e invitó a Julia a tomar una copa al barco donde vivía. Julia aceptó y pensó que parecía tener imán con los hombres de mar. Recordó a Delvinn y, rápidamente, se amonestó por estar en el pasado; borró a Delvinn de su memoria e intentó disfrutar como si fuera la primera vez que estaba en el barco de una persona cuyo barco era su casa. Es más, su experimento le exigía sentir la realidad como absolutamente nueva. Todo pasaba por primera vez; todo lo veía, olía, sentía por primera vez, no había vivido nada, no iba a vivir nada. Un cosquilleo de paz comenzó a subirle por los muslos, se le enredó en la cadera y se quedó a dormir en el barco con Eduardo. En el desayuno, mientras bebía té y masticaba pastas con gesto indolente, pensó si el experimento demandaba olvidar ya la noche pasada; decidió que saborearía el dulce sabor unos minutos más y al abandonar el barco, lo borraría de su memoria para siempre, al barco y a su capitán. Exigencias de la ciencia. Se dijo a sí misma. Sonrió satisfecha, miró a su atractivo acompañante, tomó una segunda taza de té y se despidió para siempre.

Volvió a Barcelona. Al entrar en el ático se dio cuenta que tenía que mudarse a otro lugar. Se asomó a la terraza: ese barrio estaba apestado de turistas mareados con cara de gilipollas, mirándolo todo como si acabaran de aterrizar en Marte; o quizá desarrollaban su mismo experimento y todo

lo veían por primera vez: una nube sobre la cúpula de una iglesia, la fachada de un banco del siglo XIX... no estaba segura; había algunos grupos que seguían a una persona con una banderita, a los que resultaba complicado identificarles como seres humanos en busca de su lugar en el mundo, del hábitat de su consciencia; más bien parecían racimos de dólares listos para ser picoteados hasta la última uva.

En La Central, una librería del Raval: barrio bohemio barcelonés donde se mezcla el arte moderno con micro barrios de marroquíes y pakistaníes, estudiantes de medio mundo y todo tipo de pequeños negocios, que dan buena muestra de la creatividad de los catalanes y de los viajeros que vienen a probar fortuna por estas tierras. Julia conoció a Leila, directora de un hotel de Castelldefels, pueblo costero a unos minutos de Barcelona. Tomaban un café hablando de literatura cuando salió el tema sobre el viaje de una amiga de Leila a Toulouse. Pasaría allí un año, lo que implicaba el dejar su piso desocupado y buscaba alguien de confianza para alquilárselo durante ese tiempo. Leila le propuso a Julia que se lo quedara ella, las presentaría esa misma tarde. El estudio estaba situado en la calle Aribau, entre Gran Vía y Diagonal, un barrio de clase media con una cultura de barrio muy auténtica y una arquitectura sencilla y elegante. A Julia la somera definición del barrio le pareció bien. Conoció a Lola esa misma tarde y en una semana estaba trasladando su única maleta al 68 de Aribau. Paseando por el barrio se convenció de ser aquél el lugar ideal para montar su laboratorio y desarrollar su experimento de presentismo radical: Julia no existía ayer, ni existiría mañana; su pasado era el tiempo que había transcurrido desde abrir los ojos por la mañana y su futuro el tiempo que pasara hasta irse a dormir; cada día, al levantarse, empezaba todo de

nuevo.

Junto al portal de su casa había una pequeña librería. Julia estaba intimando con el dueño, cuando éste le hizo la fatídica pregunta. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Barcelona? Eran las seis de la tarde, por lo que Julia contestó que ocho horas. A lo que siguió la pregunta. ¿Piensas quedarte una temporada larga o es una residencia puntual? A lo que Julia tuvo que contestar que no sabía si seguiría en Barcelona al día siguiente. El librero, que llevaba ya unos años dando vueltas por el mundo, le dijo. ¿Sin ataduras, eh? Julia contestó afirmativo y quedaron para tomar un vino cuando cerrara la librería. El barrio gótico era un escenario perfecto para iniciar relaciones: bello, antiguo y misterioso, era el decorado perfecto para dejar volar la imaginación y los sentidos. En torno a la media noche, el librero invitó a Julia a tomar la última copa de vino en su casa. Julia aceptó. Se despertó a la mañana siguiente en una casa preciosa en el barrio de Sarriá, un clásico de la sociedad mejor posicionada económicamente de Barcelona: terraza con mullidos muebles de teca, arbolitos... una gozada. Durante el desayuno, el librero dejó caer de refilón que había sido una noche fantástica. Julia intentó boicotear su experimento y decirle que estaba de acuerdo, lo había pasado de maravilla. Pero no le quedó más remedio que contestar manteniendo la hipótesis de la investigación. ¿Esta noche? ¿Qué ha pasado esta noche? El librero cazó la onda y le contestó. Nada del otro mundo; conocí a una mujer muy atractiva, paseamos, charlamos, hicimos el amor y ahora desayuno con ella. Julia miraba la taza de té; no se atrevía a levantar la mirada. Pues, discúlpame, pero no recuerdo nada. El librero se levantó y le comentó que tenía que ir a abrir la librería, que se sintiera como en casa. Julia le contestó que muchas gracias

pero que volvía a la ciudad con él. Cuando estuvo sola en su casa, pensó si, realmente, no estaría perdiendo la cabeza. ¿Por qué tenía que llevar hasta ese extremo un juego que, bien mirado, le estaba empezando a parecer una estupidez que no le iba a llevar a ningún lado? Pero se amonestó a sí misma y se reafirmó en su convicción de seguir con la investigación. Era la primera vez que ponía a prueba su voluntad de experimentar con el presente, no iba a tirar la toalla ante la primera dificultad; el mundo estaba lleno de hombres y mujeres interesantes, no iba a renegar de sus objetivos a la primera de cambio.

Tardó una semana en volver por la librería. No sabía si al seguir con su historia, el librero iba a terminar echándola de la librería de mala manera; la amabilidad y la educación de las personas tienen un límite. Cuando entró, el librero la trató como si fuera la primera vez que la veía, ante cuyo gesto, Julia se quedó un poco desenchajada y comenzó a seguirle el juego, aunque, realmente, era él quien se lo estaba siguiendo a ella. Julia le preguntó por una novela histórica, "La Columna de Hierro" Miraron por aquí y por allá hasta que la encontraron y Julia la compró. Luego se despidieron con la cordialidad típica de comerciante y cliente. Al salir de la tienda, Julia pensó que era el primer resultado de su investigación. Subió a casa y comenzó con su *diario de campo*, la primera nota de su particular forma de practicar antropología social. Sólo faltaba que la próxima vez intentara medirle el cráneo, las extremidades y anotar las herramientas que utilizaba para realizar su trabajo en la librería, hábitos alimenticios, ritos de seducción en el acto de la venta de productos culturales... Se rio de ella misma y salió a pasear disfrutando de la arquitectura y la atmósfera de las calles de la ciudad.

Olvidar implicaba desdibujarse, retirarse el aliento después de haber respirado. Julia se enfrentaba a las leyes de la naturaleza, sugiriendo a ésta nuevas leyes para el intercambio de material psíquico. Creía posible que el librero estuviera realizando la misma investigación, ya no le sorprendían en absoluto ese tipo de coincidencias. Estaba convencida de la existencia de una imantación, evidente a los sentidos, entre personas que se encuentran en la misma situación, en la misma búsqueda. Aunque veía más probable que el librero fuera simplemente inteligente y hubiera intuido su juego, el diseño de su investigación; la ejecución de la metodología que le llevaría a experimentar el presentismo radical. El librero pensaría que, situado en ese punto de la vida, el ayer y el mañana eran puro material de desecho, con lo que él estaba profundamente de acuerdo. A lo largo de los sesenta años que llevaba pateando el planeta, había tenido decenas de relaciones... ya no quería recordar; cuando pensaba en el futuro no veía más que decadencia física y psíquica, por lo que la actitud de Julia le parecía perfecta, presentismo radical. El librero entendía la manera en que Julia quería medir la vida, cuantificar sus experiencias y obtener conclusiones; entendía la necesidad de Julia por personalizar las categorías; entendía que ya no le sirvieran las conjugaciones verbales al uso; el pasado y el futuro imperfecto daban paso a un presente perfecto, tangente a las esferas de lo vivido y de lo que restaba por vivir. El librero experimentaba el mismo impulso de ordenar constantes y variables, cambiar los horarios de la librería, buscar otra forma de eficiencia; una, basada en la caducidad de la sombra que brinda lo pragmático... En la librería nunca había entrado Julia y tampoco había salido nunca de ella, la cabeza del librero entendía a todas las Julias que nunca llegaron y nunca se fueron; lo entendía todo desde la posición de

un demiurgo aislado en el momento previo al origen del movimiento, de la acción con sentido. Pensaba en Julia como en una sonrisa de velocidad clavada en el rostro estático, objetivo de una ánfora micénica en su urna de cristal. Pensaba en Julia como el rito que persiste orbitando en torno a la deriva de un tiempo que no pertenece a la historia. Pensaba en Julia como en el eco de un latigazo que se acercaba cabalgando desde la noche de los tiempos.

El sueño del vacío

Ramiro lo estaba pensando. Tenía que decidir entre una o dos maletas. El conflicto rozaba la metafísica profana de la gestión del espacio, que debía servir como continente de objetos que sirven al ser humano y, a su vez, de objetos a los que sirve el ser humano, conjunto de símbolos petrificados en objetos con mirada, objetos que no se consumían al ser usados, que no podían consumirse... Sería fascinante ver desaparecer una catedral al ritmo que nuestra mirada consumía su imagen. Pero la piedra, como Ramiro, no se consumía en el acto del uso, al contrario, se alimentaba del uso. Al final hizo un resumen de sí mismo que pudo meter en una sola maleta, la metió en el coche que, ya había vendido y se dirigió a casa de Amparo que le esperaba en el portal y sin maletas; sólo llevaba el ordenador, un bolso y unas gafas de sol. Le llevaron el coche a su nuevo propietario, cogieron un taxi y llegaron al aeropuerto, salidas internacionales, destino Monterrey, despegaron, aterrizaron, alquilaron un coche, desierto y, diez horas más tarde, Zacatecas: las calles iluminadas con luz ámbar, enroscándose en las columnas de los edificios coloniales.

El hermano de Amparo les recibió en la puerta de su casa. Unas copas, unas horas de conversación eufórica... Elvira llegaría al día siguiente de Guadalajara. Ramiro, esa noche, tuvo un sueño delirante con bisontes y montañas que se hundían sobre sí mismas como la arena de un reloj. Se levantó de la cama con la sensación de haber dormido siglos, y así era, el futuro le reventaba en la cara. Carlos le había conseguido una entrevista con el director del departamento de Historia Contemporánea, se habían sacado de la manga una asignatura de postgrado hecha a medida para

Ramiro: Historia de la Publicidad.

Amparo comenzaba en un mes como profesora titular en el departamento de Redacción Periodística de la Facultad de Ciencias de la Comunicación. El encuentro con Elvira fue lo más duro, una vez que hubo pasado el momento de las lágrimas y los abrazos, comenzaron las conversaciones más espesas: Elvira culpaba a Amparo por llevar toda una vida sin madre, pero Amparo estaba demasiado curtida para aguantar los chantajes emocionales de una joven de diecinueve años y le dijo que, si tan mal lo había hecho, estaba dispuesta a no desempeñar un rol que Elvira no deseaba. Además, el hecho de que ahora ella viviera en México no les obligaba a vivir juntas; si no lo deseaba, podían seguir como hasta ahora, cada una haciendo su vida y viéndose puntualmente para charlar o resolver cualquier problema. Amparo no estaba dispuesta a forzarla a nada. Al ver que su madre hablaba en serio, Elvira suavizó el discurso y acordaron que, en cuanto estuvieran completamente instalados, se bajaría a Zacatecas y se alquilaría un piso en la ciudad.

Julia pasó frente a la librería y un escalofrío de placer le recorrió los muslos, le subió hasta los senos, serpenteó por su cuello y le rozó los labios. El librero colocaba volúmenes en los estantes más altos de la librería; una nube de polvo de papel orbitaba en torno a su figura atravesada por haces de luz provenientes de una vieja lámpara de tela encarnada, frágil, delicada, exquisita, tocada por el tiempo hasta dar la sensación de iluminar con placer. Esa lámpara estaba fascinada por su misión: le encantaba iluminar al librero mientras este separaba y juntaba lomos de diferentes siglos, de diferentes artes y maneras de trabajar la palabra. El librero tenía ordenado el cosmos de papel que había creado durante años, atendiendo a

un caos absoluto. Organizaba los libros por la estética de sus lomos, por la amistad, el odio o el amor que se profesaron sus autores...

Julia volvió a la realidad y continuó su camino, había quedado para cenar con Lola. No habían vuelto a verse desde el encuentro en la Central, que terminó por darle un nuevo techo, un nuevo lugar donde vivir junto a esa librería que iba absorbiendo su atención lentamente, al igual que los libros iban absorbiendo la luz de la lámpara; esa compañera que durante años llenó tardes eternas de invierno. La luz de aquella lámpara era la más fiel lectora de la librería. Conocía cada historia con sus mínimos detalles, la estrategia con la que el protagonista iba a conseguir salir de aquella selva demoníaca, el motivo por el que Eva Kongbark se fue a vivir al campo y abandonó a su hermano enfermo en aquel barrio sucio y deprimente... La lámpara también conocía los gustos del librero, sus historias favoritas que leía una y otra vez en las mañanas soleadas de mayo, sentado en la puerta con su silla de madera, regalo de un amigo inglés de origen hindú, de Jaipur, concretamente. Su familia le financió la carrera de arquitectura en Inglaterra. Terminó los estudios y volvió a Jaipur para dar un nuevo aire a la fábrica familiar de muebles. En diez años sus diseños se vendían en las principales ciudades europeas y norteamericanas. En una visita a Barcelona, entró en la librería e hicieron amistad. Desde aquel día, cuando visitaba la ciudad, siempre pasaba a ver al librero y salían a cenar, beber y charlar durante horas, una de las aficiones más estimadas por ambos. El arquitecto era un lector apasionado de John Cheever. El autor que con mayor precisión relata la lógica del expulsado, expatriado por su forma de sentir a los demás, de interpretar lo otro. Decía al librero. Los dos se sentían retratados por Cheever, compartían con él esa visión de la hostilidad doméstica y

homicida de lo cotidiano. Para ellos, la concepción económica basada en el endeudamiento de las familias, no les parecía otra cosa que una manera de asesinar políticamente correcta. Las reglas que el librero y el arquitecto consideraban válidas eran aquellas que aguantaban los ataques del miedo y de la inercia. Al arquitecto le encantaba invitar a comer al librero a restaurantes que eran como museos porque elevaban la creatividad. El librero aceptaba sin problemas que el arquitecto pagara las facturas; entendía que no pagaba su compañía sino que financiaba conversaciones con el empuje suficiente como para sacarle de la atmósfera de la rutina que, por muy sofisticada que sea, genera tolerancia, y el librero le proporcionaba una visión distinta de las cosas. El histórico del librero era original y se notaba en su conversación y en la forma de relacionarse con el mundo. Como le pasó a Julia, el arquitecto veía en él una persona abierta a todo, no buscaba nada, excepto libros, historias. Toda su vida había estado trenzada con el hecho de contar, de narrar... Su abuela le hacía escribir una historia diferente cada tarde de verano. No se trataba de enseñarle a redactar; tampoco le exigía que las historias le gustaran. La abuela le decía que la imaginación era la llave que habría todas las puertas y sólo le exigía que cada historia tuviera unos personajes diferentes, al menos dos. Pues la imaginación, sino se comparte, es algo peligroso que se acumula como un veneno en el corazón, y cada cierto tiempo emerge y te causa gran tristeza. Le decía. Así que ahí estaba el librero con once años escribiendo historias a la abuela para que le dejara ir a jugar a la playa con los amigos. El librero se acostumbró a no tenerle miedo a esos primeros segundos en los que el papel en blanco te barre cualquier idea de la imaginación; aprendió a relajarse. Así, las imágenes venían a su cabeza, sólo tenía que escribir lo

que veía. Le comenzó a resultar entretenido lo de escribir aquello que veía dentro de su cabeza. La abuela notó la afición del librero y le retó a que las historias tuvieran como personajes gente a la que conociera. El librero se reveló. Le dijo a su abuela que eso le recordaba al colegio, todas normas insoportables, reglas, leyes, esquemas... ¡No! Lo tenía tan claro que la abuela cedió a cambio de que, a partir de ese momento, le contara las historias en lugar de escribirlas. El primer día en que el librero cambió el espacio seguro de la libreta donde, clavando la mirada en el papel, las imágenes comenzaban a llegar, descubrió que el rostro de su abuela no le permitía captar imágenes. La abuela le dijo que probara ponerse de costado a ella, mirando un cuadro que colgaba frente a él: una marina romántica y melancólica. El librero se dejó llevar y, atravesando el lienzo, comenzó a contarle cuentos a la abuela. Esta sentía tanto placer al vivir esa relación con su nieto que los ojos se le cerraban décimas de segundo, para volverlos a abrir y contemplarlo fantaseando con la mirada clavada en el cuadro. La abuela perdió vitalidad y el librero dejó de tener tiempo para ir a contarle historias, ella ya dormía casi todo el tiempo. Así es que, con el demonio de contar historias dentro, el librero terminó el bachiller y se inscribió en Periodismo; a los tres meses abandonó la carrera. Asistió, de oyente, a Sociología y al año siguiente se matriculó. En segundo, abandonó la carrera y se inscribió en Políticas. Lo dejó al terminar primero y se puso a trabajar en una librería. Así, fue pasando de librería en librería, hasta que montó la suya, y ahora comía y hacía disfrutar al arquitecto con su imaginación. Historias contadas en papel e historias grabadas que acumulaba, con el nombre del autor y un título inventado por él en la trastienda del almacén que, a su vez, servía como sala de relax, donde el librero se tomaba sus

pausas con un cigarrillo y el balanceo de una hamaca nicaragüense que le hacía flotar suavemente.

El arquitecto le comentaba al librero, degustando un pedazo de carne cruda macerada con especias, la posibilidad de estar perdiendo la memoria. Le preocupaba en extremo porque uno de sus mayores placeres consistía en recordar historias leídas o vividas, sentado en un buen sofá con un bello paisaje de fondo. El librero le comentó que quizá su mente estuviera haciendo limpieza, selección automática; él pensaba que la mente posee un mecanismo de limpieza que funciona al margen de la voluntad. Su fin es hacer limpieza de historias que ya no sirven para nada, además de las que nunca sirvieron para nada, y las elimina dejando lugar para las interesantes, las que han conseguido que se moviera algo, agitar de alguna manera las formas y los fondos.

El librero se rebatió así mismo argumentando que, si bien consideraba cierta su teoría, el problema surgía al no recordar lo que habías olvidado, por esto nunca podías disfrutar de la certeza de haber olvidado sólo estupideces e historias sin valor, sino que la sensación de ausencia resultante de lo borrado te hacía pensar en la posibilidad de haber olvidado vivencias fascinantes que no se deberían haber olvidado.

Julia entró en la librería justo cuando el arquitecto se despedía para volver a Londres y, de ahí, a Jaipur. El librero les presentó y acordaron que, en su próxima visita, saldrían los tres a cenar. Cuando estuvieron solos, el librero le comentó a Julia lo que su amigo estaba experimentando con la memoria. Julia pensó que al arquitecto le pasaba de manera involuntaria lo que ella hacía con toda su voluntad. También pensó en la posibilidad de que el librero estuviera jugando con ella, inventando esa historia del arquitecto

para conseguir que se sincerara y le contara su experimento. Dudó unos segundos y se decidió a contárselo; de cualquier manera, un experimento no se echa a perder por compartirlo con un amigo, había cientos de personas para llevar a cabo el experimento. El librero le interesaba más como colega, con el que compartir los resultados de su investigación que como una fuente de datos a interpretar. El librero le comentó que le parecía un proyecto muy interesante, pero realmente complicado de llevar a la práctica sin caer en situaciones grotescas; pensaba que los experimentos antropológicos debían ser más naturales, teniendo como base una observación objetiva de la realidad, más que una intervención modificadora de la misma. Julia no estuvo en absoluto de acuerdo, ella no estaba realizando un estudio antropológico, ni consideraba ninguna ciencia en especial para desarrollar el método: ni psicología, ni sociología, ni nada por el estilo. Para Julia su experimento era existencial, intimista, incluso místico. Quería comprobar qué pasaba cuando el vacío se extendía por detrás y por delante de tu vida, cuando realmente te censuras hacer planes más allá de lo que le falta al día para terminar y cuando, realmente, no analizas, ni revisas, lo que ha pasado antes de levantarte por la mañana. El librero no entendía qué conclusiones esperaba sacar Julia de tal investigación; esa actitud era incompatible con la vida. Para él todo era una cadena: pasado, presente y futuro rotando, mezclándose, pasando de un plano a otro de la realidad... Amputarse el pasado y el futuro era como reducir el mundo a una ciudad, la humanidad a una persona... Julia no encontró la motivación suficiente para rebatir al librero su opinión sobre el experimento. Se limitó a invitarle a cenar y a despedirse hasta la noche. El librero aceptó la invitación y continuó colocando todo el material que tenía

sobre Ballard y Balzac, para él, dos escritores que debían estar juntos en los estantes, al lado de Dostoiewsky y Cheever; cuatro expulsados de sus respectivas realidades, cuatro aburridos crónicos que buscaban continuamente la fuga de lo cotidiano. En cambio, Julia buscaba incrustarse en lo cotidiano, encarcelarse en una unidad de tiempo asfixiante: un día. Pero tenía que reconocer que esa limitación, a su vez, se orientaba hacia el infinito, ya que todo comenzaba de nuevo al despertarse; cero igual a infinito, buscar en la anulación del transcurrir del tiempo la puesta a cero diaria del reloj biológico, quizá, en línea con el Retrato de Dorian; proyectar en un instante el infinito transcurrir de todo y de nada.

El librero apagó las luces y se relajó en la hamaca haciendo tiempo hasta las nueve para ir a cenar con Julia. Para ella, los restaurantes no eran como museos que exaltan la creatividad, para ella los restaurantes eran lugares donde conocías a alguien para olvidarlo al día siguiente: cuantos más detalles de la personalidad obtuviera del encuentro, mayor era el éxito del olvido. Julia no disfrutaba de la embriaguez de los sentidos. Ella mantenía la cabeza fría para ir arrancando pedazos de la personalidad del comensal que había elegido como muestra de análisis. Obtenía datos de su forma de amar, de su manera de entender la amistad, de sus ideales supervivientes de la adolescencia... Luego se acostaba, o no, con la víctima y al día siguiente... el placer extremo: no recordaba nada. Si habían pasado la noche juntos, la *muestra* masculina salía de casa de Julia desconcertado. Realmente, esa mujer no lo recordaba, no sabía nada de lo que habían hecho la noche anterior. Cuando la *muestra* abandonaba el estudio-laboratorio de Julia, ella comenzaba a escribir todo lo que había olvidado. Era una pequeña licencia científica, sólo era válido el recuerdo para

alimentar la investigación, la recreación de recuerdos con otro fin estaba completamente prohibida. El librero, en alguna ocasión, le comentó que estaba volviendo a ser tan rígida como la Julia que había abandonado la ciudad, hacía ya más de un año. Pero a Julia, como estaba completamente de acuerdo con esa opinión, no le causaba la menor duda respecto a su proyecto. Al abandonar India se había propuesto hacer lo que sentía y eso era lo que realmente quería hacer. No iba a engañarse a sí misma para ser una Julia que no era, eso sí que significaría estar dando vueltas en círculos. Ella se marchó para ser quien considerara oportuno ser y no quien le conviniera ser en cada momento dependiendo de las circunstancias. Ya no le importaba el entorno, sólo se importaba ella misma y aquellas personas que aceptaran su absoluta decisión de ser ella misma continuamente, sin pausa, todo el tiempo Julia. El librero comparaba esta determinación con la historia narrada por una de sus autoras favoritas, Eva Kronenberg. La protagonista de una de sus novelas no tenía nada en cuenta, si no pasaba junto al árbol del jardín de la casa familiar. Una casa al estilo de los Buddenbrook, donde Thomas Mann realza la decadencia sádicamente realista de una saga, de una generación. Bien, Jewis, nombre de la protagonista, tocaba el violín y dos generaciones de familiares iban pasando junto a ella, el violín y el viejo sauce. En sus conversaciones, no admitía ninguna alusión a historias ocurridas fuera de ese escenario, todo lo narrado empezaba y terminaba junto a ese árbol y el banco circular que abrazaba su tronco. Jewis, en las últimas páginas de la novela, parecía querer decir al lector, sin atreverse, que había recorrido el mundo sin moverse nunca del jardín de la casa familiar; había viajado. Por supuesto, pero nada había permanecido en su memoria, todos los recuerdos vivían junto al sauce y el

violín. ¿La descripción de una neurosis? Quizá; el librero estaba convencido que todas aquellas personas que pasaban la vida escribiendo historias tenían una necesidad obsesiva por contar cosas y, a veces, limitarlas a determinados escenarios repetitivos. Era una forma de salvarse de un magma de decorados y personajes múltiples que podían llegar a provocar crisis de agorafobia, esa horrible sensación de ser devorado por los espacios abiertos, abiertos a todo tipo de posibilidades en cuanto a la historia que contar de los personajes, las ciudades o pueblos donde habitan, mutaciones consecutivas en sus personalidades, sus gustos, su ética, sus deseos... podían ser expertos o inútiles, podían serlo todo hoy y nada mañana. Así Jewis, limitando su mundo al jardín familiar, se salvaba del pánico a lo absoluto, a lo que se desenvuelve de manera infinita, espirales que no tienen ni principio ni fin, a la manera del arte gótico nórdico, de cuyos secretos el librero se había empapado leyendo al maestro Cirlot.

El librero esperaba a que llegara su amiga. Fueron a cenar a un restaurante estilo Julia, todo preparado para una austera, sabrosa y larga conversación; un japonés en Valencia con Muntaner. La estética era mezcla entre zen medieval y estoicismo presocrático, al menos eso le dijo Julia al librero cuando entraban al salón principal, todo en blanco y negro, con algunos toques magenta en el centro de la gran barra de cerezo que separaba a los comensales de la maquinaria de cocina.

La conversación se orientó sin rodeos sobre la relación del librero con el arquitecto hindú. A Julia le interesaba saber cómo habían generado ese clima de confianza y naturalidad en el trato que se respiraba cuando se estaba cerca de ellos. No le interesaba cómo se conocieron, sino de qué hablaron la primera vez que sintieron placer al charlar el uno con el otro. El

librero rastreó en su memoria: hablaron de gestión de las emociones, de la gestión del miedo que tuvo que llevar a cabo el arquitecto cuando abandonó Londres para relanzar la vieja empresa familiar de muebles. No sólo tenía que conseguir vender los productos y hacer rentable el negocio de exportación, sino que tenía que vencer la resistencia reaccionaria de toda una familia que no quería cambiar; consideraban que así estaban bien las cosas y cualquier cambio sería un gasto de energía de difícil amortización. El librero recordó cómo el arquitecto desarrolló su estrategia. En pocos meses, convenció al núcleo duro de la familia y, en un par de años, el negocio era una realidad lucrativa y gratificante. Julia continuó con una batería de preguntas más propias de un examen de oposición a juez que de una amiga con la que cenas, pero el librero la había aceptado tal como era. Hacía tiempo que no ponía más criterio de selección para mantener una amistad, que el amor por las tertulias y el amor por el conocimiento desde cualquier tipo de aproximación. Entendía y respetaba a las personas que no invertían tiempo en desarrollar y pulir su expresión porque nunca lo habían considerado importante. Pero el librero se aburría profundamente con cualquiera que no supiera volar en el marco ilimitado de una conversación; si una persona no mostraba ningún interés por el lenguaje, el librero sabía que la relación era imposible. Por eso le encantaba Julia, se divertía con ella, sus recursos eran ilimitados, sorprendentes, deliciosos. En el transcurso de una conversación te acorralaba, te acariciaba, te retaba, te ridiculizaba y te admiraba. Su pensamiento y su lenguaje eran sincrónicos, una máquina de encajar ideas en palabras.

Se despidieron en la puerta de la librería. Cuando Julia se tumbó en la cama se sintió cansada de ella misma. ¿Cuánto tiempo llevaba huyendo de la

ciudad, de su hijo, de su asfixiante pasado? Comenzaba a tener lagunas de imágenes. El rostro de su hijo se desfiguraba entre una cadena de caras de diferentes años donde, como fogonazos de un flash, aparecía la sonrisa, la mirada, la espalda de Ramiro padre... ¿Quién era ese hombre?, ¿cómo podía ser que hubieran dormidos juntos en la misma habitación, en la misma cama? El pasado es una máquina de asepsia radical; mezcla aromas, sabores, tactos inconexos de Madrid, Londres, los labios de Pablo, la forma de caminar de Elvira, un atardecer en Viena, el sabor de la piel de Andrea... Pensaba Julia. El techo del dormitorio le contaba historias con sabor a pan reciente y el olor a azufre de una ciudad tropical. No sabía si deseaba seguir viajando. ¿Era hora de volver? Pero, ¿a qué lugar? A casa ya no era posible. Amparo se había adaptado perfectamente a la vida de Zacatecas. Tenía buena química con sus alumnos, publicaba en algunos medios nacionales, tenía dos buenas amigas, Ramiro no había sufrido recaídas en los últimos meses y Elvira se había estabilizado. Nada apuntaba a la catástrofe que se venía encima.

Amparo tuvo que ir una semana a Guadalajara a impartir un seminario. Ramiro llevaba cuatro días solo y estaba profundamente aburrido. Salió a tomar un trago a una taberna donde solían reunirse los profesores solteros de la facultad y se sentó con un grupo del departamento de antropología social. A las dos horas tomaba peyote en casa de Esteban, historiador, especializado en la época precolombina. A la mañana siguiente, después de haber estado alucinando toda la noche, Ramiro llegó a casa con la profunda sensación de haber cometido un error fatal. Su cabeza hacía ruido, un ruido que le recordaba momentos nada agradables de su pasado y comenzó a presentir la inminente llegada de un ataque de pánico. Llamó a Amparo que

no le pudo contestar ya que estaba dando clase. Se tomó un ansiolítico y se fue tranquilizando. Calculó la diferencia horaria para llamar a Sergio y vio que tenía que esperar unas horas para poder hablar con él. Pensó en el hermano de Amparo pero, aunque la relación era cordial, no habían llegado a intimar como amigos; se habían quedado en una relación superficial y agradable sin más. Carlos le había prevenido hacía tiempo de ese grupo de profesores, en el fondo, odiaban todo lo español. Les servía de combustible intelectual, el hecho de interpretar la colonización de 1500 como un desastre, sin precedentes, para la historia de las civilizaciones, considerando que habían arrasado con una cultura fascinante, introduciendo otra en su lugar carente de magia y enfocada únicamente a la obtención de plata y oro con el que mantener el imperio de los Reyes Católicos y, más tarde, el de los Austria. Era un rollo bastante pasado de moda y decadente, seguir con el mismo tema cinco siglos después. ¿Qué tenía que ver la España de 2005 con la de 1492? Era aberrante que unos profesores universitarios basaran la educación que impartían a sus alumnos en odios atávicos, en valorar una cultura por oposición a otra. A Ramiro, esto le parecía un paradigma estéril y peligroso pero aquella noche se sentía muy solo y no pudo evitar dejarse llevar. Él, por su salud mental, no debía tomar ningún psicoestimulante; lo sabía, en su caso era peligro de manicomio perpetuo. ¿Cómo podía jugarse un hombre su futuro por sentirse solo? Pensó. Nunca dejaría de estar enfermo. El ataque de pánico iba en aumento, el ansiolítico no conseguía apaciguar la enorme angustia que sentía en el fondo, en un fondo que ya había perdido su capacidad de sorpresa, un fondo al que Ramiro ya sabía asomarse sin caer en su interior, un fondo que, aún familiar, seguía con su capacidad letal intacta... Se había

vuelto a emborrachar y había consumido peyote. ¿Por qué quería joderse la vida de nuevo? Era la lógica de un suicida: no se quería ni quería a los que le querían, estaba condenado a no disfrutar de la vida; ésta, le negaba sentirse feliz dentro del sistema, del único que la realidad podía ofrecerle. ¿Por qué no le servía? Estaba enfermo; una enfermedad crónica que tarde o temprano acabaría con él, sólo era cuestión de tiempo. Tomó otro ansiolítico y salió a caminar. El peyote seguía dando pequeños coletazos a su percepción. Al dar vuelta a una esquina se topó con un tipo de un metro de estatura con unas enormes botas que le llegaba hasta debajo de las axilas. El hombre le ordenó que le siguiera con un gesto tan determinante que Ramiro sólo pudo aceptarlo. Entraron en un portal que daba a un patio interior donde se observaban los restos de una fiesta: sillas tiradas, mesas llenas de restos de comida, vasos de plástico y hasta algún zapato de mujer. Subieron por una escalera hasta el segundo piso; recorrieron una galería interior y entraron a una habitación asfixiante, donde otros tres enanos con enormes botas les sonreían y daban la bienvenida; el hedor en la estancia era insoportable. Ramiro sufrió un par de arcadas hasta adaptarse al ambiente. El enano que había hecho de guía tomó la palabra. Éste es el hombre que debemos sacrificar e ingerir. Su energía es nuestra energía. Ramiro sonrió, siguiendo lo que consideraba era una broma macabra al más puro estilo mexicano. Pero no. Uno de los enanos, empuñó un hacha y se la pasó al enano guía. Ramiro buscó con qué defenderse, pero la habitación estaba desnuda. Intentó salir, pero los dos enanos le cerraron el paso. A un segundo de recibir el primer hachazo vio una cafetera italiana sobre uno de los fogones de la cocina y la blandió con espanto y rabia, asestando tal golpe al enano, en la cabeza, que este cayó

fulminado sobre un charco de sangre. El rostro de los dos enanos antropófagos mutó al ver el destino que había encontrado su socio de ritual. Mientras pensaban si coger el hacha o salir corriendo, Ramiro ya tenía su hacha en la mano. Uno de los enanos consiguió abandonar la habitación; sin embargo, el otro tuvo que enfrentarse con un hachazo en mitad de la espalda que resultó ser incompatible con su vida. Ramiro estaba completamente salpicado de sangre. Se quitó la camiseta, salió a la calle y fue directamente a casa. A las dos horas, la policía se presentaba en su domicilio con la acusación de haber asesinado a dos jóvenes estudiantes. No había enanos. No había ritual de antropofagia. Sólo había la mente enferma de Ramiro que había vuelto a alucinar, acabando con la vida de dos estudiantes de su doctorado. El enano guía no era otro que uno de sus mejores alumnos que le invitó a leer los diez primeros folios de su tesis, "Publicidad y persuasión en La Escuela de Frankfurt". Ahora el tema había tocado fondo. Ese fondo oscuro y familiar al que ahora, por fin, había llegado: el psiquiátrico de una prisión mexicana de por vida. No podía ser. El hermano de Amparo se presentó en comisaría con su abogado cuando Ramiro ya había admitido su culpabilidad. Por la vía legal no se podía conseguir nada. De madrugada, llegó Amparo a Zacatecas y fue directa a la casa de Carlos, quien le contó lo ocurrido. Amparo sintió una sensación extraña, como si lo que acababa de suceder fuera la única manera en que Ramiro abandonara para siempre sus alucinaciones; había llegado al fondo del fondo, ya sólo quedaba subir. Carlos advirtió el rostro desencajado de su hermana y la mirada perdida en el más allá. Hay que sacarlo del país. Fue lo primero y único que dijo Amparo, se levantó y se fue a dormir a su casa. A las ocho de la mañana le contaba a Carlos, por teléfono, su plan para

sacar a Ramiro de la cárcel y del país. Pagarían a los funcionarios de la cárcel para que, en un traslado al psiquiatra, se hicieran los locos y Ramiro se escapara. Saldrían para Monterrey donde unos amigos de Carlos, una familia pija con su 4x4 de 36 mil dólares, meterían a Ramiro detrás con los niños, simulando que iban a comprar al mega centro comercial de Texas, a unos cien kilómetros de la frontera. Los sábados, la caravana de coches de la gente bien de Monterrey, que iba a comprar al centro comercial era tan densa que se habilitaba un paso en la frontera sólo para ellos; con tener pinta de clase alta se pasaba sin demasiados problemas. Cogerían un avión en Dallas con destino San José de Costa Rica y, allí, desaparecerían en una pequeña playa del Pacífico. Carlos hizo algunas matizaciones, pero aceptó el plan en su conjunto. Era miércoles; el sábado próximo ejecutarían el plan. El conductor de la ambulancia y el funcionario que vigilaría a Ramiro estaban controlados; muchos hijos y poca plata les convertía en presa ideal para el soborno.

Llegó el día. Al entrar en una zona de carretera con un bosque cercano, el conductor y el funcionario miraron hacia otro lado. Ramiro bajó de la ambulancia y se dirigió al punto donde había quedado con Amparo y Carlos. Salieron directamente para Monterrey y condujeron toda la noche; el atardecer en el desierto fue el único regalo del día, fascinante puesta de sol. Llegaron a Monterrey al medio día. Les esperaban en casa la pareja amiga de Carlos con los que Ramiro atravesaría la frontera. Nada más llegar, Ramiro se tomó un somnífero y se fue a dormir, la tensión de ser descubierto a lo largo del viaje le había dejado extenuado. Amparo y Carlos terminaron de perfilar el plan para cruzar la frontera el sábado próximo; mientras tanto, les habían conseguido un apartamento en el barrio bajo de

la ciudad, en una zona muy discreta por donde nunca pasaba la policía. Cuando se levantó Ramiro, fueron al apartamento. Los amigos de Carlos les llevarían todo lo que necesitaban para pasar una semana allí metidos, sin poner un pie en la calle. Amparo tenía miedo de que a Ramiro, mientras ella dormía, le diera un alucine y saliera por las calles acabando preso de por vida; sentía la tensión en cada poro de piel, estaba agotada. Pero todavía había que rematar la jugada; la frontera, ahí se lo jugaban todo.

A los cuatro días de estar encerrados en el apartamento, una noche de calor asfixiante, no pudieron aguantar la tentación de salir a tomar algo a un bar con terraza a dos cuadras del apartamento. Tomaban unas cervezas cuando dos hombres bastante bebidos les pidieron permiso para sentarse con ellos. Ramiro y Amparo se disculparon diciendo que tenían que hablar de unos asuntos privados. Los dos hombres hicieron caso omiso y se sentaron con ellos en la mesa. El más joven, de unos cuarenta años, se presentó e hizo lo propio con su colega; les comentó que eran policías fuera de servicio, les había parecido sospechosa la actitud de Amparo y Ramiro. Deformación profesional. Dijo el más viejo. Ramiro entró en pánico y comenzó a sudar. Amparo se dio cuenta y los dos hombres también, así que se aceleró el proceso, querían unos dólares para dejarles tranquilos. Con sus feos asuntos. Dijo el más joven. Así es que Amparo les soltó un par de billetes de cien y salieron del bar, caminaron directos hasta el apartamento y no salieron más hasta el sábado, cuando Carlos les fue a buscar en un lujoso 4x4 con la familia que haría de tapadera para atravesar la frontera. La caravana de coches que esperaban pasar a Texas era alucinante, pero iban pasando con relativa rapidez. Tres federales husmeaban con ojos brillantes el interior de los coches buscando donde clavar el colmillo, pero al final no

hubo incidentes y Ramiro respiró tranquilo al bajarse a mear en la cuneta de la autopista, ya en territorio yankee. Esperarían a Amparo en McAllen, una pequeña ciudad a un par de horas de la frontera. Llegó esa misma noche de madrugada y al día siguiente cogieron un avión con destino San José de Costa Rica. Nada más aterrizar, alquilaron un coche y condujeron hasta un pequeño hotel perdido en la jungla, en la costa del Pacífico, donde Carlos les había hecho una reserva.

Tumbados en la playa, pasados dos o tres días, Amparo cayó en la cuenta que todavía no había hablado con Ramiro del tema, de cómo le había afectado el hecho de haber matado a hachazos a dos de sus alumnos. En su memoria, eran dos enanos que pretendían devorarlo, pero en su conciencia había borrado del mapa a dos jóvenes de veinticinco años a los que apreciaba y con los que había compartido muy buenos momentos. Amparo no sabía cómo sacar el tema, tenía miedo que Ramiro entrara en barrena y desarrollara una depresión aguda que le llevara a perder el control y montar un espectáculo del que quizá ya no podría escapar. Le horrorizaba imaginarse a Ramiro en una cárcel de por vida, además sin merecerlo ¿Qué culpa tenía él? Era un enfermo. Pero, cuéntales eso a los padres o a las novias de esos dos pobres pendejos. Pensaba Amparo. Como si Ramiro le estuviera leyendo el pensamiento, le susurró que no se preocupara; tenía la conciencia tranquila, sentía una angustia espantosa por lo que había pasado, pero no se sentía culpable. Le preguntó a Amparo si tenía miedo de él, si pensaba que podría pasar lo mismo con ella, o con cualquier otra persona. Amparo le dijo al toque que no, pero la verdad es que lo pensaba; más que por ella, temía que Ramiro se fuera a pasear, se pasara de Tequila y acabara descuartizando a cualquiera. Ramiro volvía a sentir un profundo

miedo de sí mismo. Amparo no sabía si salir corriendo y no volver a ver Ramiro o acompañarle con su locura el resto de su vida. Estas dos opciones se enfrentaban...

Ramiro pensaba si era posible que un día confundiera a Amparo con alguien que quería devorarlo. Le preocupaba en menor medida, confundir a cualquier otra persona, aunque no le agradara lo más mínimo. Sólo sentía pánico al pensar que podía eliminar a Amparo en un proceso de alucinación. Sólo ella sabía entrar y salir de su locura, sólo ella diferenciaba a los dos Ramiros. Pero, Amparo también se amaba a sí misma, y bastante más que a Ramiro; se amaba, pero no sentía admiración por ella misma, lo que la salvaba de la prepotencia y la egolatría. Había alcanzado una simplificación envidiable en su vida, sentía que debía aprender de los demás y lo hacía. En Ramiro contemplaba un hombre al que amaba y una lección de psiquiatría, que estaba segura le vendría bien más adelante. Amparo era consciente de no tener planificado el proyecto de su vida, pero lo estaba pasando bien impartiendo sus clases de periodismo en la universidad. No iba a abandonar su vida por la de Ramiro, ahí estaba el límite. Se fueron a comer, hicieron el amor y Amparo le dijo a Ramiro que iba a volver a México, que se separaban sus caminos. Ramiro lo entendió y, con tristeza funcional, acompañó a Amparo hasta el aeropuerto de San José. Se despidieron con profunda superficialidad y Ramiro volvió a su refugio en el Pacífico Sur de Costa Rica.

La Habana

De regreso al hotel de la costa, Ramiro experimentó un ataque de pánico que le obligó a bajarse del coche e intentar respirar, pues sentía que se asfixiaba; no le entraba una gota de oxígeno. Se despertó en un bar de carretera, tumbado en una hamaca; al parecer, se había desmayado. Una anciana se acercó a él y le preguntó si quería un café pero Ramiro quiso saber qué le había ocurrido. La anciana le comentó que sus nietos le habían encontrado tirado en la cuneta. Ramiro tomó el café y fue regresando a la realidad, una vuelta a un mundo que le aterrorizaba sentir; estaba más solo de lo que nunca hubiera podido imaginar. Cuando llegó al hotel recogió sus cosas y condujo sin rumbo fijo por la costa. Llegó al Golfito, en la frontera sur del país, saboreó una puesta de sol fascinante, alquiló una habitación y bajó a cenar al restaurante del hotel, dispuesto sobre la arena de la playa justo enfrente de su habitación. Junto a su mesa, un grupo compuesto por mexicanos, venezolanos y cubanos charlaban con entusiasmo sobre el desarrollo de un proyecto político pan-americano, basado en el desarrollo de una Tercera Vía política, más allá de la Social Democracia europea y diferente, también, a la latinoamericana, como la de Brasil o la de Chile. La estrategia era sencilla: conseguir que USA no se hiciera con el control de las reservas de petróleo de Venezuela, de momento las mayores del mundo. De esta manera, con el control del oro negro por parte de Venezuela, se financiaría una campaña de alfabetización masiva en toda Latinoamérica, que sería coordinada por los cubanos y apoyada por profesionales de la educación mexicanos, simpatizantes o militantes de la visión política del subcomandante Marcos. Su objetivo, a largo plazo, consistía en alcanzar, en

un período aproximado de veinte años, el techo de escolarización 100%, acceso a salud pública 100% y, por lo tanto, obtener niveles de pobreza reducidos a cuotas insignificantes o irreducibles por patologías asociadas a la situación de pobreza de quienes la padecieran. Uno de los integrantes del grupo de venezolanos, un intelectual de la vieja guardia, sin duda, por su apariencia y estilo discursivo, ya caliente por el vino y el espíritu de la revolución educativa, se atrevió a verbalizar como objetivo final la abolición de la propiedad privada, una vez el pueblo hubiera adquirido la capacidad de autocontrol y respeto a una serie de sólidos valores éticos que la Tercera Vía se iba a encargar de inculcar desde la primera hasta la última escuela y universidad de toda Latinoamérica.

En ese momento, Ramiro tenía el perfil idóneo para ofrecerse voluntario en el desarrollo de esa aventura geopolítica. Se acercó a la mesa y consiguió entrar en la reunión con un par de opiniones y alabanzas moderadas sobre el discurso que no había podido evitar escuchar con atención. Con el gesto de aprobación de uno de los cubanos, ocupó un lugar en la mesa y se sumó a la tertulia visionaria. Se presentó como un comunicador asqueado del estancado y decadente neoliberalismo estilo G-8 y añadió que andaba viajando con el objetivo de encontrar una nueva forma de vida, tanto en lo personal, como en lo profesional. Se ofreció como voluntario para asesorar en la gestión estratégica de la imagen corporativa de ese romántico proyecto que acababa de conocer, sin duda, no por casualidad, si no por estar en el lugar apropiado y habiendo elegido el estilo de vida apropiado. Lo único que pedía a cambio era un lugar donde trabajar y un sencillo apartamento donde vivir. La invitación le vino de los representantes cubanos, que le ofrecieron trabajar en su despacho de abogados, en La

Habana, y un estudio que le encantaría en la zona vieja de la ciudad, en un edificio restaurado del barroco español. Saldrían para allá si Ramiro estaba de acuerdo y, antes de partir, les demostraba la veracidad de su experiencia profesional. Ramiro le envió un e-mail a Sergio y al día siguiente tenía en su correo una copia de su currículum. Se lo entregó a la delegación cubana y transcurrido el fin de semana, entre política y diversión, partieron el lunes a las 19:30 con destino La Habana.

Golpe de calor húmedo, edificios barrocos en plena decadencia, mar Caribe, belleza fresca y en descomposición, impulso vital... La Habana Vieja. Junto al hotel Plaza, Ramiro entró en un portal y subió tres pisos hasta llegar a los despachos de unos abogados. Después de haber sido presentado a la gente partieron hacia la calle Obispo, cerca de la plaza de la catedral, donde le mostraron a Ramiro su apartamento. Todo en orden, en el centro de la ciudad, limpio, luminoso y con un balcón a la calle Obispo que provocaría la envidia de cualquier antropólogo social. La Habana, ciudad estado, ciudad continente, ciudad mundo... Ramiro paseaba hacia el museo de arte colonial y pensaba cómo iba a salvarse entre tanto ron y tanta mujer preciosa dispuesta a hacer el amor por unos pocos dólares. Tenía ante él la prueba de autocontrol que, de ser superada, le convertiría para siempre en un hombre capaz de mantener en todo momento las riendas de su vida. Lo primero que le sedujo a Ramiro, en su condición de ser lo más invisible que pudiera, fue que en cien metros caminando por Obispo se había cruzado con más de una decena de nacionalidades diferentes, otras tantas lenguas, colores de piel, estilo en la indumentaria... un magma increíble lo más parecido a una Babel contemporánea. A las pocas semanas de vivir en La Habana, Ramiro se dio cuenta que su perfil encajaba con un extenso grupo

de personas que no podían salir de la ciudad porque serían detenidos si se acercaban a cualquier frontera; habían elegido La Habana como cárcel paraíso. Una noche cenando en la Tabernita del Medio, con un grupo de apátridas, todos buscados por la INTERPOL, llegó a la conclusión lúcida e inamovible de haber pertenecido desde siempre a ese perfil de personajes a los que la rueda de la fortuna les saca, primero de la sociedad y luego, de la ley. Comprobó que la mayoría, menos alguna excepción que confirmaba la regla, eran perseguidos por acciones que habían cometido de manera involuntaria, bromas pesadas del destino. En La Habana, había personas que buscaban una fiesta para sus sentidos, otras buscaban inspiración para crear y otros, como Ramiro, habían llegado huyendo de un pasado sin vuelta atrás. En la mesa se sentaba, junto a Ramiro, una mujer que llevaba viviendo diez años en Cuba; era elegante, el movimiento de sus manos era hipnótico. El caso es que tuvo que ingresar en la cárcel paraíso del Caribe por contagiar a cinco hombres con el SIDA. La cosa se puso tensa porque los cinco creían que eran su único novio. Cuando se descubrió el pastel, todos quisieron hundirla pidiendo indemnizaciones millonarias y cárcel por intento de homicidio. La ironía del caso es que ella aún no sabía que estaba contagiada, pero bueno, una noche se levantó, hizo las maletas y se vino a La Habana para quedarse. En frente de Ramiro, comía un buen hombre inmenso, con una barriga de embarazada a punto de romper aguas, siempre llevaba una pajarita amarilla con lunares azules, era homosexual y había sido sacerdote en Italia. Su historia era sencilla. Un joven que en principio también era homosexual, después de llevar varios meses haciendo el amor, comenzó a pedir dinero al bueno de Lucardini que, en breve, contempló como su cuenta bancaria quedaba seca. El joven no le creyó

cuando le dijo que no le podía dar más dinero y le montó un escándalo público irreversible para la imagen del cura, así es que, tras hablarlo con el obispo de la diócesis, decidieron que se borrara del mapa. Y ahí estaba, en La Habana desde hacía cuatro años. A la derecha de Lucardini se sentaba una pareja muy original. Eran dos desertores del ejército de USA que, en la primera guerra del Golfo, decidieron formar pareja, salir por piernas del desierto y desaparecer en Cuba. Bueno, Ramiro llevaba un mes en Cuba y se había dado cuenta que el proyecto de la Tercera Vía se iba a desarrollar con una lentitud alucinante. Entonces, decidió presionar a sus patrocinadores para ver si podía hacer algún otro trabajo mientras se hacían con las reservas de crudo de Venezuela. Los cubanos no sólo le dijeron que no había nada que hacer sino que, además, debía abandonar el apartamento de la calle Obispo, pues venían unos familiares de uno de los abogados y lo necesitaban.

Ramiro volvía a estar solo, pero era una soledad diferente a la que experimentó en Costa Rica. Aquí se sentía miembro de una familia disuelta en decenas de rostros con los que se cruzaba por las calles, junto a quienes se sentaba en las terrazas... Alquiló una habitación en el Plaza para reflexionar desde una calidad de vida razonable. Una mañana, desayunando en la terraza del ático del hotel, vio la luz. Llamó a Sergio para que en el momento en el que Julia se pusiera en contacto con él, al comprobar que no podía localizar a Ramiro, Sergio le diera a ella sus coordenadas actuales en La Habana.

Julia... Llevaba un año sin verla y seis meses sin saber nada de ella. ¿Cómo le habría cambiado la cabeza ese largo viaje interior? No estaba seguro de si sería bueno contarle o no la verdad del episodio mexicano.

Quizá con no volver a México sería suficiente para borrarlo de su memoria, pasado un tiempo ya nadie recordaría el caso y podría moverse con relativa tranquilidad, aunque los malditos ordenadores de los puestos fronterizos tendrían su nombre por un tiempo largo como loco asesino en búsqueda y captura, ¡joder! ¿Cómo había llegado a esto? Pero no era momento para depresiones; a lo hecho, pecho. Tenía que montarse una estrategia, no podía quedarse mirando el mar desde el Malecón toda la vida, aunque... ¡era tan bello!

Ramiro llevaba dos meses en la isla. No había noticias de Julia, no había noticias de Amparo, no había noticias de nadie excepto del huracán Denis que se acercaba a Cuba y al que Fidel Castro comparaba con la invasión de una nación extranjera, obviamente, de Estados Unidos. ¡Qué personaje!

Ramiro necesitaba acción. Le preocupaba acabar en una cárcel en México, pero no lo aguantaba más y comenzó a agobiarse; necesitaba salir de la isla, y cuanto antes mejor. Le ofrecían un pasaporte falso por tres mil euros, pero no se fiaba del contacto, tenía pinta de ser el mismo que luego le denunciaría en el aeropuerto, cobrando de un lado y de otro. Lo reflexionó con detenimiento y decidió arriesgarse. En una semana saldría de La Habana con dirección..., con dirección... ¿Dónde coño puedo ir? Se preguntaba, apurando un mojito en una taberna del Malecón.

Una alternativa realista para burlar los controles de la policía en los aeropuertos podría ser viajar con grupos de turistas: un paquete de cuarenta personas; veinte de ellas, pareja de las otras veinte y algún despistado, como él; sería una buena manera de cruzar las odiosas líneas invisibles que separan unos países de otros. Cuando viajas de esta manera, un coordinador del grupo da todos los pasaportes a la policía y, entre

cuarenta documentos, es más fácil pasar inadvertido. Se dirigió a una agencia de viajes y compró un paquete La Habana-Madrid-Praga. El grupo se alojaba en un hotel del nuevo extrarradio de la capital de la República Checa, a cinco minutos en metro del centro. Desayunaba en la plaza del mercado de Praga, en el hotel Plaza; nevaba con ganas y la temperatura no pasaba de un grado, con un viento que hacía sentir cuarenta grados bajo cero; pero la terraza del Plaza tenía unas estufas increíbles que despedían chorros de calor, que circulaban por debajo de las piernas y subían por la cadera hasta el cuello, como unas manos invisibles que relajaban y permitían disfrutar de la belleza de la plaza, con luz verde esmeralda, con toques de gris perla que obligaba a no dejar caer los párpados por el efecto opiáceo del espectáculo. No era tan desagradable ser un huído de la justicia; mientras le durara el dinero, eso no le preocupaba. Desde que salió de México, no había ingresado en su cuenta ni un euro, por el contrario, habían salido unos cuantos miles. Tuvo una idea, para no sentir esa angustia económica llamaría a Sergio y le diría que le comprara una casa por el sur, que aún estaban baratas y que se la alquilara; le enviaría cien mil euros para un pequeño estudio y, al menos, ese dinero lo tendría invertido por si las cosas se ponían aún más complicadas. Así lo hizo. Sergio le dio su número de cuenta, Ramiro hizo la transferencia y quedaron en que Sergio se ocupaba del asunto. A los veinte días, Ramiro tenía un pequeño apartamento en la provincia de Almería, en Las Negras. Sergio se lo había alquilado a una pareja, amigos suyos, por seiscientos euros al mes. Bueno, al menos, la responsabilidad mínima que te exige la vida para no acabar viviendo debajo de un puente, la había cumplido, ahora, con los ochenta mil euros que le restaban en la cuenta tendría que hilar fino, hasta que tuviera

una mínima idea de lo que iba a hacer para ganarse la vida y dónde iba a hacerlo.

Caminaba por el Puente de Carlos: -esa joya alquímica obscurecida por el paso del tiempo-, hacia el palacio fortaleza del único emperador del Sacro Imperio Romano, que invirtió la mayor parte de su oro en arte y ciencia, fundamentalmente en alquimia, en lugar de hacerlo en las innumerables guerras que padecía el imperio en la mayor parte de sus fronteras. Ramiro caminaba por el Puente de Carlos hacia el palacio fortaleza de Rodolfo II. El emperador que trasladó la corte de Viena a Praga, por parecerle la primera ruidosa y superficial.

Ramiro, sin presente, avanzaba hacia la historia, buscando la puerta por la que acceder a un futuro posible, habitable. Lo tenía tan complicado, tenía tan vacía la agenda de sus próximos meses, años, que el encuentro con la clave del cambio podía encontrarse en cualquier lugar, junto a cualquier persona, sentado frente a un atardecer en el desierto, en la cola de un banco en Londres o en la bella y obscura Praga que, fuera del circuito que recorren los recién casados de medio mundo, es una ciudad mágica, profunda y delicada como las joyas que durante siglos han tallado sus joyeros de tradición judía.

Ramiro estaba en el polo opuesto de uno de los más ilustres personajes que recorrieron las calles de esta ciudad, Kafka, el maestro de la descomposición del estado en clave de esperpento, del laberinto de la burocracia. Ramiro justo deseaba pertenecer a esa maquinaria potente y rutinaria: el estado, la empresa, la familia, la nómina... conceptos que estaban tan lejos de su alcance que realmente los veía como metas inalcanzables, utopías lejos de su caótica existencia.

Praga era una ciudad perfecta, no tanto como Varanasi, pero suficiente, para que Ramiro paseara descalzo, tranquilamente, sobre los cristales rotos de su vida en ascuas, sobre las cuales con total indiferencia avanzaba hacia el palacio de la alquimia y las artes... La piedra filosofal es necesario encontrarla todos los días, cuanto más cerca de la hora en la que despiertas al mundo asfixiante, mejor. En cuanto das con la razón de ser del día, la nada y el vacío se transforman en equilibrio de forma estable, avanzas por el río vital, la sociedad te abre las puertas, los amigos, sus casas, y tu familia te abre los regalos, los que fuiste desdeñando a lo largo de una vida del cajón mojado de los Reyes Magos. Pensaba Ramiro, mirando una cerveza y, tras ella, Praga emergiendo entre los musgos del horizonte.

Julia llamó a Sergio. ¿Por dónde anda Ramiro? Le preguntó tras el protocolo de bienvenida natural. Sergio le dio las coordenadas.

- ¡Hola Ramiro!

- ¡Joder! Julia ¿qué pasó? ¡Es increíble! ¡Cómo estás!

- Muy bien, me apetece verte. Sergio me dice que estás en Praga, y le he visto muy reservado respecto a tus últimos meses de vida. ¿Me cuentas algo ahora o cuando nos veamos?

- Mejor, cara a cara, ya sabes que el teléfono nunca terminó de gustarme, me bloqueo.

- Vale, mañana miraré un vuelo para Praga... ¿en qué hotel te alojas?

- Estoy en un piso. Como tengo que gestionar bien mis reservas económicas, pregunté en el hotel por un piso de alquiler y la misma recepcionista me dio el teléfono de un amigo suyo que me ha alquilado un piso fantástico por muy poco dinero, infinitamente más barato y mejor que el hotel. Tiene dos habitaciones... ¿Te preparo una para ti?

- Sí, perfecto. Mañana te llamo y te digo cuándo llego.

Ramiro colgó el teléfono y salió a pasear por otra Praga. Se iba a encontrar con Julia, en unos días pasearía con ella por esas mismas calles. Otra ciudad y otro mundo rozaban su piel, ya sentía el calor de la mirada de Julia, ya no estaba solo. Le llamó al día siguiente y le confirmó que saldría de Barcelona para Praga en tres días. Un año sin verse, resultaba abismal pensar en cómo estaban las cosas cuando se vieron por última vez; la sensación era de haber pasado siglos desde aquella tarde en que se despidieron en las escaleras de la piscina de la urbanización de Ramiro. El ático; le venían imágenes a la cabeza, felices y dolorosas, riéndose con Alicia, acorralado por sus dobles, escuchando la sorprendente historia de su amigo Sergio con María, la princesa heroinómana que vivió como quería hacerlo sin pensar ni preocuparle lo más mínimo la reducción de tiempo que experimentaba su vida; no le interesaba la vida si no la vivía como ella deseaba, y así lo hizo, no dejaba de ser admirable. ¿Cuánto tiempo me queda?, se preguntaban los replicantes de Blade Runner. Cinco años de intensidad absoluta y luego la desaparición... ¿Por qué no?

Comenzó a preparar la habitación para Julia; le dejaría la suya con una bonita vista de las colinas boscosas que rodean la ciudad. Mientras ordenaba la casa le vino a la cabeza la habitación de los enanos, la sangre, el hacha... Todavía no había decidido si le contaría a Julia lo ocurrido en México... -Quizá no será necesario; abandoné México como otro lugar cualquiera. Julia, después de rodar por el mundo durante un año, lo entenderá perfectamente; los lugares que habitas durante un tiempo dan pruebas de agotarse y es entonces cuando debes comenzar a hacer el equipaje. Unas veces con placer y otras con una profunda melancolía, pero

cuando la luz verde se enciende en la cabeza, ya no hay vuelta atrás, puedes retrasar la partida pero nunca eludirla. El cerebro ya ha comenzado a despedir ejércitos de neuronas que no tendrán función en la nueva etapa, ni tan siquiera en el período en el que se recorrerá el trayecto que separa el lugar abandonado del nuevo al que nos dirigimos. Todo debe adaptarse a la incertidumbre, al concepto de descubrir, personalizar la nueva estructura donde se desarrollará nuestro cuerpo y nuestro espíritu- pensaba Ramiro en estos laberintos metafísicos mientras iba comprar unos ramos de flores para alegrar la casa.

Pasó frente al Café de Kafka y entró a tomar una cerveza. En una mesa contigua a la suya, dos estudiantes discutían en italiano sobre las posibilidades reales de que uno de ellos terminara el doctorado ese año. Vivían en Milán y estaban ahí de vacaciones, hacían planes para los quince días que les restaban para volver a sus rutinas. A Ramiro le vino a la cabeza, de nuevo, su episodio con los enanos antropófagos transmutados en alumnos de su doctorado. ¿Qué sentiría Julia si le contara lo sucedido en Zacatecas? ¿Sería bueno para ambos que se sincerara con su madre? ¿Era un insulto a su amistad el ocultarle algo tan importante en su vida? ¿Era un acto de amor mentirle respecto a los motivos por los que abandonó México? Julia, tras su decisión de cambiar radicalmente su vida, pasados los sesenta años, debía de haber acumulado una experiencia envidiable en la resolución de crisis. ¿Podía ayudarlo más que nunca o le daría un disgusto de manera gratuita? Bueno, cuando la tuviera delante tomaría una determinación; estaba seguro que no pasarían más de dos o tres cenas sin que, al calor del momento y el vino, le contara todo lo ocurrido con detalles incluso metafísicos. Ramiro tenía claro que hay cosas que pertenecen a la reflexión

y otras a la acción. El tema con Julia se orientaba por la segunda vía, la acción; sobre la marcha decidiría la manera correcta de obrar. Al estar inmerso en estos laberintos ético-pragmáticos, cayó en la cuenta de llevar meses sin saber nada de su padre. Descolgó el teléfono y le llamó a la tienda. Le contestó una voz de mujer. ¡Qué alivio!, seguía con la arquitecta. Le comentó que Ramiro padre estaba en Londres en una feria de música, comprando vinilos para coleccionistas. Le dijo que en cuanto hablara con él le diría que le llamara a Praga. Al día siguiente, Ramiro tomaba un café cuando le sonó el móvil. Era su padre. Estaba emocionado porque acababa de comprar un lote de vinilos únicos. Le comentó a Ramiro que le iba tan bien que le daba miedo que un pequeño error le expulsara del paraíso en el que llevaba viviendo el último año de su vida. Ramiro hijo le comentó que esperaba para el día siguiente la llegada de Julia a Praga. El padre de Ramiro alucinó al oírlo porque pensaba que estaba en México. Ramiro le dijo que simplemente estaba en Praga de vacaciones con Amparo. De pronto, no se sintió con fuerzas de explicarle toda una mentira sobre la separación con Amparo y la salida de México; ya se lo contaría en otro momento. Ramiro padre le dijo que seguía sus andanzas a través de Sergio, pues ahora vivían muy cerca, apenas dos horas en coche distanciaban la ciudad de Sergio de la suya, incluso habían comido juntos recientemente por un tema de publicidad para la tienda. Se despidieron y Ramiro respiró aliviado al ver a su padre lejos de las depresiones que estaba acostumbrado a soportarle. Sólo faltaba un día para reunirse con Julia. ¿Dónde habría estado los últimos meses? Lo último que supo de ella fue que abandonaba Japón con destino a India, el sueño de su vida. ¿Habría estado el planeta hindú a la altura de sus fantasías?

En Praga, llovía. Un cielo de mercurio brillante iluminaba los charcos bajo los pies de Ramiro que, hipnotizado por las ondas que formaban sus pisadas sobre la superficie líquida, a escasos milímetros del barro del fondo, chocó contra un muro de carne y huesos. Un tipo enorme le miraba con mala cara. Ramiro se disculpó y siguió caminando, ya con la mirada sobre el horizonte de las calles, de los paseantes, de la belleza nihilista que surgía y desaparecía ante él.

En el aeropuerto, esperando el vuelo de Julia...

Mater magna

Julia llegó y saludó a Ramiro como si le hubiera visto el día anterior y además no hubiera sido un buen encuentro. Ramiro vio en los ojos de Julia una mirada rutinaria con un punto de asqueo. Julia había visto en los ojos de Ramiro que las cosas no habían mejorado, que no estaba en Praga de vacaciones, que las cosas le iban realmente mal y que ella hacía tiempo que pensaba no tener nada que ver con la enfermedad de su hijo, provocada por sus hábitos y no por su gestación o la educación que le había dado. Al mirarle no sintió que fuera su hijo, sino un ser que llevaba jodiéndola toda una vida. Ramiro se dio cuenta y le dijo a Julia que no la culpaba de nada, sólo él era culpable de tanto caos y de una vida con un futuro tan angosto. Era como si todo lo aprendido tuviera que pasar por un embudo que, día a día, estrechara el punto de salida.

Comiendo en una terraza de La Plaza del Mercado, Julia ablandó un punto el perfil y preguntó a Ramiro qué había pasado en México. Éste apuró la copa de vino y se sirvió otra muy despacio mientras pensaba qué decirle. De todas maneras, ¿dónde estaba el problema? Julia ya no era la madre que le castigaba si llegaba tarde del colegio o había suspendido cuatro asignaturas. La dureza de Julia le estaba facilitando un trato de persona a persona, sin tantos miramientos; con su actitud Julia le estaba diciendo. Dime lo que quieras, somos amigos, estoy preparada para oír lo que tengas que decirme.

Pero Ramiro no podía sacarse de la cabeza el profundo dolor que sentiría Julia al conocer los asesinatos de Zacatecas. Entonces, lo vio claro. Le contaría algo lo suficientemente fuerte como para que sus dudas quedaran

satisfechas. Ramiro le contó que se le fue la cabeza tras una noche de alcohol y peyote y que, al día siguiente, confundiendo a dos alumnos con dos de sus dobles, en plena alucinación, les propinó una paliza tremenda que le valió la expulsión de la universidad y tener que largarse por la mala reputación: en una ciudad tan pequeña como Zacatecas, al día siguiente, lo ocurrido se comentaba en todos los bares, restaurantes y hogares de la ciudad.

Julia apuró su copa de vino y preguntó a Ramiro por sus planes y del dinero que disponía. A Ramiro le quedaba liquidez para vivir un par de años holgadamente y después de eso, la nada. Siempre le quedaba la opción de llamar a Sergio, algún hueco le haría o su padre en la tienda de música... realmente, debajo de un puente no se iba a ver.

Bueno, ¿y Julia?, ¿cuáles eran sus planes? Tras algo más de un año había avanzado enormemente en el conocimiento sobre sí misma, qué le hacía feliz y qué le dificultaba mantener una actitud fluida con el entorno. Quizá volviera a la ciudad o quizá no. El tiempo para ella carecía de sentido por completo, los días de la semana sólo encontraban variación en el domingo, porque todos los negocios cerraban sus puertas; sus días transcurrían sin minuterio, sin objetivos ni metas que alcanzar más que encontrarse a gusto con su mente y con su cuerpo. No había lugares destino ni lugares origen. Una ola de budismo en su sentido más básico le inundaba los sentidos, que no estaban aplacados sino más bien con una enorme calma a la hora de buscar la satisfacción a sus deseos, una calma atemporal, lubricada por un sentimiento de justicia: estaba recogiendo los frutos de toda una vida y los iba a disfrutar a conciencia; es decir, sin conciencia. La ética y la estética no tenían más que aprender, ahora tenían que gobernar sin reflexión alguna

sobre lo bueno, lo malo, lo bello o lo siniestro. El mecanismo debía estar acabado. Ya no era momento de dudas, sino de acción; un devenir sin límites de tiempo ni de conducta, ajustada ya ésta a la perfección con un organismo, el de Julia, que ya no tenía nada nuevo que comunicarle a su espíritu, a no ser que fuera la hora de la separación entre materia y alma, momento que, sin duda, veía aún muy lejano, inexistente en su visión del futuro inmediato.

Ramiro tenía claro que sería el destino quien se ocuparía de él y no al revés. Por lo tanto su método era más reactivo que proactivo. A Julia, un año de dar vueltas por el mundo tampoco la había cambiado tanto. ¿Quién no sabe que se viaja con el que eres? La distancia en kilómetros de nada sirve para la distancia entre mente y corazón; atravesar fronteras entretiene durante unos días, despista a los sentidos que se afanan por normalizar los cambios de olor, tacto, idioma... pero, en cuanto la diferencia es asimilada, volvemos a estar con la misma persona, con nosotros, en la misma casa de siempre, con nuestros sentidos; con las murallas de siempre, las que abren las puertas al vernos y las que siempre nos mostrarán su hostilidad más acerada, aquéllas que siempre debemos conquistar, perder cientos de yoes en el asalto, miles de litros de sangre para luego entrar en una ciudad diezmada por el bloqueo que provocó el asedio, y siempre se acaba pensando que más hubiera servido morir defendiendo la ciudad que sobrevivir al asalto y entrar en un espejismo creado por nuestro deseo y que nada tiene que ver con la realidad.

Julia y Ramiro paseaban por los jardines del palacio del emperador alquimista, que murió solo y vagabundeando por los pasillos de su fortaleza inundada de esculturas, cuadros y libros provenientes de todas las culturas

del Imperio. Este descendiente de Carlo Magno que nada quiso saber de la conquista con las armas sino con el conocimiento y, como de costumbre, la historia había borrado su nombre de los libros de texto donde, a los alumnos de todo el mundo, se les metían los conquistadores bárbaros por los poros de la piel mientras que a los pacificadores y amantes del conocimiento había que encontrarlos con enormes esfuerzos autodidactas y, en muchas ocasiones, ni aun así, pudiendo sólo cruzarte con sus doctrinas, sepultadas por los violentos, a través del azar objetivo.

La historia la escriben los ganadores, que suelen ser aquéllos que peor escriben; porque la transmisión del conocimiento necesita del amor por la verdad, necesita del amor por los acontecimientos ocurridos y no por una manipulación bastarda de los hechos, que terminará por no satisfacer ni a los adoctrinados ni a los autores, que tienen que poner un muro demasiado ominoso entre sus deseos y la razón fría a la que sirven.

Una cerveza fresca para los dos caminantes. Llevaban toda la mañana caminando en silencio, cada uno con sus metas y el análisis de los obstáculos que les esperaban entre ellos y su consecución. Un silencio que iba poniéndolo todo en su sitio. Ya no se necesitaban, con sentirse era suficiente, ya no necesitaban el contacto personal. Ramiro necesitaba que Julia estuviera en el mundo, pero no ya cerca. A Julia le pasaba igual, sentir a su hijo le era suficiente; verlo, poderle tocar era ya algo completamente gratuito.

Fueron a una agencia de viajes y Julia compró un billete con destino Londres; desde allí decidiría su próximo destino. Ramiro lo pensaría un poquito más en Praga.

Volvía a estar solo. Tras despedirse de Julia en el aeropuerto, admitió que

realmente ya todo estaba enfocado hacia un destino escrito, un guion para el que no necesitaba buscar socios de aventura. Ese guion, como un programa informático, le iría diciendo los pasos que debía dar para un correcto acoplamiento entre el mundo-máquina y el usuario, él.

Le sonó el móvil, era Sergio. Le hizo mucha ilusión oír su voz, le sacó de una reflexión un tanto tenebrosa en la que se encontraba sumergido mientras tomaba un café en la terraza del Plaza. Sergio le invitaba a pasar una temporada con él y a Ramiro le apeteció mucho, pero ¿cómo se libraría de la INTERPOL? Tenía que arriesgarse, no podía quedarse en Praga el resto de su vida. España era un destino turístico, no lo tenía tan mal; cogería un paquete de una semana a Palma de Mallorca o Las Palmas de Gran Canaria, donde cada día aterrizaban miles de turistas, no tendría mucho problema. También estaba la posibilidad de pagar cuatro mil euros por un pasaporte falso, pero con la presión internacional en los aeropuertos, tras los atentados en New York, Madrid y Londres, quizá sería mejor arriesgarse con el suyo a que lo descubrieran con un pasaporte falso.

Almería. No se le ocurría un sitio mejor para pasar la próxima temporada, una de las mejoras costas del mundo, semidesértica, muy bella y con habitantes llegados de todas partes que buscaban, fundamentalmente, paz interior y exterior, justo lo que necesitaba Ramiro. Y ahí tenía viviendo a su mejor amigo, a Sergio, al superviviente de una relación en la que su amada deseaba más la heroína que a nadie en el mundo, incluido él, un superviviente del SIDA, y sobre todo un superviviente de una amistad larga con Ramiro. Bien, así estaban las cosas. Fue a una agencia y consiguió un paquete turístico todo incluido una semana en Ibiza, avión, traslado al hotel y pensión completa. De ahí cogería un ferry a Barcelona, alquilaría un coche

y, en unas horas, en Las Negras, el pequeño pueblo de la costa de Almería donde se había instalado Sergio que, tras un año viviendo allí, seguro que se había convertido en uno de los solteros más cotizados de la zona.

Desembarcaba en el puerto de Barcelona, cuando le pareció ver a una mujer muy conocida. Se acercó con disimulo y, ¡coño!, era Maite, recibiendo a una mujer que, sin duda, era su novia por el fogoso morreo que se propinaron. Así es la vida, todo cambia, te vas una temporada de tu pueblo y cuando vuelves no hay una sola cara que te reconozca.

Alquiló un coche y encaró la autopista del Mediterráneo, sentido Sur, siempre al sur. Pasadas seis horas al volante vio un cartel que indicaba la salida a Mojacar. ¡Qué recuerdos! Hacía veinte años, una amiga vivía en ese pueblo alucinante construido sobre una montaña, como un nido de águilas. Ramiro recordaba Mojacar, realmente, con un sabor mágico. Se desvió y paró a tomar una cerveza en la plaza del pueblo con una vista espectacular sobre una meseta inmensa, limitada por el Mediterráneo. Sus sensaciones eran tan barrocas como la atmósfera. En las terrazas del pueblo se oían al menos cinco o seis lenguas diferentes. El mundo se está haciendo pequeño, pensó Ramiro.

Siguió camino hacia Las Negras, le encantaba la provincia de Almería. Al avanzar iba sintiendo elevarse sus dosis de alegría de forma natural; sin pensar en nada, su alegría aumentaba kilómetro a kilómetro, sin más explicaciones que sentirse de nuevo en casa. Quizá nunca debería haber dicho nunca. Almería, Praga, Amparo, Julia... El desierto le descubrió su cara más amable, plena vida en ausencia de ella, una estrella verde cada seis kilómetros era suficiente para mantener el pulso vital ¿La velocidad? Ese concepto-sensación se caía, se arrastraba tras el coche camino de Las

Negras, Cabo de Gata, Cala de San Pedro... Veinte años atrás, la lógica de la búsqueda; ahora, la lógica de la retirada; veinte años atrás la lógica de la acumulación, ahora la lógica de la selección, la estrategia de quedarse con las cuatro historias que realmente servían, que le permitían a Ramiro seguir observándose en el espejo. Solo. Con su amigo Sergio, sus amigos, los desaparecidos en combate, en la guerra ¿contra quién?... Las calles de la vida que comienzan y no terminan nunca; llenas de callejones sin salida y, otros, que te conectan a la gran avenida del puerto donde se vende la vida por una corbata de seda, por una casa en la montaña, por una ilusión que tenga más colores de los que imaginabas mientras mirabas el techo en la sala de espera de los que siempre esperan, hasta que son ellos los que comienzan a hacer esperar.

Ramiro conducía. La carretera en la que flotaba su desesperada indiferencia. La aniquilada esperanza de Ramiro convertida en un radiante brote de ilusión, en deseo de pertenecer de nuevo a la tribu; el grupo en el que se reconocen el olor de los guisos en la cocina, el olor de las sábanas en el dormitorio, el olor de las imágenes de la puerta por la que entraba el amor, de la ventana, de la puerta por la que se iba el amor; el olor de las habitaciones que están y nunca se han visto, sólo se perciben, quieren estar ahí, con una existencia mediada, fuera y dentro de tu sensación de estar en un espacio que, al final, sólo es imaginado y sentido... ¿Para qué habitarlo? Él, el aciago demiurgo, se ocupa de darte un lugar, de sentarte después del largo viaje en el único sitio que puede ser tu hogar, el hogar de Ramiro, con su fuego y sus estrellas, su pipa de tabaco después de un duro día de trabajo que nunca ha existido, a la espera de un reparador sueño que nunca llegará, para levantarse de nuevo y comenzar la rutina diaria en un espacio

que se le escapa... Las Negras, 5 Km. Ahí está el ancla con el mundo, con la materia, con la carne, con la visibilidad y la estabilidad, con las creencias... con el único pan que sabe a dios.

El vértigo del encuentro con su padre, con su amigo, con el que ya no siente pero que es lo único que le permitirá imaginar que sigue haciéndolo. Un definitivo reto a sus sentidos, el electroshock mediante el cual la visión es abrasada para siempre o, por el contrario, se recupera la capacidad de volver a ver las espinas sedosas del jardín húmedo, sombrío, con entradas nítidas de sol, descubriendo la diferencia geométrica entre lo oscuro y lo transparente... Un camión se precipita sobre el coche de Ramiro que pega un volantazo y acaba en la cuneta. El camionero baja para interesarse por Ramiro con un enorme porro de marihuana en la mano izquierda. Ramiro va hacia él muy enfadado. El camionero le pasa el porro.

-¡Tranqui hermano, estamos en Almería!- le estrella en la cara sonriendo el camionero. Ramiro va a decirle que Almería no le parece un sitio adecuado para morir, pero se da la vuelta, se mete en el coche y se larga sin mirar al camionero, ni emitir sonido alguno. Así es la vida, no Almería, piensa Ramiro, mientras acelera y se acomoda en el asiento, estira los brazos en paralelo agarrando con solidez el volante y mira al horizonte de asfalto que, como un arroyo de montaña, serpentea entre rocas, arena blanca y cactus esmeralda. Seguro que aquí también hay peyote, piensa Ramiro. Pero está claro que no quiere confundir a Sergio o a la novia de su padre con un enano antropófago. El mundo psicoactivo ya lo tiene dentro, puede dejar de buscar definitivamente, le sobra material psicodélico para montar una serie de documentales sobre las fuentes endógenas del LSD. Su cerebro es un laboratorio al servicio del narcotráfico a escala internacional y su organismo

el área geográfica donde se testea el producto. Quizá el aceptar esa condición de huésped del hotel de su mente, donde cada día es cambiado de habitación sin explicaciones previas, le ayude a entender y no a padecer esa lógica demoníaca que le hace duplicarse como un virus que muta para eludir el avance de la ciencia.

Amparo salió de la universidad. Al pasar frente a la pastelería donde Ramiro solía comprar bizcochos de chocolate, le brotó un tremendo golpe de melancolía. Lo echaba de menos, pero todo estaba abrasado, era imposible. Ramiro no podía volver a México y ella no iba a abandonar el país... Pasando unos días en Puerto Escondido con su hija, le echó en falta: sus ataques de euforia, típicos de todo maniaco depresivo, eran fantásticos... Amparo sabía que nunca volvería a ver a Ramiro y así estaba bien, el amor nunca debía ir en contra de la felicidad.

Julia se subía a un avión en el aeropuerto de Heathrow con destino Tokio. Se moría de ganas por estar en la taberna de Suhso, contemplando los visillos de las ventanas moviéndose al ritmo de sus caderas y de su rostro de mater magna. En definitiva, lo que Julia más añoraba era una madre y allí la tenía. Había perdido a la suya a los diecinueve años, lo que le provocó una depresión larga y profunda de la que tardó mucho tiempo en recuperarse. Ramiro padre e hijo pensaban que, realmente, Julia nunca se había recuperado del todo. Una sensación de abandono había brillado incansable, desde entonces, en el firmamento de tristeza que latía bajo su mirada. Un abandono que había marcado el carácter de la familia y el desarrollo de sus vidas; un abandono que oprimía pero que se había convertido en algo tan íntimo y ligado a su manera de sentir que había provocado una adicción crónica a sentirlo en sus relaciones, sus proyectos...

Nada ni nadie que no aportara las suficientes dosis de abandono y melancolía duraba demasiado tiempo en sus vidas.

Hogueras en el corazón

Ramiro entró en Las Negras. Todo había cambiado, pero él lo seguía viendo como siempre: el estanco, la barca para ir a la cala de San Pedro, los enormes gatos que patrullaban las calles en busca de restos de pescado... Hacía más de veinte años que Ramiro no contemplaba esta parte del Mediterráneo... Tuvo que apartarse para no ser arrollado por dos camiones, en los que se leía Magnolia Films –productora de publicidad que Ramiro conocía-. Sin duda, venían a rodar un spot a la cala San Pedro. Pararon en el muelle y a los diez minutos un barco anclaba a doscientos metros del embarcadero. Tres lanchas se acercaron y comenzaron a cargarlo todo para subirlo a bordo. En una hora desaparecieron y el barco zarpó rumbo San Pedro. Ramiro se quedó como autista, mirando esa frenética actividad de la gente de producción que tanto había sufrido y disfrutado en los tiempos de la agencia. Sin pensarlo demasiado, decidió que llamaría a Sergio más tarde e iría a San Pedro para ver qué iban a montar los Magnolia Films. Pasada hora y media llegaba empapado en sudor a la Cala –había recorrido cinco kilómetros de cuestas y descensos- Los de producción iban y venían en las lanchas mientras una cadena humana iba dejando todo el equipo sobre unas lonas impermeables color verde fosforescente que, iluminadas por potentes focos envolvían a San Pedro, con el castillo al fondo, en un halo surreal. Patricia, una de las coordinadoras de aquel sarao, se dirigió a Ramiro preguntándole si quería algo. Ramiro le contestó que no, que era simple añoranza de su antigua profesión. Charlaron un rato y Patricia le propuso que, si le esperaba media hora tomarían una cerveza tranquilos. Sentados en una terraza, Patricia le contó a Ramiro que Magnolia Films iba

a rodar en San Pedro un spot para televisión de un perfume de hombre, el shooting board era una historia de piratas. Ramiro le propuso que, cuando terminaran la jornada, podían ir juntos a ver a su amigo Sergio. Le vendió a Patricia que éste vivía allí hacía un año y tenía una casa estupenda, aparte, por supuesto, de ser un tipo muy interesante y también de la profesión. Llamó a Sergio y éste quedó en ir a buscarles frente al estanco de Las Negras. Un colega de Patricia les llevó en lancha hasta el pueblo y, cuando llegaban, Ramiro vio la silueta de su viejo amigo sentado en las rocas del embarcadero.

Hubiera sido mejor estar solos después de tanto tiempo, pero Ramiro se sentía demasiado sensible para una escena metafísica de fuerte carga emocional. Mejor con una agradable extraña, una médium que desde su desconocimiento total de la historia pudiera dar ese toque superficial que, para Ramiro, debía tener todo lo profundo. Lo puramente poético mata la poesía, pensó. Mientras señalaba a Patricia la silueta de Sergio, que iba creciendo entre las olas.

Se saludaron como viejos marineros, acostumbrados a ver a amigos que hace tiempo se borraron del horizonte, pero en los ojos de ambos brillaba un cariño sincero y sólido. Se acariciaron el lomo y Sergio les ofreció tomar una cerveza antes de ir a casa, donde lo tenía todo preparado para una cena de esas en las que no hay quien se levante de la silla. Patricia tenía que madrugar pero la convencieron que al día siguiente a las nueve estaría en el embarcadero. Disfrutaron la cerveza entre los resúmenes generales de sus vidas en el último año. Patricia metía cuñas entre dos misterios, en ningún caso, superiores a su placer... En casa, pusieron música, abrieron vino y, mientras charlaban para situarse, Sergio preparaba uno de sus

platos especiales, de esos que se hacen muy despacito, mientras comentas historias con los amigos y se va celebrando la gama de olores que desprenden las etapas de preparación del deseado guiso: pescado, verduras, arroz... Parecía que el tiempo no hubiera pasado, era como haber salido esa misma mañana de la agencia, juntos, y picar algo comentando las chorradas de la semana; la metedura de pata de éste, el cretino del cliente tal o la borrachera con la que llegó a la agencia no sé quién... Y no, así no eran las cosas; había pasado de todo, allí no había nadie conocido ya. No había excesiva diferencia entre lo que sabían de Patricia y lo que sabían de ellos mismos. Un año es un siglo, y determinados años, dos. En este caso, Sergio y Ramiro llevaban sin verse doscientos años, en los que les había cambiado hasta el color de los ojos. ¿Quién conserva su personalidad un año?, pensaba Ramiro. Mientras observaba a Sergio comentar unos libros de arte con Patricia. ¿Quién sería, ahora, ese tipo que se parecía tanto al Sergio de su memoria? Su memoria. Esa herramienta también estaba afectada por las alucinaciones. Había un abismo infranqueable entre lo que los demás decían haber visto hacer con su vida a Ramiro, y lo que él recordaba haber hecho. Quizá, Sergio recordara historias de Ramiro que él nunca hubiera imaginado hacer, quizá Sergio conocía a un tipo que nada tenía que ver con él, con su recuerdo de él mismo y, sobre todo, con lo que recordaba de su relación con Sergio. Las historias que vivía cada vez tenían menos que ver con lo que sus amigos le comentaban que había ocurrido; era como si la interpretación de sus sentidos se estuviera alejando definitivamente de una realidad pactada, del escenario público donde uno negocia o ama. Pero, esto no tenía por qué ser un problema, ¿qué necesidad había de verlo todos todo igual? Al margen de lo que Sergio

recordara de la vida de Ramiro, había imágenes compartidas sobre las que se podía tejer el cariño, la complicidad, la ternura y la magia de lo entrañable. ¿Por qué no? Era hora de aparcarse por algún tiempo el equipo de cirujano y compartir, sin más necesidades que sentir y ser sentido.

Llegó el momento en que Patricia se retiró a dormir y los dos amigos estuvieron solos cara a cara: era hora de contar alguna que otra verdad profunda. Ramiro le contó la misma versión que a Julia sobre lo sucedido en México, el rollo de la paliza y la mala reputación en una ciudad de provincias. Sergio le confesó que no se había adaptado demasiado bien a vivir en el campo, ni a trabajar en una ciudad tan pequeña. Estaba hablando con la agencia para volverse en cuanto fuera posible, tanta tranquilidad le estaba asfixiando. Ramiro le dijo que era justo lo que él necesitaba, tranquilidad. Le propuso alquilarle la casa cuando el volviera a la ciudad porque la que Sergio le había comprado era mucho más pequeña y estaba peor situada. A Sergio le pareció perfecto, pero no tenía idea de cuándo podría volver a trabajar en la central.

Pasados tres meses, Sergio volvió a la ciudad y Ramiro se instaló en su casa de Las Negras. Realmente, estaba a cinco kilómetros del pueblo, en tierra de nadie, pero con unas vistas sobre el Cabo de Gata, al amanecer, fascinantes.

El primer día que pasó solo en el pueblo se percató que llevaba allí tres meses y todavía no había llamado a su padre, que vivía a dos horas de coche. Y, así estaba bien; no se sentía aún con fuerza para encontrarse con él y su nuevo paraíso artificial. Necesitaba estar solo y triste, lo necesitaba, deseaba sentirse realmente fuera y lejos del mundo para diseñar la estrategia de volver a él y estar donde realmente deseaba estar; no cerca,

sino justo en el sitio que deseaba y haciendo lo que quería hacer.

Desayunó, dio un paseo largo hasta el pueblo, compró el periódico en el estanco y charló con Concha, la nieta de Rosa que había relevado a su abuela en el negocio familiar. Los hijos de Rosa se habían ido todos a distintas ciudades, ninguno quiso quedarse en el pueblo y seguir con el estanco. Fue la siguiente generación quien le volvió a encontrar el gusto a vivir perdido en la naturaleza, eso sí, con un ordenador potente, banda ancha y una buena moto en la puerta. A Concha, el estanco le daba lo suficiente como para mantener una bonita casa a las afueras del pueblo y comprar billetes baratos por Internet para darse pequeñas vueltas por Londres, Berlín o Madrid... Además era la directora de un weblog literario en el que se publicaban historias de gente de medio mundo... Resultaba muy curioso pasear por Las Negras y, al entrar en el estanco de Concha, sentirte en Camden Town. Al salir, imaginabas que podías darte de frente con los amarres y los punkis desdentados del Támesis. Pero no, una vez abandonabas el área internacional de Concha, volvías al Mediterráneo sencillo y desnudo. A Ramiro le encantaba este shock tan al alcance de la mano. Algunas noches solitarias, del invierno que ya tenían encima, pensaba en Concha, en charlar con ella frente a la chimenea con una copa de vino. Pero, aún no sabía el motivo por el que ella siempre se mostraba amable y, al mismo tiempo, distante. Le dejaba claro que no quería intimar, que fuera del estanco no le interesaba ver a Ramiro; en tres meses, le había quedado claro. Un par de veces, Ramiro había dejado caer que hacía muy bien el cordero o tal pescado o cuscús para, a la mínima respuesta, invitarla a cenar o a comer. Pero nada, Concha le sonreía le daba el periódico, los cigarrillos y ¡iciao! ¿Qué pasaba ahí? ¿Tendría una pareja

absorbente, quizá? Porque estaba claro que las personas le encantaban, de lo contrario no viajaría tanto, y, además, le había contado un montón de historias divertidas que le habían pasado en diferentes partes del mundo, donde había conocido a tal, y éste la había llevado a no sé dónde y esto y lo otro... ¿Qué pasaba con Concha?, que no le arrancaba ni una cerveza fuera del estanco. Saldría de dudas, no iba a pasar mucho tiempo sin que la invitara a comer sin más rodeos. Así lo hizo y, para su sorpresa, Concha aceptó como la cosa más normal del mundo. Luego, durante la comida, Ramiro le comentó sus conclusiones de porqué ella no quería verlo fuera del estanco... Ella le dijo que no había ningún misterio, simplemente, ella era así; le gustaban las cosas claras, no las insinuaciones y las sugerencias... y como para ella no era lo mismo decir: "Hago muy bien el cuscús" que decir. "Te invito a comer cuscús", éste era el único motivo por el que no había entrado a comulgar con el estilo de Ramiro que era justo lo contrario. Al venir del mundo de la publicidad se había acostumbrado a no decir nada de frente, sino a utilizar la sofisticada sugerencia para inducir a una conducta deseada.

Cuando Ramiro volvía a casa, tras la comida, tuvo la sensación de haber construido un mundo en cuatro meses como el que abandonó hacía un año: la misma distancia entre el pueblo y su casa, la misma sensación de plenitud y vacío después de una comida agradable con una mujer atractiva e independiente, la misma proximidad y distancia con todo que hizo brotar al doble, la misma sensación de ser un corcho en alta mar, que ni atrae ni es atraído por nada. El efecto Crusoe de reconstruir a imagen y semejanza de lo abandonado o de lo que te abandonó no le gustaba nada a Ramiro, le hacía sentirse en un estúpido círculo, la burla del Eterno Retorno; no le

gustaba sentirse así, no estaba perdido en medio de ninguna parte. Para alejarse de esa percepción de sí mismo, debía hacer algo y hacerlo ya. Pero sabía que la ansiedad era su peor enemiga, no podía actuar bajo su control, tenía que llegar a casa, tranquilizarse y analizar la situación al día siguiente, cuando estuviera seguro de no estar teniendo un mono de sexo o de fiesta.

Así lo hizo, a la mañana siguiente volvía a estar tranquilo y pudo pensar desde la serenidad, la clara necesidad de saber lo que hacía allí. Por una parte tenía claro el motivo por el que no seguía en México, que era donde debería estar. Pero ahora se trataba de ver porqué estaba donde estaba y no martirizarse pensando dónde debería estar. Le gustó regalarse con reflexiones sobre lo obvio, sobre el sentido común que justo era donde más se resistía a entrar. El gran plan de la semana podía ser hacerse con leña y observarse satisfecho al conseguirlo. ¿En qué se diferenciaba esa plenitud de la que sentía cuando cerraba una cuenta potente en la agencia y cogía el avión con cara de ejecutivo brillante? En nada, eso estaba claro. ¿El factor humano? Tampoco había diferencia alguna a nivel sensorial: la mujer del maderero que te vendía la leña era un encanto, era de Ámsterdam, había conocido a su pareja en un viaje a Sevilla y ahí llevaba doce años, tan guapa y alucinada como cuando llegó. Luego Ramiro se pasaba a tomar una cerveza con Concha y hablaban de la gestión de la leña como dos broker de Wall Street al cierre de los mercados... Entonces, era evidente que la historia de su vida no se iba a resolver por vivir en uno u otro lugar, sino por llegar a saber de una vez por todas qué era lo que sabía hacer bien y dónde podía hacerlo. El problema era que lo que sabía hacer bien no se podía hacer en un pueblo de cien habitantes o, por el contrario, era el sitio ideal. Si la elección era darse un tiro y terminar con tanta pregunta sin

contestación, ¿se daba un tiro o elegía ser feliz y disfrutar de la vida? Era increíble, alucinante, podía elegir entre estar sumamente deprimido o ser feliz. Había conseguido alejarse de sí mismo lo suficiente como para observarse con perspectiva. Era un insulto a la creación el estar pensando en el suicidio cuando su organismo le ofrecía una salud de hierro. Otra cosa era el alma que había heredado, que sin duda estuvo antes en otros cuerpos de vidas turbulentas que seguían presentes en la actualidad... Quizá era un alma que iba resucitando en cuerpos de personas con problemas psíquicos, un alma que viajaba desde la noche de los tiempos, especializándose en cuerpos de locos. Una sesión de hipnotismo homologada por el nombre de una buena clínica, podría ser la solución; quizá, los doce dobles eran las doce vidas previas de los cuerpos que habían habitado su alma, puros locos que venían a meterse en el presente cuerpo. Cómo negociar con poderes tan inmensamente poderosos, que se movían en dimensiones que Ramiro no podía ni siquiera imaginar -sólo se podían conocer después de muerto- una lección difícil de aprender en vida. Por eso, el suicidio podía ser una opción. El suicidio como vía de conocimiento. Había quien se enterraba en una biblioteca de por vida para aprender, para acceder al conocimiento con mayúsculas. Por qué no el suicidio como camino alternativo para alcanzar la máxima sabiduría. Si la energía, el espíritu, el alma, ni se crea ni se destruye, quizá, tras hacernos sabios mediante el cese de la vida -el suicidio- podríamos habitar otro cuerpo con el conocimiento abrumador de ya haber muerto, y disfrutar de una vida mucho más auténtica que aquellos cuerpos cuya alma no desarrolla su recuerdo y aprendizaje de La Muerte.

Estuvo a punto de caer por un acantilado al sumergirse, mientras conducía,

en todas esas cábalas delirantes. El susto le puso los pies en la tierra y comenzó a pensar en cosas más terrenales, como hablar con los inquilinos de su casa y comentarles que en cuanto terminara el contrato quería venderla. Se estaba quedando sin blanca y, sin plata, la vida se vuelve tan dura que uno no puede ni reflexionar acerca del suicidio, la mínima cosa se transforma en un lujo inalcanzable, cae la autoestima, la generosidad, el autocontrol y, sobre todo, los niveles de felicidad. Pero, bueno, la elección era clara: había que seguir apostando por la vida.

Julia caminaba por el muelle hacia la taberna de Suhso. Desde la distancia comprobó que todo seguía igual. Suhso estaba sentada en la mesita de la entrada tomando té con la mirada perdida entre los mástiles de los veleros. Julia le tocó el hombro, se abrazaron y tras unos minutos de silencio, sentadas en la mesita de la entrada, comenzaron a hablar del futuro. El pasado para ambas era una almohada confortable e inanimada donde reposar la cabeza. El futuro lo podían tocar, oler... Consistía en compartir el piso superior de la taberna y dejarse mecer por la brisa constante del puerto. A Suhso le encantaba la idea de vivir con una compañera, después de tantos años llegando sola a los últimos minutos del día. Y Julia no podía imaginar una compañía mejor para olvidar y crear mundos imaginarios, únicas estructuras que le interesaban. Los mundos de verdad habían dejado de motivarla, quizá por un tiempo, quizá para siempre.